

















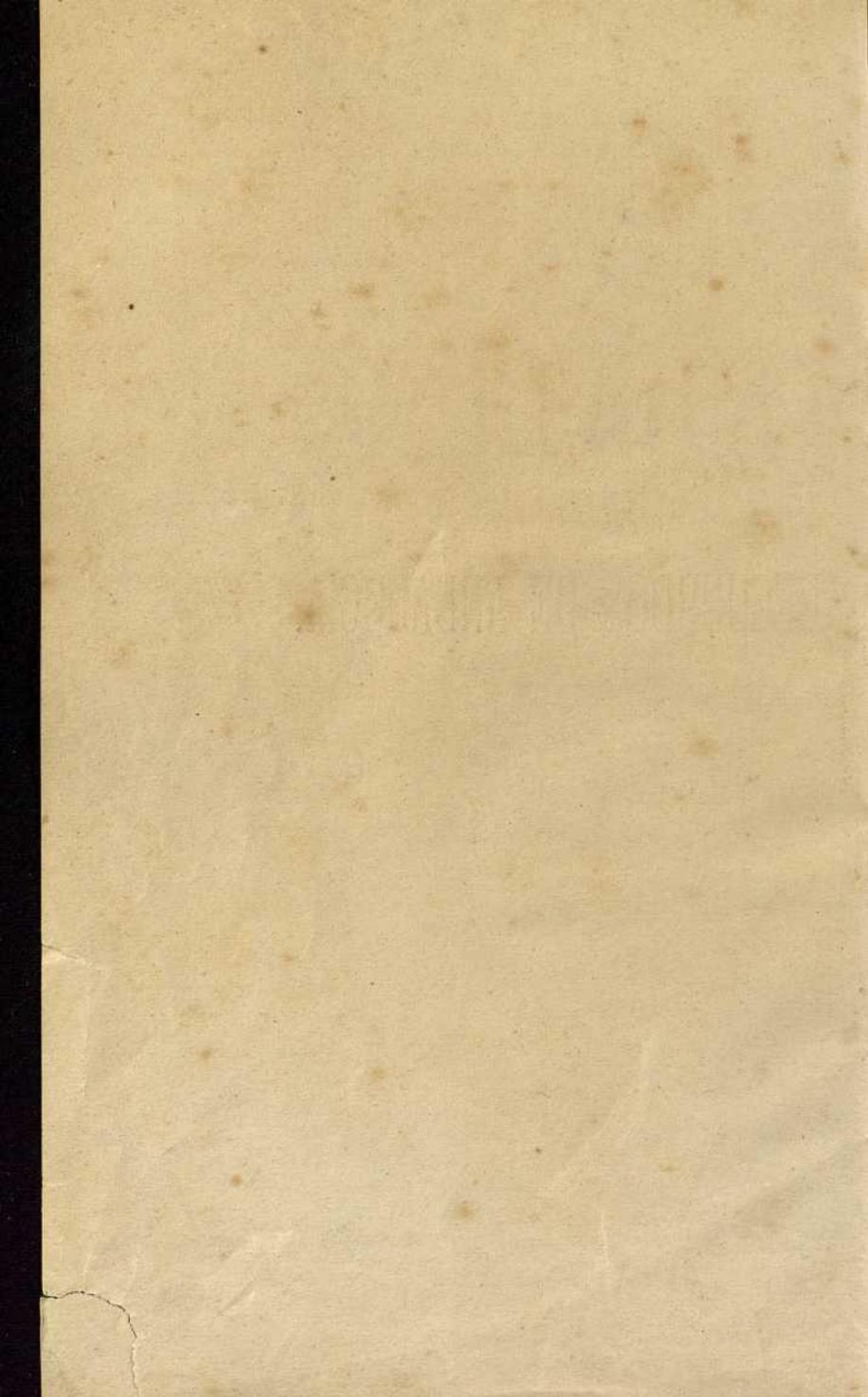






8.000.- etc

# RECUERDOS DE ANDALUCIA.





RECUERDOS

DE

# ANDALUCIA.

LEYENDAS

TRADICIONALES É HISTÓRICAS

POR LA SEÑORITA

D.<sup>a</sup> JOSEFA UGARTE-BARRIENTOS.

R. 31. 203

MÁLAGA.  
Correo de Andalucía.  
1874.



---

Es propiedad de la autora, la cual ha  
cedido todo el producto líquido de la pre-  
sente edición a beneficio de las Monjas de  
Málaga.

---



Este libro, debería ir acompañado de su prólogo, ofrecido por uno de nuestros mas distinguidos literatos; pero circunstancias inesperadas lo privan de ese honor, por lo cual se ostenta desprovisto de aquel requisito, que la costumbre ha hecho casi indispensable en toda primera obra. Y en realidad, conceptuado el prólogo como la mano del maestro que abre al discípulo la premiosa puerta del mundo literario mostrándolo ante la sociedad ilustrada, el criterio generalmente admitido respecto á tales escritos, no puede menos de estar en su lugar.

Nadie mas necesitada que yo de voz amiga que le recomiende; de caracterizado nombre que le autorice; y sin embargo me presento sola, sin mas estímulo que mi vocacion de poeta; sin mas

interés que el de enjugar acaso algunas lágrimas; sin mas confianza que la que me inspira un público que nunca me ha esquivado su indulgencia; y no espero me la niegue hoy al hablarle de recuerdos; recuerdos evocados bajo las múltiples galerías de la mezquita de Córdoba; entre los encantados bosques de la Alhambra; sobre la feracísima sierra que habitan humildes monjes, y que corona la cruz.

Cuan grato seria para mí, alcanzar á complaceros con las lágrimas de Zorabaida, ó con la interesante figura del primer Abderrahman; pero si no lo consigo, sabed que al menos habeis aliviado la desgracia de esas virtuosas mugeres separadas del mundo, por la imponente muralla de sus votos.

JOSEFA UGARTE-BARRIENTOS.



# EL SACRISTAN DEL ALBAICIN.

TRADICION.

SIGLO XVI.





## INTRODUCCION.

---

Una region seductora  
Hay hácia la fin de España,  
Mágica y encantadora;  
Un sol radiante la dora;  
Un mar tranquilo la baña.

En ella crecen las flores  
Lleno el caliz de ambrosía;  
Y en ella los ruisenores,  
Cantan sus tiernos amores  
En la fresca selva umbría.

Bello tapiz de verdura  
Es alfombra de su suelo;  
Y nunca la nube oscura  
Osa manchar la hermosura  
Del limpio azul de su cielo.

De naranjos y rosales  
Entre sus bosques graciosos,  
Los transparentes cristales  
De fugitivos raudales  
Deslízanse bulliciosos.

Blancas quintas en la hondura  
Vénse, y en las altas lomas,  
Cubiertas por la espesura,  
Ó suspensas en la altura  
Como nidos de palomas.

Y en sus fértiles colinas  
Sobre desiguales riscos  
Entre flores peregrinas,  
Yacen las pardas ruinas  
De castillejos moriscos.

Aquel que ama la grandeza;  
Aquel que gozar ansía  
De fértil naturaleza,  
Venga á admirar la belleza  
De la alegre Andalucía.....

¡Andalucía! mansion  
Del amor y los placeres;  
No puede mi inspiracion  
Pintar en pobre cancion,  
Lo deliciosa que eres.....

---

En el lugar mas ameno  
De este encantado pensil,  
El lugar de hechizos lleno  
Por donde arrastra sereno  
Sus corrientes el Genil,

Álzase un cerro elevado,  
Cuya cumbre levantada,  
Ha una iglesia coronado;  
Y al pié del alto collado,  
Está tendida Granada.

¡Granada!... ¡Ciudad graciosa!  
Odalisca voluptuosa;  
Reina de la Andalucía.....  
Tú eres de la pátria mia,  
La flor mas pura y hermosa.

Region alegre y bendita  
Madre de la inspiracion;  
De los génios favorita;  
Cabe tus selvas habita  
El ángel de la ilusion.

Existe en tí tal encanto,  
Que mi corazon se inflama  
Y eleva á tu gloria un canto;  
Mas en él no cabe; es tanto  
*Que rebosa y se derrama.*



¡Sultana de los amores!....  
¿Quién habrá que á tí se elevé?  
¿Quién no admira tus primores  
Siendo tu manto de flores  
Y tu corona de nieve?.....

Mas volvamos á la altura  
Do se ostenta el santuario  
Que descuella en la espesura,  
Dando severa hermosura  
Á aquel lugar solitario.

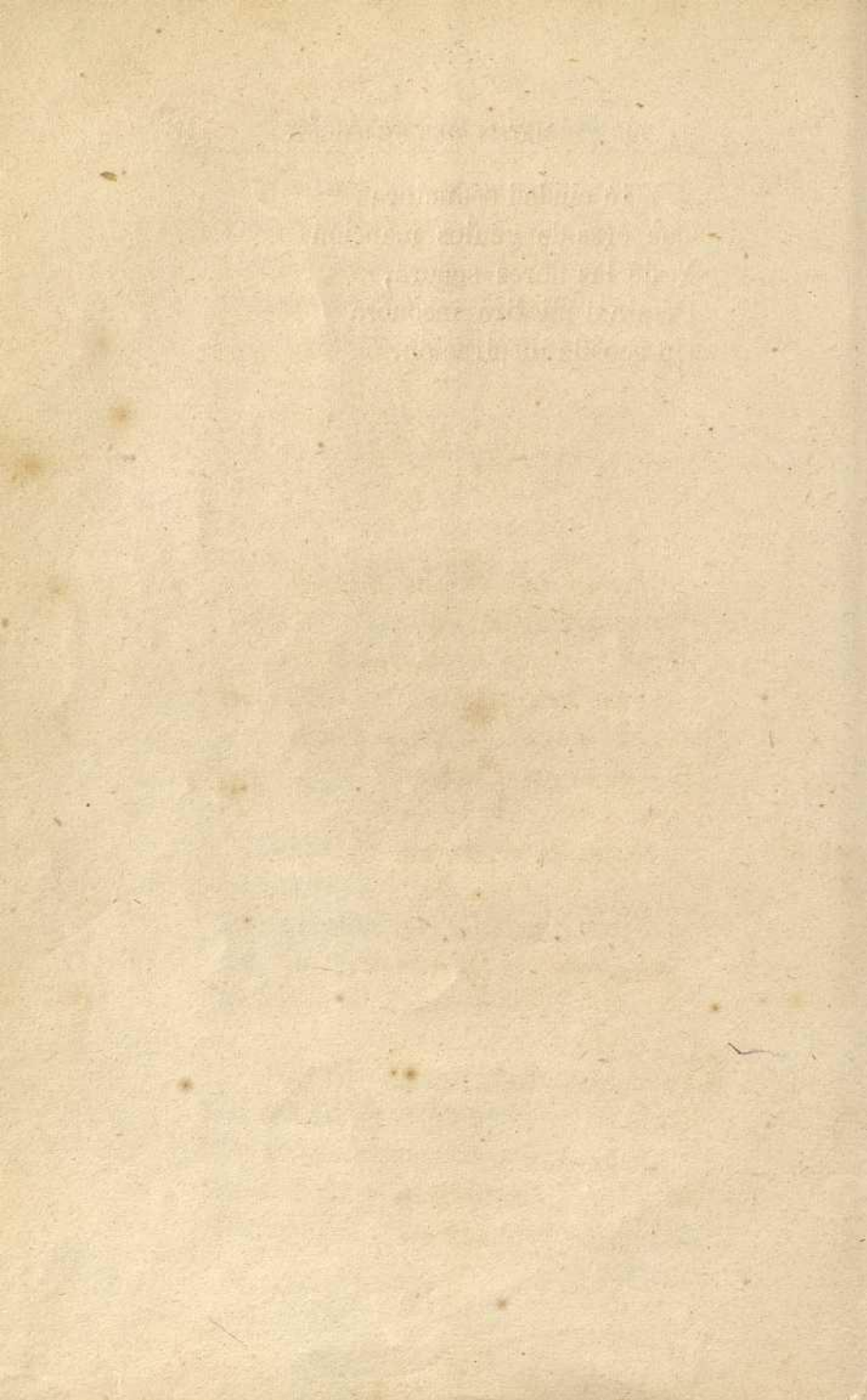
Ha tres siglos, como ahora  
La iglesia se levantaba  
Del montecillo señora;  
Y á San Cristóbal se implora  
Allí, como se imploraba.

Y nos cuenta el pueblo de ella,  
Una amena tradicion  
Tan sencilla como bella:  
¡Oh, buen lector!... si sabella  
Es agora tu intencion,

Léela; mas por vida mia  
De su belleza á dudar  
No llegues con calma fria,  
Al ver la ruda poesía  
Con que la voy á contar.

---

Y tú ciudad seductora  
Que eres de génios mansion  
Y de las flores señora,  
Presta á mi lira insonora  
Un eco de inspiracion.





## I.

Alegre mas que su pátria:  
Travieso y enamorado,  
Siempre al placer entregado  
Con indescriptible afan,  
Ha tres siglos, que en el templo  
Que yo agora describía,  
Dice el pueblo que existia  
Un mancebo Sacristan.

Él manejaba lo mismo  
El hisopo que la espada;  
Perseguía á una tapada  
Ponderando su pasion.  
Cantaba en el santo coro  
Y en la oscura callejuela,  
Al compás de su vihuela,  
Alzaba tierna cancion.

Y lo mismo recitara  
Á la luz de los ciriales  
Los augustos funerales  
Del que acaba de espirar,  
Que decia dulces versos  
De una muger á la reja,  
Ó que daba amante queja  
Á quien presto ha de olvidar.

Cuando ocurría un rebato,  
Él era siempre el primero;  
Siempre brillaba su acero  
Del lance en la confusion:  
Y cuando todos los años  
Llegaba del Santo el día,  
Nadie cual él disponía  
Una mística funcion.

Nadie cual él se portaba  
En combate ó desafío;  
Ni llegaba con tal brio  
El contrario á desarmar.  
Quien igualarle pudiera  
De seguro no existía,  
En el arte y la maestría  
De embellecer un altar.

Y lo mismo le cuadraba  
La sotana que el coletó;  
Lo mismo hacia un soneto,  
Que manejaba un rocín;  
Pero su iglesia entre todas  
En primor se distinguía,  
Y la atención atraía  
Del barrio del Albaicín.

Es la eterna pesadilla  
De hermano, padre ó marido;  
Y de los hombres temido  
Por su audacia y su valor.  
No se encuentra en todo el barrio  
Ni tan solo una doncella,  
Que no asegure ser ella  
La que posee su amor.

A una, con señas engrie;  
Ofrece á estotra un suspiro,  
Y siempre en amante giro  
Como mariposa está:  
Si en un nardo por ventura  
Para descansar se posa,  
Acierta á ver una rosa,  
Y el nardo le cansa ya.



Todas llenan su deseo;  
Toda muger le recrea;  
La hermosa, como la fea  
Prueba su amor y desden;  
Y ronda de las moriscas  
Las arábigas ventanas,  
Que ni moras ni cristianas  
Libres de su afán se ven.

Hoy canta al pié de la reja  
De una que llama su gloria,  
Y mañana ni memoria  
Conserva de aquel amor;  
Y audáz refriega mantiene  
Quizás con un camarada,  
Por ver de alguna tapada  
El semblante encantador.

Y sin embargo el mancebo  
Es de las bellas mimado;  
Nadie cual él ha logrado  
De tantas hacerse amar.  
Y así corrian sus horas  
En pendencias y placeres,  
Enamorando mugeres  
Y causando su pesar.

Es tal, ¡oh lector! su antojo,  
Llega á tanto su manía,  
Que con faldas seguiria  
Aunque fuera á Lucifer.  
Mas si lo dudas acaso;  
Si no crees en su locura,  
Contarete una aventura  
Y por Dios que lo has de ver.

Cierta noche que tornaba  
De la ciudad fatigado,  
Y quién sabe si cansado  
De reñir ó enamorar,  
Al atravesar su calle,  
Por vieja dueña guardada  
Y en su manto recatada,  
Una dama vió cruzar.

Aunque brillaba la luna,  
No distinguió su semblante;  
Mas prendóle su talante,  
Y su mórbida esbeltéz:  
Intenta seguir osado  
Á la incógnita doncella,  
Y observa que vá tras ella  
Un hombre más á su vez.

Mas nada importa á Ruy-Gomez;  
«Mientras mi tizona ciña,  
Dijo, me alegra la riña;  
Por eso la llevo yo.»  
Y oyóse entre él y el que sigue  
A la oculta dama apuesta,  
Tal pregunta y tal respuesta:  
—«¿Quién vá?»—«Quien nunca cedió.»

Se disputaron el paso  
Mano poniendo á la espada;  
En su casa, la tapada  
Entró, «socorro,» al gritar.  
Y al murmullo que formaban  
Tocándose los aceros,  
Vénse por do quier ligeros  
Los alguaciles llegar.

—«Ténganse al Rey:» esclamaron;  
Mas ellos caso no hacian,  
Y en batirse proseguian  
Hasta que el hombre cayó.  
Y los corchetes veloces  
Sobre el Sacristan vinieron,  
Y á pesar que muchos fueron,  
Gallardo se defendió.



Acorraló tres ó cuatro,  
Por satisfacer su antojo;  
Pero vencido su arrojo,  
Herido cayó tambien:  
Entonces lo recogieron  
Y á una prision lo llevaron,  
Donde por fin lo curaron  
Si no muy pronto, muy bien.

Cuando salió, por las noches  
Cantaba á su ser amado,  
Que tanto le hubo costado  
Aunque sin verle jamás:  
Y al cabo, su mala suerte  
Quiso que abriese la reja,  
Y hallóse con una vieja  
Mas fea que Satanás.

Pues no pienses lector mio  
Que por eso escarmentara,  
Ni que cuerdo abandonara  
La carrera que emprendió.  
El Cura le reprendia  
Con juiciosas reflexiones;  
Pero tan santas lecciones  
Al olvido siempre dió.

Si alguna vez placentero  
Al serio párroco hallaba,  
Y si ocasion encontraba  
Para sus chistes decir,  
A pesar de su justicia  
Y de su extrema medida,  
Tambien el bueno del Cura,  
Acababa por reir.

Y en constantes devaneos  
Su vida alegre pasaba,  
Y tras el placer volaba  
Con indescriptible afan:  
Siempre forjando en su mente  
Mil estrañas aventuras;  
Siempre soñando locuras  
El travieso Sacristan.

## II.

Es una tarde de estío;  
Una tarde dulce y vaga,  
De esas que en sueños felices  
Hacen que se aduerma el alma.  
El ave torna á su nido;  
Mécese la flor lozana;  
Cruza el azul firmamento,  
Una nubecilla blanca,  
Deslízanse por los bosques  
Murmurando las cascadas,  
Y la reina de la noche  
Por el Oriente se alza.  
Y es tal la grata armonía  
Del avecilla que canta,  
Y del ambiente que gime,  
Y de las hojas y el agua,  
Que el espíritu suspende  
Con su encantadora magia,



Y el labio guarda silencio,  
Y al Criador bendice el alma.  
Y en ese adiós misterioso  
Que dan al día las áuras,  
Y la pura flor del valle  
Y el árbol de la montaña;  
En ese tierno saludo  
Que la natura levanta  
Al ástro que la ilumina;  
Á la luna solitaria,  
¿Quién no percibe los ecos,  
Las melodías que vagan  
Entre las flores dormidas,  
Ó de la brisa en las alas?  
¿Quién no comprende mil voces  
Que al corazón mudas hablan,  
Voces de tristes recuerdos  
Ó de ilusiones amadas?  
¡Ah! ¿quién no sueña á esas horas.  
Con las dichas que pasaran;  
Con delirios de ventura,  
Con risueñas esperanzas?  
Y si es la apacible tarde  
Doquiera tranquila y mágica;  
Si gratos sueños provoca  
Si arroba doquier y encanta,  
Aun mas lánguida parece  
De la poesía en la patria,

Entre bosques de jazmines,  
Bajo el cielo de Granada.

. . . . .  
. . . . .

De esta ciudad seductora  
En una modesta estancia  
Adornada si con gusto  
Entre morisca y cristiana,  
Sobre blandos almohadones  
Una niña recostada,  
Estática al cielo mira  
Por la entreabierta ventana.  
Sus ojos grandes y negros,  
Su téz como el mármol blanca,  
Dánle la dulce apariencia  
De una peregrina hada.  
Aspira el céfiro blando  
Que perfuman las acacias,  
Y sobre su cuello mece  
Los negros rizados el áura.  
En la luna que se eleva,  
Fija tiene su mirada;  
Pues por lo pura y hermosa,  
Es imagen de su alma.  
Quizá los ecos del valle,  
Le están diciendo: ¡esperanza!...  
Y la pobre niña sueña,  
Y las sombras adelantan.



Distraida de tal suerte  
La bella jóven estaba  
En sus vagos pensamientos  
Y en sus ilusiones gratas,  
Que no escuchó de su dueña  
La voz cual vieja cascada,  
Que le decia:—«Zulima,  
Mosen Jimeno te aguarda:»  
—«¿No me atiendes? vé que es tarde,  
Y se aproxima á la estancia.»  
Y la niña en sí volviendo,  
Dijo:—«¿Llamais, doña Sancha?....  
Pues qué, yá es hora?» Y callaron  
En este momento entrambas,  
Puesto que abrióse la puerta,  
Y en el camarín dió entrada  
Á un severo sacerdote  
De presencia noble y santa,  
Que á las mugeres dirige  
Afable, aquestas palabras:  
—«Sea Dios con vosotras, hijas.»  
—«Él, Padre, os tenga en su gracia,»  
Respondióle la mas jóven  
Con voz cual la brisa grata.  
Toma el preceptor asiento  
En un sillón de badana,  
Y á sus piés sobre cogines,  
Se acomoda la muchacha.



En el instante entre ambos  
Diálogo grave se entabla;  
De Dios el ministro esplica  
La augusta moral cristiana;  
Hace ver que del profeta  
La creencia, es una farsa;  
Habla del Verbo Divino;  
De su pura Madre casta,  
Y la muchacha le oye  
Con tal grandeza arrobada,  
Grabando atenta, en el fondo  
Del corazon sus palabras.

Y agora has de ver lector  
Si tienes paciencia y calma,  
Quién es la jóven que escucha,  
Quién, el anciano que habla.

Es la hermosa una morisca  
Huérfana desde la infancia,  
Y al cuidado de una dueña,  
Por sus padres confiada.  
Es una modesta rosa  
Pobre, oculta, solitaria,  
Que en los vergeles del mundo  
Nunca ha lucido sus galas.  
Una inocente paloma  
En la red aprisionada,  
Que por el azul del cielo,  
Jamás estendió sus alas.

Bello trasunto en la tierra  
De las huríes gallardas,  
Que su profeta nos pinta  
Del edén en la morada.  
Diez y seis abriles cuenta,  
Zulima, cuál ves, la llaman;  
Y es su talle tan esbelto,  
Como el tronco de la palma.  
Mas quien un ángel ser puede,  
Quien tal pureza guardara,  
¿Porque habrá de compararse  
Á mentida hurí profana?  
Por eso, si; porque brille  
La luz divina en su alma  
De triste error disipando  
Las densas nubes opacas,  
Se dirige por las tardes  
Un sacerdote á su estancia,  
Sembrando en su pecho vírgen,  
De fé la semilla santa.  
Ya del sagrado bautismo  
Tan solo restan las aguas,  
Para que Zulima quede  
Del todo regenerada;  
Y el que con ardiente celo  
Por su conversion se afana,  
Es el Cura de la iglesia  
Que á San Cristobal proclama.



Cuando verla disponía,  
Mucho el Capellan curaba  
De que nunca el monaguillo  
Hasta allí le acompañara,  
Ocultándole existiera  
Una jóven tan gallarda,  
Que está por el arzobispo  
Á su amparo confiada;  
Pero si entrar le veia  
É imprudente preguntaba,  
Responde Mosen Jimeno,  
Que moraba allí una anciana:  
Pues como nunca la mora  
En los paseos brillaba  
Y la faz hermosa siempre  
Por el velo está vedada,  
El piadoso sacerdote  
Su justo deseo alcanza,  
Y el Sacristan no sospecha,  
Y así la bola rodaba.

¡Mas ay de aquel que anhelase  
Con una débil muralla,  
Contener de algun torrente  
Las embravecidas aguas!....  
¡Ay de aquel que el ráudo vuelo  
Intente cortar del águila,  
Y que hasta el sol no se eleve,  
Cuando le deja las alas!....



¡Ay del que abriga Ruy-Gomez  
De engañarte la esperanza,  
Y confiado, no cuida  
De tu ingenio y de tu audacia!....

### III.

Como siempre enamorado  
Mas que nunca pendenciero,  
Era el Sacristan Ruy-Gómez  
Cada dia mas travieso.  
Ya varias veces pasara  
Por la casa do severo  
El buen párroco prohibióle  
Que le siguiera indiscreto,  
Y en los alféizares viera  
De flores graciosos tiestos  
Cuyas límpidas corolas  
Dan sus perfumes al viento.  
Una noche que cruzaba  
Por esa calle, suspenso  
Enmedio de ella paróse  
Una dulce voz oyendo,  
Que acompañada de un arpa  
Turba divina el silencio,

Mas grata que los quejidos  
De las fuentes y del céfiro.  
Admírase el buen Ruy-Gomez,  
Observa do sale el eco,  
Y es, de la casa que él nombra  
La casa de los misterios.  
Dió alegre una carcajada;  
Y su camino siguiendo,  
Aquestas frases murmura  
Entre indignado y risueño:  
—«¡Con que una vieja impedida  
Cual ángel canta del cielo!  
¡Una vieja espresa al arpa  
Amorosos sentimientos!....  
Mas si es urraca ó paloma  
Lo que de ese nido hay dentro,  
Por Dios vivo que muy pronto  
Pese á quien pese he de verlo.»

---

Muy pocos dias despues  
Modesta virtud fingiendo,  
Por la dueña de la casa,  
Pregunta nuestro mancebo.  
Logra penetrar osado,  
Dirígese á un aposento,  
Y en el umbral se detiene  
Entre admirado y suspenso.  
Con su dueña doña Sancha



Está Zulima de él dentro;  
Y al ver su rara hermosura,  
Dijo Ruy-Gomez á él mismo:  
—«¡Oh! ya di con la paloma  
Que guardan con tanto esmero;  
Y por cierto que merece  
Que se arrostre cualquier riesgo.»  
—«¿Qué se os ofrece?»—La anciana  
Dijo, las cejas frunciendo.  
Y él respondióle:—«Señora,  
Hablar con vós un momento.»  
Entónces la hermosa jóven  
Iba á abandonar su puesto  
Porque á solas se quedasen  
Doña Sancha y el mancebo;  
Mas advertido por este,  
Impidióselo ligero,  
Con afable cortesía  
De esta manera diciendo:  
—«No es asunto reservado;  
Y si no os enoja en ello,  
Á suplicar que me oigais,  
Tambien agora me atrevo.»  
Siéntase á su vez el mozo,  
Cede la niña á su ruego,  
Y él con aire mogigato,  
Su plática empieza en esto:  
—«Soy el Sacristan, señora,

De aqueste vecino templo  
Que á San Cristóbal bendito,  
Dá culto rendido y tierno:  
Y llegando pronto el dia  
Del divino patron nuestro,  
Y como son de la iglesia  
Los recursos tan pequeños,  
Á demandaros humilde  
Alguna limosna vengo:  
Haced esta buena obra,  
Que ha de premiaros el cielo.»  
Una bolsa presentóles  
Dichas frases concluyendo,  
Y doña Sancha piadosa,  
Contestóle en estos términos.  
—«Mucho por cierto me place  
Al Santo servir en esto;  
Mas por mis cortos haberes,  
No puedo dar cuanto quiero.»  
Y al concluir, en la bolsa  
Varias monedas cayeron,  
Prodigando el Sacristan  
Muy corteses cumplimientos.  
Despues se despide de ellas,  
Baja la escalera presto,  
Y á su iglesia se dirige  
Con malicia sonriendo.  
—«¡Conque una jóven tan bella,



Dice, oculta en ese encierro!  
¡Conque la hermosa paloma  
Me fingian por mochuelo!....  
He descubierto un tesoro;  
Una joya he descubierto;  
Por Dios que aquesta conquista  
Ha de valerme por ciento.»

---

Algunas noches mas tarde  
De este gran descubrimiento,  
Bajo una tapia arruinada  
Que sirve de cerca á un huerto,  
Oyóse, cuando la luna  
Señora del firmamento  
Inunda la tierra opaca  
Con su pálido reflejo;  
Cuando todo calla ó duerme  
En imponente silencio,  
Cuando tan solo se escucha  
El vago silvar del viento,  
De una vihuela sonora  
El dulce y amante eco,  
Que suavísima acompaña  
Un canto amoroso y tierno.  
Vieja celosía abrióse  
Que caia sobre el huerto,  
Y en ella la blanca luna  
Iluminó desde el cielo,



De una jóven seductora  
El puro contorno bello.  
Era blanco su vestido;  
Y rodaban sobre el seno,  
Deshechos en vagas ondas  
Sus brillantes rizos negros.  
Absorto al ver la hermosura  
Contemplábala el mancebo,  
Cual aparicion celeste  
Que cruza rápida el suelo.  
La niña, de entre sus flores  
Coge ¡un azul pensamiento,  
Y al trovador se lo arroja,  
Ligera desapareciendo.  
Él su ventura comprende;  
Imprime en la flor un beso;  
Arranca un eco á su guzla  
Lleno de pasion y fuego,  
Y embozándose en su capa  
Se oyen sus pisadas luego,  
Quedando la oscura calle  
Sumergida en el silencio.

#### IV.

¡Ay de aquel que necio intenta  
Jugar con flechas de acero,  
Y que asegura altanero  
Que sobra la precaucion!....  
¿No es muy fácil que algun dia  
Si le falta la fortuna,  
Ose por vengarse alguna  
Traspasarle el corazon?

¿No es muy fácil que el que osado  
Siempre entre fuego camina  
Y que imprudente imagina  
Que este lo ha de respetar,  
Se engañe, y por su desdicha  
Venga el dia que no espera  
Y en el fuego que encendiera  
Lléguese él mismo á abrasar?

Esto acontece á Ruy-Gomez,  
El que vive entre placeres  
Enamorando mugeres  
Y causando su dolor.  
¡Ay! tambien el calavera  
Despues de locura tanta,  
Siente que en él se levanta  
Un pensamiento de amor.

Él no comprende sin duda  
Ese afan desconocido;  
No comprende, por qué ha huido  
Su antiguo y alegre afan:  
Sus camaradas se asombran  
Al ver que triste suspira;  
Y de sí mismo se admira  
El travieso Sacristan.

Ya de todas las tapadas  
El rostro mirar no anhela;  
No se escucha su vihuela  
Vibrar cual antes doquier:  
Que solo de un huerto humilde  
Bajo la tapia caida,  
Alza su trova sentida  
Por una sola muger.



Solo contempla la imágen  
De una niña seductora;  
Vé tan solo de la mora  
El semblante encantador.  
Recuérdanle su belleza  
La blanca nube que gira,  
Y la brisa que suspira,  
Y la sonrosada flor.

Quizá en Zulima buscaba  
Alguna nueva aventura;  
No pensó que la hermosura  
Pudiérale al fin vencer.  
Y sin que él se percibiera,  
Le dominaba imperiosa  
Una impresion misteriosa  
Que trastornaba su ser.

Y la graciosa morisca  
Que esta emocion inspiraba,  
Que por desdicha causaba  
Del Sacristan la ilusion,  
En el fondo de su pecho  
Tambien la llama sentia,  
Que del mancebo oprimía  
El vehemente corazon.

Al escuchar de Ruy-Gomez  
Las espresiones fogosas  
Y las frases amorosas  
Que pintan su padecer,  
Piensa hallar el alma tierna  
Que la suya ha adivinado,  
Y su pecho enamorado  
Se estremece de placer.

Y así pasaban los dias  
Soñando la niña bella,  
Y enamorándose de ella  
Ruy-Gomez, con ciego ardor.  
Y el Sacristan revoltoso  
Que siempre vivió engañando,  
Ya se humilla al yugo blando  
De un puro y sublime amor.

---

En una estancia aunque pobre  
Con gran primor alhajada,  
De una lámpara alumbrada,  
Dos hombres solos están.  
En un sillón de banqueta,  
Uno sentado, es el cura;  
De pié, en humilde postura,  
Ruy-Gomez el Sacristan.

Y ahora, lector, escuchemos,  
Que mucho nos interesa,  
Ver en la plática esa  
Lo que al cabo aconteció.  
Está el jóven cabizbajo  
Él, que siempre fué altanero;  
Y mas que nunca severo  
Así el anciano le habló:

—«Sí, Ruy-Gomez, es preciso  
Que abandones tu locura;  
¿Á esa jóven tierna y pura  
Qué le puedes ofrecer?  
¿Porqué intentas en tu anhelo  
Con esa pasión mentida  
Hacer que pase su vida  
En continuo padecer?

»Mas yo por ella me afano;  
Su suerte me dá desvelos,  
Pues soy despues de los cielos,  
Su padre, su protector:  
Por eso miro con pena  
Ese tu delirio infando;  
Por eso Gomez, te mando  
Que desistas de ese amor.



»Abandónalo, insensato;  
Deja aqueese desvarío;  
¡Oh! ¿de la mora, hijo mio,  
No es cierto te alejarás?»  
Aquí callóse el buen Cura;  
Quedó en silencio la estancia,  
Y al fin con fiera arrogancia  
Responde el jóven:—«Jamás.»

—«¿Qué has dicho?—«Señor, yo adoro  
Á esa morisca hechicera;  
Por ella, contento diera  
Hasta el mismo corazon:  
Ella ha podido inspirarme  
Un amor ciego, profundo,  
Y nada existe en el mundo  
Que destruya mi pasión.»

—«¡Á cuántas dices lo mismo!  
¿Mas de mil no has engañado?  
La desdicha no has causado  
De tanta pobre muger?  
¿Por qué aquesta no abandonas  
Antes que te adore ella?  
¿Ó quieres porque es mas bella  
Hacerla mas padecer?»

—«Es cierto que dí al olvido  
Á tanta y tanta hermosura;  
Pero Zulima es tan pura.....  
¡Oh!... sí, padre... ¡sabeis vos....»  
—«Yo no sé sino que debes  
Alejarte de la mora;  
Sé, que te lo mando ahora;  
Lo mando en nombre de Dios.

»Mas si acaso á pesar mio  
Sigues en tu loco anhelo,  
¡Oh! te juro por el cielo  
Que buen remedio pondré.»  
Esto dijo, y levantóse;  
Estaba Ruy demudado,  
Y él, de la estancia, enojado,  
Á largos pasos se fué.

Solo el Sacristan se queda,  
Y despechado ó furioso,  
Abismado y silencioso,  
Arrójase en el sitio:  
Y allí quizás delirante  
Á los cielos se quejaba;  
Por vez primera luchaba  
Con su destino fatal.

—«Conque es verdad que la amo...»  
Á sus solas se decia;  
«Tambien en el alma mia  
Tiene vida una pasion.....  
¡Y yo que pensara necio  
Que juego tan solo era,  
Siento arder horrible hoguera  
Que trastorna mi razon.....»

«¡Oh!... conque el amor existe!....  
Insensato me burlaba,  
Y nunca, nunca juzgaba  
Pudiera en mi pecho arder:  
Y ahora me siento arrastrado.....  
(Es tanta mi desventura,  
Por la cándida hermosura  
De una célica muger.»

«Mas... sí... debo abandonarla;  
Razon ese hombre tenia;  
¿Es acaso el alma mia  
Digna de tan puro amor?  
Será tal vez mas dichosa  
Si pronto de ella me alejo.....  
Sí... sí... la dejo... la dejo.....  
Tendré para ello valor.»



«Mas sin duda yo deliro;  
¿Á dónde está mi osadía?  
Ruy-Gomez, á quien temia  
Todo el que sabe reñir.....  
Así, por Dios, se amilana  
En mitad de su carrera  
Y por una pasion fiera  
Vé su entusiasmo morir?»

«Yo la adoro, sí, la adoro  
Con sin igual desvarío;  
Ya no es dado al pecho mio  
Contener esta emocion.  
¡Adelante! vive el cielo!....  
Existe riesgo, ¡qué importa  
Si cualquiera empresa es corta  
Para mi gran corazon!....

«El párroco se confia  
En robarme su hermosura:  
Dijo:—«si es tal tu locura,  
Mis medidas tomaré.»  
¡Oh! que las tome en buen hora;  
No ha de cumplirse su anhelo,  
Que yo juro por el cielo  
Estorbárselo sabré.»

Y así diciendo, se ciñe  
Su tizona á la cintura;  
En su grande capa oscura,  
Con donaire se envolvió:  
Ancho chambergo calóse,  
Y hasta la calle bajando,  
Por otras atravesando  
Ligero desapareció.

---

Blanca la luna brillaba  
En el azul firmamento;  
Tranquilo el mundo callaba,  
Y dulcemente jugaba  
Con los álamos el viento.

Era de Otoño una hermosa  
Clara noche silenciosa;  
Y las áuras que bullian,  
Las hojas que ya caian,  
Arrastraban presurosas.

Entre las límpidas flores  
Que un huertecillo ostentaba  
Al céfiro dando olores,  
De la luna á los fulgores  
Errante bulto vagaba.

Sonó una palmada fuera,  
Otra dentro contestó,  
Y al escuchar la postrera,  
Un embozado que espera  
La débil tapia escaló.

—«Zulima, Zulima mia,  
Tal vez mucho tardaria,»  
Dice el jóven, y ella exclama:  
—«¿Cómo quien tanto te ama  
Sin afán esperaría?»

Y de la fuente al rumor,  
Dichosos gozando están  
En éxtasis seductor,  
Sueños de paz y de amor  
La mora y el Sacristan.

Mas despues que tiernamente  
Eterna fé se juraron  
En loco entusiasmo ardiente,  
Con puro fuego vehemente  
Esta plática entablaron:

—«Zulima, esclama el amante;  
Tú digiste, que me adora  
El alma tuya constante:  
¿Nunca serás inconstante?»  
—«Nunca:» repuso la mora.



—«Pues bien, existe alma mia  
Quien quiere nuestra ventura  
Impedir con saña impía;  
Quien con placer causaría  
Nuestra eterna desventura.»

«Existe, sí, quien ordena  
Que yo te deje de amar;  
Quien á sufrir nos condena,  
Y quien nuestras almas llena  
De eterno, inmenso pesar.

«Pretenden en su locura  
Que dejemos de adorarnos,  
Y aun para mas amargura,  
Privarme de tu hermosura;  
Para siempre separarnos.

«Intentan quitar la vida,  
À quien anhela vivir  
Por tí solo, mi querida,  
Que una esperanza perdida  
Nos haga á los dos morir.»

—«¿Estás diciendo verdad?  
¿Quién á nuestro puro amor  
Se opone con tal crueldad?  
¿Quién muestra tanta impiedad?»  
—«El cura:»—«¡Mi protector!....

«Sí, Zulima, no hay remedio;  
Él, separarnos ansía,  
Y busca oportuno medio;  
Quizá de los dos por medio,  
Pondrá toda Andalucía.

«¿Y si te alejan de aquí,  
Dime; ¿dichosa serás  
Viviendo léjos de mí?»  
La mora con frenesí,  
Dijo llorando: «¡Jamás!....»

—«Pues tan solo un medio hallo  
Que nuestra desgracia impida;  
Mañana al cantar el gallo,  
Sobre un ligero caballo  
Partimos de aquí, mi vida.

—«¡Oh! ¿qué dices?—«Es forzoso  
Si dichosa quieres ser;  
Si un porvenir venturoso  
Quieres cambiar amoroso,  
Por otro de padecer.»

—«¡Huir, nunca!»—«Entónces bien mio,  
Nuestra existencia será  
Un sendero triste, umbrío,  
Que solo al sepulcro frio  
Entre duelo nos guiará.



«No pienses hermosa mia,  
Nunca digas que es amor  
Lo que tu pecho sentía;  
Pues si amor fuera, tendría  
Para seguirme valor.

«Nunca, nunca me has amado,  
El cariño que he soñado  
Fué solo, gran Dios, mentido;  
Mas si gozaba dormido,  
¿Por qué, dí, me has despertado?

—«Ruy-Gomez, ¿dudas así  
De mi amante corazón?  
¡Harto infelice nací!....  
¿Y así pagas ¡ay de mí!....  
Tan acendrada pasión?»

—«¡Oh! pues entonces, huyamos  
De la desdicha inhumana  
Que por doquier encontramos:  
Mañana, mi bien, partamos.»  
—«¿Cómo? ¿tan pronto? ¿mañana?»

—Sí, sí; mañana, alma mia,  
De aquí saldremos los dos  
Antes que despunte el día.  
—«¡Tan presto! ¡Virgen Maria!»  
—«Adios, mi Zulima;» —«Adios!...»

---



Y en placer trocando el duelo,  
Dijo la tapia al bajar  
Ruy-Gomez, con loco anhelo:  
—«¡Oh! se verá por el cielo,  
Quién la empresa ha de ganar.»

Mas la pobre niña, cuando  
Su amante desapareció,  
Triste los ojos alzando  
Y con dolor sollozando,  
Sobre la yerba cayó.



I am now in the city of London,  
and have been here for some time.  
I have been very much interested  
in the history of the city,  
and have been very much interested  
in the history of the city.  
I have been very much interested  
in the history of the city.  
I have been very much interested  
in the history of the city.

V.

Era una noche del Otoño frio;  
Mil negros nubarrones se mecían  
Por el ancho vacío,  
Y á la luna impedían  
Que su luz pura, misteriosa y clara  
Sobre la oscura tierra derramara.

Ni tan solo una estrella  
Su lumbré centellante, purpurina,  
Suavísima destella;  
La tormenta rugiendo se avecina,  
Y en empuje violento,  
Óyese solo rebramar el viento.

Por el negro horizonte,  
Algun rojo relámpago cruzaba  
Y con rápida luz le iluminaba,  
Como en el alma que el dolor oprime  
Y desdichada gime  
Por su ventura y su ilusion perdida,



Cruza quizás radiante y misteriosa  
Una esperanza hermosa,  
Que dulce alienta con su luz la vida.

. . . . .  
Está Ruy-Gomez para el rapto presto,  
Aunque vago temor le detuviera;  
En la torre cercana  
Vibra por doce veces la campana,  
Que es la señal que decidido espera.  
Y entónces presuroso,  
En su capa se envuelve cauteloso,  
Y dice para sí:—«Por vida mia,  
¿En dónde están mi arrojo y osadía?  
¿Yo, cielos, temeroso?  
Por Dios vivo, que nadie lo creería!...»

Baja á la calle osado,  
Hasta la casa llega de la mora,  
Y silva el huracan descadenado,  
Y avanza la tormenta aterradora.

---

Un momento mas tarde,  
Inocente Zulima le seguía  
Aunque triste lloraba;  
Ruy-Gomez con amor la consolaba,  
Y casi la infeliz desfallecía.

Algunas anchas gotas  
Humedecen el suelo

Ya desprendidas de las nubes rotas;  
Los amantes en tanto caminaban,  
Y por torcidas calles se alejaban.  
Era todo pavora;  
No sabe el robador dónde ocultarse  
Con la infeliz y cándida hermosura,  
Y solo se cuidaba de alejarse  
Caminando los dos á la ventura.  
Y mucho caminaron;  
Á la jóven la fuerza le faltaba.  
Los truenos arreciaron,  
Y así Zulima en su dolor clamaba:  
—«¿Oyes?... ¿Oyes?... parece  
Que el mundo en sus cimientos se estremece:  
Esos vagos ruidos  
Que medrosos se escuchan,  
Del vendabal rugiente los silvidos;  
Los elementos que terribles luchan,  
¡Ay! me asemejan voces espantosas  
Que doquier nos reprenden misteriosas.»  
—«No temas, alma mia;  
Tu corazón aliente:»  
El mancebo amoroso le decia.  
Mas él también sufría,  
Vacilaba su mente,  
Y ya profundamente  
Á su pesar también se estremecía.  
—«¡Oh!... ya verás, hermosa....»



Dice á Zulima, su emocion calmando,  
«Cómo serás dichosa,  
Cuando salgamos de esta tierra, cuando  
Pueda llamarte para siempre esposa.  
¡Ah! piensa en mis amores,  
Abandona bien mio tus temores  
Y los presentimientos horrorosos,  
El porvenir se cubre de mil flores;  
Seremos muy dichosos, muy dichosos!»  
—«¡Ay! que el cielo lo quiera,  
Mas mi angustiado corazon, no espera...»

Y aquí un fuerte relámpago ilumina  
El negro firmamento;  
Estalla un trueno horrible, brama el viento  
Con furia tan insana,  
Que á su empuje violento  
Suena por él herida la campana.  
Y á la rojiza luz de la centella,  
De la iglesia se ven bajo la torre;  
Frio sudor por la megilla corre  
Del raptor atrevido,  
Que al verla del relámpago al destello,  
Mas que nunca se siente conmovido;  
Sobre su frente erízase el cabello....

Entonces, sin saber ni lo que intenta,  
De la iglesia se arrima al santo muro;  
De su recinto oscuro,  
Una sombra salió que le detiene;



Desasirse procura;

Y en el hombre que osado lo contiene,  
Al fin temblando reconoce al cura.

—«¿Á donde vas?» Le grita:

«¿Qué espíritu infernal te precipita?

—«¡Dejadme!...» clama el jóven:

«Dejadme, Señor, presto.»

—«No; no;»—y oyendo esto,

De su acero frenético se vale

El insensato, que con mano airada

Aséstale en el pecho una estocada.

Dá un grito, y se desmaya la belleza;

Recíbela en sus brazos con presteza;

Escucha del torrente

El cercano mugir, y delirante

Hácia él se arroja rápido y vehemente,

Sin meditar sus pazos el amante;

Y en la locura aquesta,

Baja ligero del *Chapiz* la cuesta.

Á orilla está del río,

Pasarle intenta en ciego desvario:

Ansioso busca un puente

De desiguales troncos que allí habia,

Hállale al fin, por él con osadia

El mancebo atrevido se adelanta,

Y apenas de la orilla se ha alejado,

Siente confuso vacilar su planta,

Y húndese en la corriente desplomado.

En sí vuelve la mora,  
Y al hallar á su amante  
En lucha con el agua aterradora,  
Esclama en su agonía:

—«¡Sálvanos por piedad! Virgen Maria!»

Rásganse entónces las opacas nubes,  
Y hendiendo el eter con su rauda vuelo,  
Cubierta de esplendor que desvanece,  
En los aires diáfana aparece  
Una vision magnífica del cielo.

Era un ángel de blanca vestidura,  
Que en el espacio inmenso se mecía;  
Luz misteriosa y pura  
Sus célicos contornos envolvía;  
Con su fulgor las sombras disipaba  
Y á la tierra llegaba,  
Mientras el torrente con su saña impía,  
Á los tristes amantes arrastraba.  
Las olas, impelíanse violentas,  
Y la muerte horrorosa  
Por doquier se presenta pavorosa;  
É infelices luchando,  
Entre las ondas vánse sepultando.....

Mas entónces el ángel misterioso,  
La aparicion divina y bienhechora,  
Hasta las aguas descendió piadoso,  
Y á elevarse volvió magestuoso,  
Llevando entre sus brazos á la mora.



El Sacristan pasmado  
Con tan sublime celestial grandeza,  
Al contemplarla atónito, estasiado,  
Tambien quiere volar entusiasmado  
Á la mansion de luz y de pureza:  
Y asiéndose del ángel  
Á la blanca y brillante vestidura,  
Sueña ya salvo remontarse al cielo,  
Y piensa en su locura  
Que ha de lograrse su insensato anhelo.

Pero negro, horroroso,  
Por sus ojos mil llamas arrojando,  
Un bulto aparecióle monstruoso  
De tosca faz sombría,  
Que con afan horrendo  
Su cabellera asiendo  
Otra vez al torrente le impelia.  
Luchar en vano intenta  
Con la infernal vision aterradora:  
Y mientras se elevaba  
La blanca aparicion consoladora,  
El negro bulto siempre le impulsaba;  
Y entre tanto que rápido se hundía,  
El ángel con la mora  
En el inmenso espacio se perdía.....

. . . . .  
. . . . .

Y aquí, lector, llegando,



Ruy-Gomez despertando  
Absorto vió que sueño habia sido  
Toda la historia esa:  
Y hallóse con espanto y con sorpresa,  
Bajo la reja de su amor, tendido.  
—«¿Qué es esto, santo cielo?»  
Confuso esclama por doquier mirando  
Con sin igual anhelo;  
—«¿Es esto realidad ó estoy soñando?....

Y entónces vió que la rosada aurora  
Apareciendo pura por Oriente,  
Su lumbre derramaba bienhechora  
En los dormidos campos dulcemente.  
Que todo sonreía,  
Que era todo ventura y alegría.  
El sol se adelantaba  
En su espléndido carro luminoso;  
El avecilla cándida entonaba  
Dulce canto sencillo y amoroso;  
La fuente murmuraba;  
Entreabría su cáliz oloroso  
La flor modesta y pura,  
Y toda la natura  
Contento respiraba,  
Y al Divino Hacedor de su hermosura  
Un himno sacrosanto levantaba.

## VI.

### Conclusion.

Un año despues, lector,  
De la aparicion divina,  
En la Cartuja un novicio  
El hábito se vestía.  
Mil curiosos presenciaban  
La ceremonia que admira,  
Pues era el severo monge,  
¿Quién sospecharlo podria?  
El constante pendenciero  
Que entre amorosas conquistas  
Siendo escándalo de todos  
Ha poco tiempo vivía.  
El que rondaba las rejas  
A cristianas y moriscas,

De padre, hermano ó marido,  
Cual eterna pesadilla.  
Era aquel, que á sus locuras  
Fama sin igual debia;  
Era el Sacristan Ruy-Gomez  
El de las audaces riñas.  
¡Oh! que el sueño misterioso  
Mucho á su alma diría,  
Cuando en cláustro solitario  
Sepulta humilde su vida.  
Y diz que ya penitente  
De ejemplo santo servía,  
Siendo su virtud severa  
Por todos reconocida.

---

En el buen convento, que  
Santa Isabel patrocina,  
Una jóven profesaba,  
Tal vez en el mismo dia.  
En el mundo la nombraron  
Mientras mora fué, Zulima;  
Y hora en el claustro cristiana,  
Todos la llaman Maria.  
¡Ay! que la vision nocturna  
Tambien supo la morisca  
Renunciando para siempre  
La vanidad de la vida.  
Y ya religiosos ambos



Allá en su estancia tranquila,  
Tan solo á Dios se entregaban  
El Sacristan y la niña.

---

Algunos años mas tarde  
Bajo dos losas sencillas  
Sobre las cuales sus ramas  
Lánguidos sauces inclinan,  
De aquellos tristes amantes  
Se encerraban las cenizas,  
Y brotaban sobre ellas  
Las campestres florecillas.  
La lámpara mortuoria  
Que estas tumbas ilumina,  
Es el ástro de la noche  
Cuando en el espacio brilla.  
El llanto, el puro rocío  
Que grata la aurora envía;  
Los suspiros... son muy dulces.....  
¡Los suspiros de la brisa!....

It is on the 1st of January  
that the new year begins  
in the East.

The new year is celebrated  
in many different ways  
in different parts of the world.  
In some places it is a day of  
feasting and merriment,  
while in others it is a day of  
solemnity and prayer.  
In the East, the new year is  
celebrated with great pomp  
and ceremony. The people  
gather in the streets and  
dance and sing. In the West,  
the new year is often a day  
of quiet reflection. People  
look back on the past year  
and think of the things they  
have accomplished. They also  
think of the things they want  
to do in the new year.

# ABDERRAHMAN-BEN-MOAWIÁ.

LEYENDA HISTÓRICA.

SIGLO VIII.



ALWALAN-NEB-MAH-ARH-TOB

ADGOTEN-AG-ETEN

## INTRODUCCION.

---

Bendito aquel en cuya augusta mano  
Los imperios están y las naciones;  
Bendito aquel que soberano y justo  
El corazon gobierna de los hombres.

El que presta su brillo á los luceros;  
El que los prados coronó de flores;  
Aquel Señor, á cuya voz saliera  
De los abismos de la nada el orbe.

Estaba escrito en las eternas tablas  
Que solo Dios en su poder conoce,  
Que la gloria de Siria sucumbiese  
De los Moawiá con la familia noble.

Y que espléndido trono dominara  
En distantes bellísimas regiones,  
En hermosa ciudad, que el ancho mundo  
Presto llenara con su gran renombre.

Cayó en Oriente de Moawiá la estirpe  
Tras civiles y largas disensiones,  
Que aqueste mal porque al destino plugo,  
En los eternos fallos decretóse.

Media centuria acaso no pasara  
Desde que del profeta los pendones  
A elevarse llegaron altaneros  
En los hidalgos pueblos españoles.

El sólio de Damasco poderoso  
Mas cercado de intrigas y ambiciones  
Ocupa *Meruán*, que por las armas,  
De los Califas hasta el trono alzóse;

Y tambien por las armas pereciera;  
Que los *Alabas* con su gente, corren  
Por los pueblos, ciudades y alquerias  
En los pechos sembrando sus rencores.

Y de sangre los campos se cubrieron,  
Que alzaron los *Alabas* sus facciones,  
Y al morir *Meruán* en la batalla,  
De los *Moawiá* la dinastía hundióse. (1)



Y los desventurados caballeros  
que su color llevaban y su nombre,  
La venganza maléfica saciaron  
De los fieros y altivos vencedores.

Ellos hicieron que en festin horrible  
Cayeran todos, como planta docil,  
Que sin piedad destruyen y arrebatan  
Del desierto los secos aquilones.

Solo un mancebo, de la insana furia  
De sus verdugos por azar salvóse;  
Uno tan solo que protege el hado,  
Á quien brillante horóscopo tocóle.

De la vida se encuentra en los dinteles,  
El genio luce tras su frente jóven,  
Y allá en su pecho que el dolor oprime,  
Un alma grande, generosa esconde.

Sus ojos, cual de cándida paloma  
Garzos son; cual el ciervo de los montes  
Es ágil y gentil, su talle esbelto,  
Su estirpe regia; Abderrahman su nombre.

Escrito estaba, que aunque odiada siempre  
De enemigos tiranos y traidores,  
Una rama feliz reverdeciera  
De los Omeyas en el tronco noble:

Y que un príncipe errante, desdichado,  
Y acogido por míseros pastores,  
Hasta la gloria y el poder se alzara,  
Que así el hado benigno lo dispone.

---

Bendito aquel que iluminó su vida;  
El que los prados coronó de flores;  
Aquel Señor en cuya augusta mano  
Los imperios están y las naciones.

## I.

Allá de Oriente en la region dichosa  
Que los recuerdos del pasado pueblan,  
Donde las sombras venerables vagan  
De cantores, de reyes y profetas,

Donde la mirra y sicomoro crecen,  
Do levantan sus copas las palmeras  
Sobre el Eufrates, que apacible corre  
Y ruinas tristes y desiertos riega;

En la region del cielo favorita,  
Donde los ojos á la luz primera  
El primer hombre abrió, donde gozara  
Del Paraiso la morada bella,



Hay llena de memorias inmortales  
Agreste y melancólica una tierra,  
Que el rojo mar con su oleaje baña,  
Y el sol ardiente con sus rayos quema.

Sobre su suelo cálido se estienden  
Tristes desiertos de infecunda arena,  
Donde el Simún agítase violento,  
Donde chacales rugen y panteras.

Su nombre, Arabia es, y sus llanuras  
Nómada raza belicosa puebla  
De unos hombres errantes y orgullosos  
De negros ojos y de tez morena.

Nunca las leyes sugetar pudieron  
Su salvage y feliz independencia,  
Y libres corren, como corre libre  
De[sus desiertos la gentil gacela.

El tesoro del Árabe es tan solo  
Su buen camello y su corcel de guerra,  
El caballo, que crece compartiendo  
El pobre hogar de la sencilla tienda;

El que el encanto de su vida forma,  
Al que lloran si muere en la pelea  
Su muger y sus hijos; al que aman  
Como al Oasis que nacer les viera.

Y es feliz el errante beduino  
De su corcel contando la nobleza,  
Al recitar sus cantos orientales  
Y la leche al beber de sus camellas.

---

Una mañana, cuando el sol naciente  
Las tristes sombras de la noche ahuyenta,  
Sobre un caballo de la Arabia, sale  
Un jóven de Damasco por las puertas.

La magestad sobre su frente brilla;  
Y en la flor de sus veinte primaveras  
Ya en su rostro los rasgos se perciben  
Del génio, del dolor, de la grandeza.

Hácia el desierto fugitivo corre,  
Y cuando alcanza á distinguir apenas  
De Damasco los bellos alminares,  
Lágrimas tristes de sus ojos ruedan:

Que allí quedan sus fúlgidos palacios,  
Allí sus dichas, sus recuerdos quedan;  
Bajo los ólmos que sus campos cubren  
Abrió los ojos á la luz primera.



Y hoy sale solo, perseguido, errante,  
De furor y de duelo su alma llena,  
Y entre las tribus de la Siria busca  
Asilo fiel contra su mala estrella,

Mientra ansiosos le siguen los tiranos  
Que su sangre verter apetecieran,  
Como los pardos á la corza siguen,  
Y los halcones á la garza tierna.

Él es, Abderrahmán; el noble solo  
Que de una estirpe poderosa alienta;  
Que al influjo cediendo de su hado  
Su hermosa patria, sus palacios deja.

Y de toscos y pobres beduinos  
A un aduár hospitalario llega,  
Donde con él los árabes partieron  
Su negro pan y su querida tienda.

Allí, en las noches del otoño crudo  
Junto á la llama que ondulante humea,  
Quiméricas historias orientales  
A los pastores del desierto cuenta.

¡Mas ay! que nada á detener alcanza  
De los Alabas la tenáz fiereza;  
Y en los confines de la Arabia buscan,  
Á Abderrahmán el príncipe doquiera.



Ya abandona los árabes amigos  
Que allí á la entrada de sus blancas tiendas  
Lo despiden amantes, y así el Jeque  
Dice al mancebo dándole su yegua:

—«Corre, y *Ukrania* salvaráte presto  
De enemigos: mas ágil, mas ligera  
Es, que el Simún que en nuestros campos sopla  
Y que los gamos que los bosques pueblan.

Yo la adoro, hijo mio, pues descende  
De los nobles caballos del profeta;  
¡Alláh permita que á mi huesped salve;  
Alláh permita que te salve ella!.....

Y al mirar á su yegua, tierno llanto  
Se deslizara por su faz morena,  
Mientras el triste príncipe á galope  
Por las llanuras áridas se aleja.



## II.

Era la noche: en la mitad del cielo  
Brillaba el disco de la luna blanca,  
Bañando triste con sus tibios rayos  
Las ardientes arenas africanas.

Á su luz misteriosa se divisan  
De nieve cual montones, apiñadas  
Algunas tiendas, donde asilo buscan  
Los Bereberes que en sus llanos vagan.

La del Jeque levántase en el centro;  
Y su robusta, formidable lanza  
Clavada está á la puerta, y á ella atado  
Por un pié, su caballo de batalla.



Alrededor echados se contemplan  
Los rebaños de ovejas y de cabras,  
Que unos pastores de tostados rostros,  
En anchos jáiques rebozados guardan.

Bajo la tienda que de piel de tigre  
Está cubierta, y á la ardiente llama,  
Algunos hombres de semblantes rudos  
En ademan atento se encontraban.

Y los fieles camellos recostados,  
Sobre sus frentes las cabezas alzan,  
Mientra ordeñan las jóvenes la leche  
De las camellas, con su pan criadas.

Un *rawí* de la Meka peregrino, (2)  
Con varonil acento recitaba  
El poema de *Antar*; del gran poeta, (3)  
Del pastor inspirado de la Arabia.

Y escuchaban absortos su relato,  
Y entre sueños de amores y de hazañas,  
Se perdían sus mentes ardorosas  
Por el sol del Oriente fecundadas.

Así gratas las horas transcurrían  
Y ya la noche lóbrega avanzaba,  
Cuando tranquilo hospitalario techo  
Un desterrado por piedad demanda.

—«Entra:» el Jeque le dice: «de mi tienda,  
Ven, y comparte la pobreza franca,  
Que Dios protege al que socorre al triste,  
Al que parte su sal con la desgracia. (4)

Ven, y tus miembros en mi hogar reposa;  
De los Zenetes en la tierra, hallas  
Asilo bonancible; pues se lee  
En tus ojos tu suerte desdichada.

—«¡Zenetes! por mi bien! bendito sea  
El profeta, señor:» el jóven clama;  
Sus ojos brillan, y con paso noble  
Hasta el hogar caliente se adelanta.

Los Africanos, á su huésped dejan  
Preferente lugar ante las brasas;  
Dulce leche las jóvenes le sirven,  
Y pobres tortas que en el fuego asan.

Y cuando anima sus cansadas fuerzas  
Renaciendo en su pecho la esperanza,  
Así á los nobles que la tribu forman  
Con varonil acento les hablara.

—«Hijos felices del desierto; siempre,  
Alláh proteja vuestra dulce calma,  
Y nunca estienda la discordia impía  
sobre vosotros sus horribles alas,



«Siempre con grata bienhechora lluvia,  
El cielo riegue vuestras verdes palmas,  
Y el genio protector de las victorias  
Os ciña de laurel en las batallas.

«¿No oísteis contar en vuestras blancas tiendas  
Una historia de sangre y de venganza  
En que los nietos de Moawiá cayeron  
Como robles que el ábrego tronchara?

«¿No llegó nunca al aduár sencillo,  
De un banquete tristísimo la fama  
Do su rencor y su crueldad saciaron  
Sobre insignes vencidos los Alabas?

«Los descendientes del Omeya ilustre,  
Por horrible traicion allí se hallaban,  
Y ochenta nobles inmoló terrible  
Del inhumano vencedor la saña.

«Todos cayeron, cual la mies florida  
Que á nuestros campos el Simún arranca;  
Cual indefensa y tímida paloma  
¡Que destroza el halcon entre sus garras!

«Y al suspiro postrer de su agonía,  
Y á los ayes dolientes de sus almas,  
Tan solo respondió de los tiranos  
La estridente y horrible carcajada.



«De aquella estirpe cuyo nombre puro  
Desde el Tígris al Ebro resonara,  
Un hombre solo por azar salvóse;  
Uno infeliz, que en los desiertos vaga.»

—«¿Uno!» el anciano que los ojos fijos  
Tiene en el jóven, con placer esclama:  
—«Uno, Zenetes, que á tan noble tronco,  
Vínculo santo, fraternal enlaza.

—«¿Á nuestra tribu?»—«Sí; que una doncella  
De vuestra sangre generosa, *Ráha*,  
La madre fué del que proscrito ahora,  
Entre enemigos por su mal se halla.»

—«Cierto:» repuso el Jeque: ¿do se encuentra  
El hijo augusto de la antigua rama  
Que del profeta y del Islam la gloria,  
A las mismas estrellas levantara?

—«Nobles Zenetes, á vosotros hoy,  
La fortuna dirígeme apiadada;  
Un genio me guió, yo soy, Zenetes, (4)  
El único que alienta de mi raza.»

Un gríto de placer y de sorpresa  
Los Bereberes con asombro lanzan,  
Y á la figura del gentil mancebo  
Dirigen sus atónitas miradas.

Álzase el Jeque, que con paso grave  
Hasta el jóven preclaro se adelánta,  
Y entre el silencio que imponente reina,  
Así en el nombre de los suyos habla:

—«Príncipe fiel de los creyentes; hoy  
Que el hado impío tu existencia amarga,  
Soy dichoso, Señor, en darte asilo  
Que seguro tendrás en mi morada.

Tus hermanos verás en mis hermanos;  
Por tu defensa, romperán sus lanzas;  
Abrigo, amparo, te darán sus techos;  
Amor eterno te darán sus almas.

Y así estrella feliz y bienhechora  
En tu camino siembre la esperanza,  
Y así los hados vencedor te vuelvan  
Á los ricos vergeles de tu patria.»

—«Alláh protege, Abderraman repuso,  
Al que es juguete de su suerte aciaga;  
Bendito aquel que hermanos me concede  
Cuando solo traidores me cercaban.»

Y aquellos hombres, en sus manos juran  
Defender animosos con las armas,  
Al príncipe que envuelven las desdichas,  
Y que adverso el destino desampara.



### III.

Ya el ángel misterioso de los sueños  
Voló, plegando sus azules alas,  
Ante el fulgor de la naciente aurora,  
Que la luz de las *pléyades* borraría. (6)

Ya las estrellas de la noche huyendo  
Su puesto dejan á la luz del alba,  
Y allá del centro de la mar tranquila,  
El padre de la luz se levantaba.

Ya los corceles de la tribu corren,  
Ya las ovejas de la tribu balan,  
Y los Zenetes al Oriente vueltos  
Elevar la oracion de la mañana.



Las doncellas bellísimas adornan  
con corales y perlas sus gargantas,  
Los donceles adornan sus caballos  
Y aprestan los venablos y las lanzas.

Todo una fiesta del desierto anuncia;  
Que en las tristes arenas solitarias  
Donde no hay mas placer que los combates  
Y la hospitalidad y la venganza,

Y el escuchar fantásticas leyendas,  
Y el correr de sus yeguas africanas,  
Es motivo de fiestas y alegrías  
De un desgraciado ilustre la llegada.

Y aun hay mas; porque al triste socorrieron,  
Quiso Dios que la dicha derramada  
Sobre sus llanos para siempre sea  
Por el génio feliz de la bonanza.

Que una impía discordia que tuvieron  
Con otra tribu de la suya hermana  
De Zenetes cual ellos, concluyera,  
Y ya la paz protege sus moradas.

Valeroso Alajix, que así se nombra  
El buen Jeque que al príncipe otorgara  
Proteccion amístosa, sus venablos  
Opuso á los venablos de Mehanna,

Gefe de los contrarios; de sus costas  
Las arenas se vieron empapadas  
De sangre generosa, y por doquiera  
El ángel *Azrrael* batió sus alas. (7)

Mas huyóse llorando, por ventura,  
De la paz ante el génio, que levanta  
Radiante y pura su bendita frente  
De rosas y de oliva coronada.

Y de este dia en las felices horas  
La paz al asentar de la comarca,  
Vistosos juegos en el campo tienen  
Que solemnizan ceremonia grata.

Alajix con los suyos se dirige  
Al rico campamento de Mehanna,  
Que allí depuestos los antiguos odios  
Los festejos se aprestan y las zambras.

Ágiles mozos sus corceles montan,  
Que relinchan gozosos y piafan:  
Con apostura respetosa y grave  
En dromedarios los ancianos marchan.

Abderrahman distínguese bizarro,  
Pues su talle ligero cual la palma,  
Sobre un caballo berberisco luce  
Que con hábil destreza manejara.



Parten; por las llanuras ardorosas  
Perdíase la alegre cabalgata,  
Y del camino á la mitad, los nobles  
Del enemigo campo se adelantan.

Ya todos confundidos se aproximan  
Al pabellon del gefe, y á su entrada  
Este aguarda á Alajix, que desmontando,  
Entre gritos de júbilo le abraza.

Con los caudillos de *Tahart* penetran;  
Besan los dos sus ínclitas espadas;  
Siete piedras entierran silenciosos, (8)  
Y así Alajix al terminar hablara:

—«¡En el nombre de Alláh clemente y sumo!  
Como esas piedrecillas, enterrada  
Nuestra discordia para siempre sea;  
Olvidemos los males que pasaran.

«El cielo con benéfico rocío  
En vez de sangre riegue nuestras palmas;  
Alláh bendiga nuestra paz solemne;  
Bendito él que nos volvió su gracia.»

—«La paz juremos, repusieron todos,  
Cuando viejos rencores olvidaban;  
Y ya su puesto en el festin ocupan  
Que les dispuso pródigo Mehanna.



Allí manjares del desierto sirven;  
Carne sabrosa de camella blanca,  
Leche, dátiles dulces, y carneros,  
Y tierno pan y cristalina agua.

Al terminar el rústico banquete,  
De ambas tribus los jóvenes cabalgan,  
Una prueba por dar de su destreza  
Tirando los venablos y las lanzas.

Y los graves ancianos los admiran;  
Los aplauden las vírgenes gallardas,  
Tras cuyos velos sus pupilas lucen,  
Cual brilla el sol tras de la nube clara.

Y tres dias de plácido recreo  
Entre alborozo y músicas se pasan,  
Que así celebran de la paz dichosa  
En el desierto la presencia fausta.

¡Mas qué valen alegres regocijos  
Al que víctima es de la desgracia,  
Al que arrostra su vida sin ventura  
Con solo un pensamiento de venganza?

¡Nadie la fuerza de su estrella vence!  
Nadie su sino malhadado cambia!....  
Asi pensando el infeliz proscripto  
Vagaba triste al despuntar el alba,

Del día postrimer que á sus placeres  
Entrambos aduare se entregaban,  
Soñando en su delirio con un trono,  
Con el bien que á sus pueblos otorgara.

Pero absorto contempla de rodillas  
Cabe risueña fuentecilla mansa,  
Á una muger que hacía el Oriente vuelta,  
Dirige al cielo férvida plegaria.

El velo no ocultaba su hermosura;  
Y Abderrahmán gozoso la admiraba,  
Que sus gracias cautivo le rindieron  
En los juegos, las fiestas y las danzas.

Álzase la africana sorprendida;  
Bajo el cendál modesta se recata;  
Pero su impulso detener intenta  
El príncipe que á ella se adelanta:

—«¿Por qué me ocultas, (dícele) tus ojos  
Dulces cual ojos de paloma blanca,  
Si es mas graciosa tu cintura leve  
Que del Eufrates las flexibles cañas?

«Si es tu aliento que el céfiro recoge,  
Grato como perfume de la Arabia;  
Si granadas del Yemen son tus lábios.....  
Si las rosas del Yemen te envidiaran!... (9)



—«Príncipe...»—«Estrella del desierto pura  
Que la vejéz alumbras de Mehanna;  
Tambien tu luz mi corazon percibe,  
Tambien disipas mi tristeza, *Howara.*»

—«Señor; mi nombre sabes? yo en mi tienda  
El relato escuché de tus desgracias,  
Y ruego á Alláh que en su clemencia temple  
El triste influjo de tu suerte infausta.»

—«Escucha, *Howara*; si benignos hados  
Nuevos dias de gloria me otorgaran,  
Y si las turbas cual mis padres viera  
Prosternadas humildes á mis plantas,

«Yo rindiera á las tuyas mis tesoros;  
Yo tu cuello con perlas adornara,  
Y tu beldad luciendo en mis palacios,  
La señora serias de mi alma.

Pero el grande profeta no permita  
Que tu estrella una yo de bienandanza  
Con la mia fatal, que del destierro  
El duro pan con la que adoro parta.»

—«Feliz yo, si tus íntimos pesáres,  
Con mi amor ó mi llanto suavizara.»

—«¿Quieres tú ser huri del paraíso, (10)  
De mis desdichas protectora hada?



«Un astrólogo sábio de la Siria  
Imperios me ha predicho, gloria y fama;  
Y yo en ello confío, que mi mente  
Espacio anhela do tender sus alas.»

—«Adios, príncipe, adios; que ya de nuevo  
Los juegos y las fiestas se preparan.»

—«¿Mi trono partirás?»—«Ó tu infortunio.»

—«Plegue á Alláh que se cumpla mi esperanza.»

---

Y al descender el sol en el ocaso,  
Alajix con su gente se alejaba  
De la tribu ya amiga, donde preso  
Abderrahman el corazon dejara.

#### IV.

Muchas veces el sol sobre los mares  
Alzó su disco de brillante fuego;  
Muchas veces los astros de la noche  
Sobre la tierra su esplendor vertieron:

Muchos dias pasaron de ventura  
Iguales, dulces, monotonos, lentos,  
Que la paz y la dicha cobijaban  
Los blancos pabellones del desierto.

Y en ellos, tras borrascas espantosas,  
Tras largas luchas con el hado adverso,  
Grato reposo, hospitalario albergue  
Al fin hallara el imperial mancebo.

¡Mas ay!... ¡qué valen ni tranquilas noches,  
Ni hermosos días por la paz serenos,  
Ni de los bosques la undulante sombra  
Ni fuerte lanza ni carcax ligero,

Al infeliz que de venganza abriga  
El fatal y terrible pensamiento,  
Á quien venganza de sus nobles padres  
Está la sangre sin cesar pidiendo!

¡Á quien de horrible y destructor banquete  
Atormenta fatídico recuerdo;  
Á quien un trono concedió el destino,  
Y errante vaga en erial desierto!....

Cuando persigue con venablo agudo  
Al fuerte tigre ó al leopardo fiero  
Sobre la yegua que pastó en la Arabia  
Y á quien sus alas le prestara el viento,

Cuando del sol del África abrasado  
Reposo buscan sus rendidos miembros  
Bajo verdes olivas que recuerdan  
Las que sombrean su palacio régio,

Siente que asaltan su ardorosa mente  
Las memorias felices de aquel tiempo,  
Y el corazón palpítale con fuerza  
Y su furor le abruma y su despecho.



Mas enmedio de tanta desventura,  
De esas ideas lúgubres enmedio,  
Una esperanza de placer se eleva  
De poder y de dicha, vago sueño.

Así en oscura tenebrosa noche  
Brilla fugáz relámpago ligero,  
Que un instante disipa las tinieblas,  
Porque mas tristes aparezcan luego.

¡Ah! ¡cuantas veces sobre el mar tranquilo  
La incierta vista con afan tendiendo,  
Piensa que en otra orilla se levanta  
El trono que los hados le ofrecieron!

¡Y cuántas veces cuando el sol se hunde  
Entre las nubes, á Occidente vuelto,  
En otros dias de ventura piensa  
En que á sus padres vengará soberbio!....

Pero vaga entretanto solitario  
Á una pasion dulcísima cediendo,  
Que en él muy pronto poderosa impera  
Y es de sus males celestial consuelo.

---

Bella como la reina de la noche;  
Como el brillante y matinal lucero;  
Como la perla que los mares guardan  
Bajo conchas de nácar en su seno,

Era la pura, la gentil doncella  
Á quien Howara llaman, y que el pecho  
Del príncipe infeliz, con sus hechizos,  
Tiene en cadenas amorosas preso.

Mas grato es á Abderrahmán su nombre,  
Que al peregrino de calor sediento  
El fresco manantial; mas que un oasis,  
Al árabe perdido en el desierto.

Y mas anhela contemplar su rostro,  
Que el beduino de su patria lejos,  
El ramaje admirar de las palmeras  
Que su cuna inocente protegieron.

Cuando la tarde silenciosa avanza  
Y el sol se oculta colorando el cielo  
Y alza la tribu su oracion postrera  
De las estrellas al fulgor primero,

Sobre su yegua se dirige el jóven  
Al valle do la hermosa de sus sueños  
Tranquila mora; donde alegres pacen  
Sus manadas de cándidos corderos.



Y si á la luz del moribundo día  
A ver alcanza su flotante velo,  
Si de las murtas á través percibe  
Una mirada de sus ojos negros,

De su amada se aleja venturoso  
Aquel campo querido bendiciendo,  
Cuyas silvestres florecillas ama  
Más que de Siria los jardines bellos.

Que es su mirada para el alma ilustre  
Que combaten contrarios sentimientos,  
Lo que la lluvia bienhechora al campo  
De sol ardiente por los rayos seco.

---

Mas Alajix que noble y compasivo  
Cual un hijo acogióle, comprendiendo  
El intenso pesar que le domina  
Y de su amor á Howara los secretos,

Seguido de los suyos, se dirige  
Del anciano Mehanna al campamento,  
Donde á la luz de su vejez demanda  
Para esposa feliz del jóven régio.



En muy cortos instantes, arreglados  
De la boda quedaron los conciertos;  
Y cuando á Howara señalaron dote,  
En brillantes ofertas compitieron.

---

Al fin, risueño amaneciera el día  
Que el alba pura con su luz rompiendo  
De la noche las sombras, el Oriente  
Púdica tiñe con fulgor ligero,

De felices Zenetes alumbrando  
La ventura, los cantos, el contento,  
Con que dichosos celebrar pretenden  
De la boda de Howara los festejos.

Ya de la tienda de Alajix, los nobles,  
El *acidaque* que á la esposa dieron (11)  
Con numerosa comitiva llevan  
Al valle de Mehanna el opulento.

Y Abderrahmán que juzga tal ventura  
De su mente fantástico embeleso,  
Adormido en su mágica esperanza,  
Olvidara un instante sus recuerdos.

Abre la marcha Berebér gallardo  
Sobre corcel fogoso del desierto,  
Más que la nieve, tremolando blanca  
Una bandera que acaricia el viento.

Tras él, ornados de brillantes flores  
Y vistosas guirnaldas, los camellos  
Por jóvenes esclavos conducidos,  
En dos hileras se adelantan lentos.

Iban sobre alazanes poderosos  
Alajix y sus inclitos guerreros,  
Cuyos jaeces árabes adornan  
Blancas garzotas y caireles bellos.

Una muger les sigue, que quemando  
En tosca pira delicado incienso,  
Con la nube fragante que despide  
Las brisas embalsama del desierto.

Tras ella véñse nómadas pastores  
Las ovejas de leche conduciendo,  
Y al son de sus campestres chirimias  
De Antar cantando los sonoros versos,

Mientras al coro lánguido responden  
De doscientas mugeres los acentos,  
Cuyos cantos de boda devolvían  
De la tranquila soledad los ecos.



Y cerrando por último la marcha  
Con dos negros distínguese un camello,  
Que el rico ajuar sobre sus lomos lleva  
Y de espléndidas galas vá cubierto.

Apenas á la tienda de Mehanna  
Llegó la comitiva, salió luego  
El noble anciano con mugeres bellas  
Y con bravos ginetes á su encuentro.

Se saludaron con placer los Jeques,  
Los regalos de boda se ofrecieron,  
Y grave ceremonia terminaron  
La oracion de *Faliha* repitiendo. (12)

Pero al pasar tres soles, deberian  
Volver de Abderrahman los compañeros,  
A conquistar de Howara la hermosura  
Las costumbres arábigas siguiendo.

---

Los tres soles pasaron, y cien nobles  
Con las matronas principales fueron  
A disputar á Howara, que defienden  
De su bélica raza los mancebos.



El simulacro luego comenzóse  
Y entre el polvo brillaban los aceros,  
Como entre nubes las centellas lucen  
Cuando oscurece la tormenta el cielo.

Los de Alajix al cabo vencedores  
La hermosura de Howara merecieron;  
De su tienda los jóvenes en tanto  
De envidia suspiraban y de celos.

Estaba Howara como nunca hermosa;  
El dulce brillo de sus ojos tiernos,  
Cual la luz de las pléyades lucia  
Cuando iluminan el espacio inmenso.

De la tribu del novio las mugeres  
Con cantos y con gritos la acogieron;  
Y Abderrahman absorto la admiraba  
Cual hurí que forjó su pensamiento.

Veinte doncellas á la esposa siguen,  
Que en dromedario de elevado cuello  
Al fin subió, donde el handág se ostenta (13)  
Decorado con plumas y con flecos.

Abderrahman junto á su bien cabalga  
que parte de su tienda, recibiendo  
La bendicion de sus ancianos padres,  
Los plácemes de amigos y de deudos,

Y por los llanos do los novios pasan,  
Salen niños, y vírgenes, y viejos,  
Esparciendo del ámbar los perfumes,  
Y degollando cabras y carneros.

Todo el día y la noche trascurrieran  
Entre danzas y músicas y juegos,  
Que el génio del placer y la alegría  
Tuvo en el campo de Alajix su imperio.

Mas en medio de tanto regocijo  
Y de ventura tan inmensa en medio,  
Alzábase una nube de tristeza  
Del príncipe la frente oscureciendo.

Que le asaltaban en tan grato día  
De otros días horribles los recuerdos,  
Y escuchar piensa que venganza piden  
Las sombras de sus ínclitos abuelos.

V.

Aun resonaban los alegres cantos  
Con que la boda festejado habian;  
Aun el humo que exhalan los pebetes  
El espacio doquier aromatiza;

Aun de ambas tribus las dichosas fiestas  
En ruidoso tropel se sucedian,  
Cuando grave embajada cautelosa  
Del África á las márgenes arriba.

Eminentes Alarbes la componen  
Que con sus bravas huestes damasquinas,  
El alto nombre del Islam sostienen  
De la España feráz en las campiñas,





En la region hermosa y placentera  
De Dios y de los génios favorita,  
Mas cuyo seno, sin cesar desgarran  
Interminables luchas fraticidas.

Desde que el godo poderío hundióse  
Del *lago de la Janda* en las orillas  
Y al pendon sacro de la cruz venciendo  
El amarillo de Mohammad domina,

En los hidalgos pueblos españoles  
Su poder ostentaron los Califas  
Que Soberanos en Oriente imperan,  
Y sus Emires á Occidente envian.

Á la sazón, Yusuf el orgulloso  
Gobernaba en España; mas sus villas,  
El génio destructor de las discordias  
Inundara de sangre y de ruinas;

Que en civiles y largas disensiones  
Los bandos Agarenos dividian  
Las fuerzas del Muslin, sin que evitarlo  
Pudieran los Señores de la Siria.

Y porque cesen los continuos males  
Que á la agitada pátria conmovian,  
Y la paz vuelva á sus hogares, siendo  
Independiente, poderosa y rica,

Varios nobles en Córdoba reunidos  
Un príncipe deciden que los rija,  
Y el yugo sacudir de los Emires  
Que el soberano de Damasco envía.

Entonces, para el Africa saliera  
Con gran secreto corta comitiva,  
Que á los desiertos de *Tahárt* llegara,  
Do fué por los Zenetes recibida.

Y ante el príncipe ilustre presentado  
Tras de larga Zalema, así se esplica  
*Temán* el noble, que en la fuerte España  
Valerosos guerreros acaudilla.

—«Alláh te guarde, sucesor augusto  
De los altos Omniadas, y bendiga  
Tu frente, porque en ella la diadema  
Brille al fin, que tus padres se ceñían.

«En nombre de los bravos andaluces,  
Y los males al ver que nos agitan,  
Un trono independiente te ofrecemos  
Del lejano poder de los Califas.

«Pues la voz de la fama voladora  
Tus hazañas contara y tus desdichas,  
Y en tí vemos el príncipe que debe  
Volver á España la quietud bendita.



«¡Oh, ven! y en ella encontrarás amigos  
Que en tu defensa perderán sus vidas;  
Pues ornó Alláh con la virtud tu alma,  
Y génio puro tus instintos guía.

«Allí hay colinas de verdor cubiertas  
Que aventajan del Yemen las colinas;  
Hay frescos arroyuelos que relucen  
Cual cimitarras por el sol heridas;

«Y bosques de laureles y arrayanes  
Que al dulce sueño y al placer incitan,  
Y encantados pensiles que remedan  
Del paraiso la mansion divina.

«¡Oh! ven á España! que aunque á ti se opongan  
Los que á Yusuf defienden ó al Califa,  
Los que el pendon de los Alabas siguen  
Y de la estirpe de Moawiá se olvidan,

«Aunque graves peligros te rodéen  
Príncipe fiel, en tan feliz conquista  
No estarás solo, que á tu lado se hallan  
Los adalides de mayor valía.

«Por cuyas lanzas siempre vencedoras  
Ha de ser tu corona sostenida,  
Y mas firme estará, yo te lo juro,  
Que en sus cimientos la montaña altiva.»



Calló Teman: y el príncipe un momento  
En actitud quedára pensativa,  
Hasta que con resuelto continente  
La propuesta aceptando, respondía:

—«¡Nobles caudillos del Islam orgullo!  
Si conmigo los pueblos fraternizan  
Y piden que mi esfuerzo les devuelva  
La dulce calma por su mal perdida,

«En mí un hermano y salvador tendreis;  
Ni batallas ni riesgos me intimidan,  
Que luengos años de desgracias cuento  
Y sé, Muslimes, despreciar la vida:

«El Sumo Dios cuyo poder sostiene  
Los imperios, mi espíritu dirija;  
Y así acreciente del Korán la gloria  
Y de España á los árabes la dicha.»

---

Pocos dias mas tarde, cuando apenas  
Del Oriente las puertas entreabria  
Tímida el alba, la africana gente  
Del mar ocupa la serena orilla:

Todos del bien de Abderrahman se alegran,  
Pero tristes están por su partida:  
Temen y callan los ancianos graves,  
Los jóvenes le aplauden y le envidian.

Howara, de su padre sobre el seno,  
La hermosa frente con dolor inclina;  
De Alajix en el pecho se suceden  
El temor, la esperanza y la alegría.

Y Abderrahman gallardo como nunca  
Á la beldad consuela, que afligida  
Tan solo con sus lágrimas responde  
Del esposo feliz á las caricias.

Tambien lloran las vírgenes hermosas  
Cuyos nobles amantes le seguian,  
Pues mil Zenetes para España salen  
En busca de botin y de conquistas.

---

La hora llegó: del Sol el primer rayo  
Los horizontes con su luz teñia,  
Y volaban las blancas gaviotas  
Sobre las olas de la mar tranquila.



Ya la nave española los aguarda,  
Y así á su esposa qué á su cuello asida  
Triste gimiera, con acento dulce  
El juvenil guerrero le decia:

—«¿Por qué lloras, mi bien, si ya piadoso  
Mi adverso hado su rigor mitiga,  
Si de mi estrella el protector influjo,  
Me otorga el trono que soñara un dia,

«Si, muy pronto á abrazarnos tornaremos  
En Córdoba, mi Howara, ó en Sevilla,  
Cuando ofrecerte pueda victorioso  
Réal corona que tu frente ciña?»

—«Que la fortuna, respondióle ella,  
Guarde en el campo Abderrahman tu vida:»  
Y un talisman suspéndele del cuello  
En quien la triste su esperanza cifra.

Alajix y Mehanna lo bendicen,  
Los jeques sus guerreros le ofrecian,  
Todos servirle y ayudarle anhelan,  
Todos lloran amantes su partida.

Y él con los suyos la galera aborda  
Cuyas velas al viento se tendian,  
Que al fin partió, sobre la mar dejando  
Luciente estela su cortante quilla.



Y se aleja... se aleja... de la playa  
Por remos y por áuras impelida:  
Con gritos y con señas la saludan,  
Todos partir con ansiedad la miran.

Y cuando al fin entre la mar y el cielo  
Blanco punto tan solo se divisa,  
Cayó en los brazos de su padre Howara,  
Clamando:—¡que el profeta los bendiga!»

## VI.

El año comenzaba; sus fulgores  
Tímidos lanza de *Rabié* la luna, (14)  
Que con sus tibios misteriosos rayos  
La flor primera silenciosa alumbra.

Mas la esperanza y el placer dominan  
En las risueñas playas andaluzas,  
Donde levanta poderoso el fuerte  
De *Hins-Almunecab*, su muralla oscura. (15)

Allí se encuentran los caudillos nobles  
Que gloria ofrecen al Islam y ayuda,  
Y que á la estirpe de Moawiá leales,  
De los Alabas el poder rehusan.

Y se muestra tambien de Andalucia  
La juventud ardiente que la ilustra,  
Y que bélicos lancés ambiciona  
Donde laureles halle y aventuras.

Y cuando al fin sobre la mar alcanzan  
La nave á divisar entre la bruma  
Do su esperanza fian, poderoso  
Un largo grito de placer retumba.

Grito feliz que se repite y crece  
Resonando veloz por la llanura,  
Al ver á Abderrahman, que con los suyos  
La costa pisa que su suerte augura.

Temán dichoso le presenta al pueblo,  
Y todos con respeto le circundan,  
Entre voces de júbilo clamando:  
«Que Alláh le ensalce; que le dé ventura.»

De la Cora de Rayya los guerreros,  
Leales ser hasta la muerte juran  
Al príncipe real, en quien ansiosos  
Un defensor los Andaluces buscan.

Y cuantos nobles las ciudades honran  
Que el ancho Betis y el Genil fecundan;  
Cuantos jóvenes prueban en el campo  
Su esfuerzo varonil y su bravura,



La blanca enseña de Moawiá seguian  
Contra el negro pendon que altivo ondula,  
Y que por planes de ambicion guiado,  
Yusuf defiende con sus huestes rudas.

Mas los pueblos al príncipe se entregan  
Que entusiastas acogen y saludan:  
De Abderrahman trocárase el destino,  
Sus empresas corona la fortuna.

Y en la fiel Archidona proclamado  
Álzase al fin con alegría suma,  
En sus sienes mostrando la corona  
Que de ellas arrancó la desventura.

Todo Yusuf lo sabe, y altanero,  
Á su hijo manda que sus fuerzas juntas  
Hácia Córdoba lleve, donde aguarde  
Á las que al nuevo príncipe secundan.

Y Abderrahman con sus Zenetes bravos  
Y sus ínclitas huestes andaluzas,  
De Córdoba hácia el campo se dirige  
Y en Dios y en ellas su esperanza funda.

---

Ya del Betis la márgen deliciosa  
De sangre esmalta fratricida lucha,  
Que en los campos de Siria comenzara  
Y en los valles de España continúa.

Mas ante los corceles que pacieron  
Allá de Eufrates en la orilla inculta,  
De los contrarios las vencidas huestes  
Á la ciudad retíranse confusas.

Largo fué el sitio: Abderrahman cercóla  
Clavar ansiando la bandera suya,  
Sobre los ricos alminares bellos  
Donde la enseña de Yusuf ondula;

Y un círculo de hierro poderoso  
A la graciosa Córdoba circunda  
Cual inmenso collar, en el que lucen  
De fuertes lanzas las ferradas puntas.

Pero Yusuf, cual *sierpe que se pisa*  
Bramando airado de corage y furia,  
Tropas allega que tras él veloces  
Á la ciudad desamparada acudan.

Mas al encuentro Abderrahman le sale  
Con los guerreros que su esfuerzo emulan,  
Y que con su valor y su pujanza,  
Á la conquista general coadyuvan.



Frente á frente se hallan; no se vieron  
Huestes tan bravas y aguerridas nunca,  
Cual las que cubren de *Musara* hermosa  
Con sus guerreros la feráz llanura.

Ya con bélico arrojo se arremeten  
Y ambas á dos embisten furibundas,  
Como peñasco destructor que rueda  
Desde alto monte y aquilon empuja.

El fuerte hierro contra el hierro choca;  
Ayes y gritos por el viento zumban;  
Todo de horror y confusion se llena;  
Entrambas partes valerosas luchan.

Mas del destino en las eternas tablas  
Está escrito que venza quien ya triunfa:  
Yusuf, en balde su valor demuestra;  
Aun hiere el golpe de su lanza aguda,

Y todo en vano; que el Omniada insigne  
Arrolla osado la guerrera turba  
A sus pasos opuesta; la victoria  
Bajo sus alas le cobija augusta,

Y los contrarios aterrados huyen,  
Huyen, como la corza que en su fuga  
Por el astuto cazador herida  
En los espesos bosques se refugia.



Y Abderrahman que el genio de la guerra  
De laureles corona y de ventura,  
Que á sus padres vengando victorioso  
De los Alabas el pendon subyuga,

Hácia Córdoba altivo se dirige  
Donde muy pronto para gloria suya,  
El califato se alzará pujante  
Orgullo siendo de su clara alcurnia.

Y sus puertas fortísimas se abrieron;  
Pues ya sin esperanzas ni bravura,  
Sus defensores la ciudad dejaron  
Al vencedor invicto que la ocupa.

Abderrahman como señor domina;  
Las fértiles comarcas andaluzas,  
Al fiel monarca de quien paz esperan  
Cual á númen benéfico saludan.

Y aunque Yusuf en la defensa sigue,  
Doquier la enseña del Moawiá fulgura;  
Que los hados amigos le protejen;  
Que sus empresas coronó fortuna.

## VII.

Todo era fiesta, júbilo, alegría;  
Córdoba ostenta su esplendor gozosa,  
Como virgen feliz que se engalana  
En el dichoso día de sus bodas.

Doquier las flores olorosas brillan  
Que dan del Betis á los valles sombra,  
Y ricas aguas por doquier se vierten  
Que perfuman arábigos aromas.

Y por calles y plazas corre el pueblo  
La Sultana por ver encantadora,  
Que del Africa llega, precedida  
De noble comitiva numerosa:

Respetables ancianos la acompañan,  
Guerreros y doncellas y matronas  
Y esclavos negros, y hasta cien camellas  
Que su dote conducen y sus joyas.

Bella, Howara aparece; la alegría  
Su semblante purísimo colora,  
Y Abderrahman recíbela gozoso  
Y gozoso le ofrece su corona.

¡Con qué placer se abrazan! las estrellas  
Fueron al fin de entrambos protectoras;  
Al fin los hados porvenir dichoso  
Bajo el cielo de España les otorgan.

---

Aun largo tiempo despiadada guerra  
Ensangrentó las villas españolas,  
Mas siempre fiel á Abderrahman ilustre  
Con sus laureles ciñe la victoria.

Y cuando al fin la turba de enemigos  
Se disipa cual nube destructora,  
Cuando la paz sus alas estendiendo  
De blanca nieve y de brillante rosa,



Hace que el bien renazca venturoso  
Y es á los pueblos que la guerra asola,  
Lo que á los campos que abrasara estio  
Del otoño las brisas bienhechoras,

Abderrahman magnánimo levanta  
Espléndida mezquita suntuosa, (16)  
De quien tendrá la de Damasco envidia  
Y que aun al mundo sin igual asombra.

Digno templo de Alláh; de sus columnas  
Por sílfides labradas seductoras  
Múltiples calles véense, que semejan  
Gran laberinto, selva portentosa.

El limpio bronce de sus puertas brilla;  
Sobre los muros que el esmalte orna,  
Lindas guirnaldas árabes se mezclan  
Con inscripciones y leyendas moras.

Alicatado pavimento luce,  
Y de sus bellas y labradas bóvedas,  
Lámparas ricas de alabastro penden  
Que sus fulgores lanzan misteriosas.

Opulenta mezquita que semeja  
La que el orgullo de la Meka forma;  
Que del famoso Emir el poderío  
En tiempos remotísimos pregona.

¡Mas ay! que aunque el renombre victorioso  
De Abderrahman á los Muslitas honra,  
Aunque amantes sus pueblos le bendicen,  
Aunque admiran sus triunfos y sus obras,

Melancólico y triste, cuando oculta  
Su disco el sol entre las nubes rojas,  
Sobre alminar que dominara esbelto  
La huerta de *Ruzafa* deliciosa, (17)

Una palmera solitaria admira  
Que plantó de la Siria cual memoria,  
Y su verde follage contemplando  
Vuelta hácia Oriente la mirada ansiosa,

Piensa en los campos que nacer la vieran;  
Á sus gratos recuerdos se abandona,  
Y estos versos suavísimos diciendo  
Por sus desiertos y sus padres llora.

---

«Tú tambien insigne palma (18)  
Eres aqui forastera;  
De Algarbe las áuras dulces  
Tu pompa halagan y besan.



En suelo fecundo arraigas,  
Y al cielo tu cima elevas;  
Mas lloráras triste llanto  
Si cual yo sentir pudieras.

Tú no sufres contratiempos  
Como yo, de suerte aviesa;  
Á mí, de pena y dolores  
Continuo llanto me anega.

Con lágrimas he regado  
Las palmas que *Forat* riega;  
Pero las palmas y el rio  
Se olvidaron de mis penas,

Cuando mis infaustos hados  
Y de Alabas la fiereza,  
Me forzaron á dejar  
Del alma las dulces prendas.

Á tí de mi pátria amada  
Ningun recuerdo te queda;  
¡Pero yo triste no puedo  
Dejar de llorar por ella!...»

---



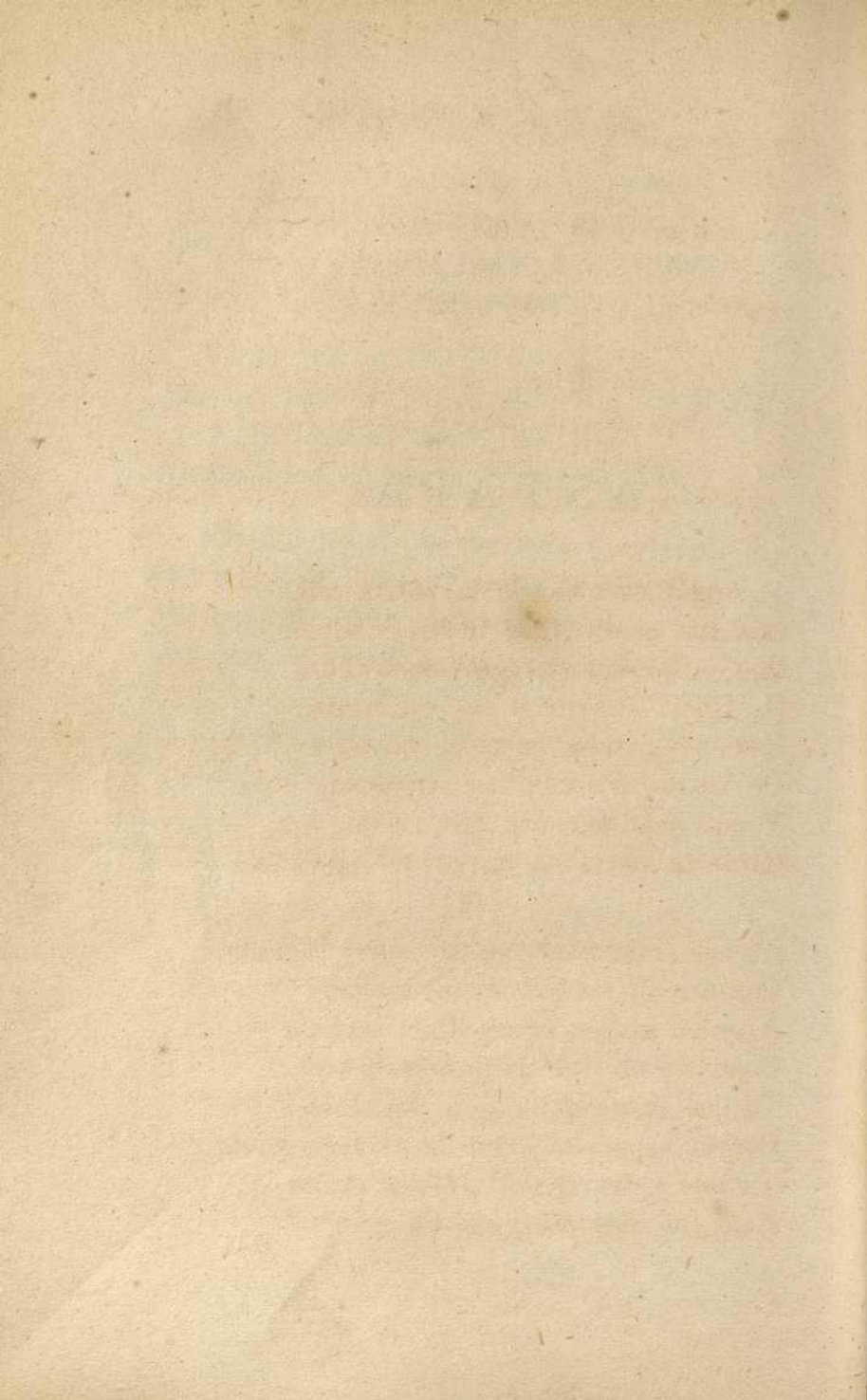
Y del ilustre Abderrahman primero  
Aquí termina la brillante historia;  
Por su virtud los pueblos le adoraron;  
Ciñó por ella la réal corona.

Padre fué de los ínclitos Califas  
Que el Islamismo honraron con su gloria,  
Y le lloraron al morir los suyos,  
Como á los buenos principes se lloran.

Bendito aquel que protegió su vida;  
El que á sus huestes dió la victoria;  
El que los mares poderoso calma;  
El que los prados coronó de rosas...

ASTAPA.

CANTO.





## I.

¡Ángel custodio de la pátria mia!  
Haz que cante á los ínclitos iberos,  
Que osaron fuertes en lejano dia  
De Roma resistir á los guerreros.  
Haz que ensalce la noble bizarria  
De los hijos de Bética altaneros,  
Y que cantando tan heróica hazaña,  
Cante la gloria de mi grande España.

## II.

Génio inmortal que de laurel sagrado  
Coronas de los héroes la frente;  
Á quien invoca intrépido el soldado  
Cuando á la lid arrójase valiente:  
Tú que fuiste do quiera venerado  
Por la española y por la estraña gente,  
Tú que á través del piélago profundo  
Bajo tus alas cobijaste un mundo,

## III.

Ven, y mi mente con tu soplo inspira;  
No repares ¡oh génio!... la bajeza  
Del que la gloria de su patria admira  
Y osa cantar su fúlgida grandeza.  
Pobre es el eco de mi tosca lira;  
Grande de Astapa la inmortal proeza,  
De la que España guarda la memoria  
En el eterno libro de su historia.

## IV.

Fuerte era Roma; el águila arrogante  
Desde el Tiber su vuelo levantando,  
Sobre los pueblos se lanzó gigante  
Al mundo entre sus garras apresando.  
Respetada doquier, doquier triunfante  
Con sangre su carrera señalando,  
Llevara del Ocaso hasta el Oriente  
El nombre de su raza omnipotente.

## V.

Y callaban las miserables naciones  
Bajo su carro triunfador cayendo,  
Los mantos de sus reyes, en girones  
De Roma altiva ante las plantas viendo.  
Fama eternal sus fuertes campeones  
Conquistaban intrépidos venciendo,  
Y á su frente ceñiales la gloria  
El sangriento laurel de la victoria.

## VI.

¿Y quién su vuelo contener pudiera?  
¿Quién resiste del mundo á la señora  
Si la fortuna síguele doquiera,  
Si pujante se eleva y vencedora?  
¡Oh! dejad que prosiga su carrera  
Entre escombros y sangre triunfadora:  
Mas un pueblo resiste á sus legiones  
Al águila oponiendo sus leones.

## VII.

Un pueblo invicto que morir sabia  
Por esclavo no ser del extranjero,  
Y que allá en sus montañas defendia  
Su noble hogar desesperado y fiero:  
Que de Roma á las haces oponia  
El animoso corazon ibero;  
¡España!... ¡España en fin!... que al heroismo  
En las alas se alzó del patriotismo.

## VIII.

Donde crecen bellísimas las flores  
Con su aroma las brisas perfumando,  
Donde gimen arroyos bullidores  
Oro al par de sus olas arrastrando;  
El sol derrama allí sus resplandores  
Feracísimos valles alumbrando:  
Puro es su mar, brillantes sus estrellas,  
Fuertes sus hombres, sus mugeres bellas.



## IX.

Contemplanon de Iberia la hermosura  
Los pueblos que en el mundo dominaban,  
Y sobre su riquísima llanura  
Como tigres hambrientos se arrojaban:  
El terror esparciendo y la pavora,  
Sus colinas y prados asolaban,  
Causando en ellos destructor estrago  
Los hijos de Fenicia y de Cartago.

## X.

Y Cartago y Fenicia sucumbieron  
Bajo el hierro fatal de sus rivales,  
Y otros nuevos ejércitos cayeron  
En los bosques de Iberia virginales:  
Sus fértiles campiñas recorrieron  
Tras las egregias águilas triunfales,  
Que sobre ellas lanzáronse ambiciosas  
Las legiones de Roma poderosas.

## XI.

Mas ¡ay! que los iberos valerosos  
Con denuedo sin par se defendian,  
Con su sangre regando generosos  
La tierra donde bravos sucumbian.  
De sus nevados montes escabrosos  
Inespugnable fortaleza hacian,  
Oponiendo á los dardos acerados  
Fuerte muro de pechos esforzados.

## XII.

Y por su audaz y denodado arrojo  
Admirados serán de las naciones,  
Que en Iberia dejaron por despojo  
Sus marchitos laureles y pendones:  
Su verde suelo se tornára en rojo  
Con la sangre de estraños escuadrones,  
Que por oro y por gloria combatian  
Y sin oro y sin gloria sucumbian.

## XIII.

En los valles de Bética hechicera  
Adornados de juncos y espadaña,  
Corre el Genil besando la pradera  
Que con sus aguas transparentes baña;  
Y sobre su bellísima ribera  
Allá hácia el fin de la guerrera España,  
Modesta levantábase y sencilla  
Coronando un cerrillo, noble villa.

## XIV.

Astapa se nombraba; y arrogantes  
De sobriedad y de virtud modelo,  
Eran los vigorosos habitantes  
De aquel florido y delicioso suelo.  
Fieles, altivos, de su pátria amantes  
En quien cifraban su constante anhelo,  
De Cartago leales aliados  
A la defensa estaban preparados.



## XV.

Que ya sus campos, su fecunda tierra  
De Roma los ejércitos talaban,  
Y con ciego uror en son de guerra  
Sobre la insigne villa se arrojaban:  
Mas á sus hijos ínclitos no aterra  
El confuso fragor que levantaban,  
Bosques, pueblos, praderas asolando,  
Y ciudades y templos incendiando.

## XVI.

Ya de Europa los fuertes vencedores  
Ébrios de orgullo y de ambicion, creian  
Que de Iberia los libres moradores  
Sus carrozas triunfales seguirian.  
Y nuevos siervos de que ser Señores,  
Nuevas conquistas en Astapa vian,  
Y lanzaron sobre ella sus corceles  
Sedientos de botin y de laureles.

## XVII.

Y los débiles muros despreciaba  
De Astapa humilde el vencedor soldado,  
Que quizás en sus triunfos olvidaba  
La grandeza de un pueblo denodado.  
Del pueblo donde un hombre descollaba  
De corazon valiente y esforzado,  
De alma grande, de espíritu altanero,  
Digno dechado del honor ibero.



## XVIII.

Noble es su porte; su virtud severa.  
Que jamás se doblega ni se humilla,  
El alto puesto conquistar le hiciera  
Do respetado y poderoso brilla.  
Nombrábase *Vetulio*, y fuerte era  
Gefe supremo de la heróica villa:  
Y así á los suyos animoso hablaba  
Mientras el enemigo amenazaba:

## XIX.

—«¡Oh de Astapa valientes ciudadanos!...  
¡Nobles hijos de Iberia!..., ¿sufriréis  
Que en la villa penetren los tiranos?  
Vuestros nobles hogares dejareis?  
¡Bajo el yugo cruel de los Romanos  
Las altivas cervices doblareis?  
¡Arrollados serán vuestros pendones  
Del soberbio invasor por las legiones?

## XX.

No lo quieran los dioses inmortales:  
Mientras un solo corazon aliente,  
No ha de entonar sus cánticos triunfales  
En nuestra tierra la estrangera gente.  
Antes la patria nos verá leales  
Morir dichosos sin doblar la frente,  
Que no tolera nuestro pueblo bravo  
Las cadenas infames del esclavo.

## XXI.

Muchos son, escuchad como adelantan  
Con sus huestes cubriendo la llanura;  
Ya alaridos de júbilo levantan  
Despreciando de Astapa la bravura.  
Mas á pechos magnánimos no espantan  
Los rancos gritos de su gente impura,  
Y antes que abandonemos nuestros lares,  
Sepulcros nos darán nuestros hogares.

## XXII.

Sí, venceremos, en los dioses fío:  
Mas si el hado nos niega la victoria,  
Nunca desmaye nuestro noble brio;  
Siempre nos queda de morir la gloria:  
Tambien al borde del sepulcro umbrío  
Crece noble el laurel, y la memoria  
No perece jamás del pueblo fuerte:  
¡Libres ó muertos: ó victoria ó muerte!...»

## XXIII.

«Victoria ó muerte:» bravos repitieron  
De Astapa los ilustres moradores,  
Y sus armas indómitas blandieron  
Contra los dominantes opresores.  
En lanzas sus arados convirtieron,  
Tornáronse guerreros los pastores,  
Y presto de fortísimos soldados  
Halláronse los muros coronados.



## XXIV.

¡Guerra! ¡venganza! en su vejéz penosa  
Débil anciano con furor gritaba:  
¡Guerra! clamaba la doncella hermosa  
Que valor á los héroes inspiraba:  
¡Guerra! el mancebo de alma generosa  
Que por su patria sucumbir juraba.  
«¡Guerra!» tan solo por doquier se oía.....  
¡Guerra!... el eco lejano repetía.

## XXV.

Y el águila de Roma que altanera  
Entre rojos laureles arrogante  
El órbe victoriosa recorriera  
De naciones belígeras triunfante,  
Hoy su vuelo orgullosa detuviera  
De muralla humildísima delante,  
Que está el fuerte ignorado defendido  
Por el valor de un pueblo decidido.

## XXVI.

Terrible el cerco fuera; ya espantosa  
En la ciudad el hambre aparecía,  
Y la pálida muerte tenebrosa  
Sus negras alas por doquier tendía:  
Ya la tímida virgen candorosa  
Cual el débil anciano sucumbía,  
Mas todos á la patria que adoraban  
El último suspiro consagraban.



## XXVII.

Vetulio con sus bravos campeones  
Lanzábase feroz á los Romanos,  
Y en su sangre cual núbidos leones,  
Vengaran á sus míseros hermanos.  
Y luchaban de Marcio las legiones  
Allí con los intrépidos Hispanos,  
Que al fin tras sus murallas se acogian  
Donde esforzados por su honor morian.

. . . . .

## XXVIII.

Es una noche lánguida y callada;  
Aduérmese la tierra silenciosa,  
Y suspira el Genil en la enramada  
Arrastrando su linfa perezosa.  
Vierte sobre los campos plateada  
Su casta lumbre la nocturna diosa,  
Y acarician los céfiros alados  
De las flores los cálices cerrados.

## XXIX.

Del astro de la noche á la luz pura  
Distinguese el Romano campamento,  
Cuyas tiendas inundan la llanura,  
Cuyos pendones agitára el viento.  
Y de la villa sobre humilde altura  
Baña su luz el muro ceniciento,  
En el cual vigilante centinela  
Apercibido de sus armas vela.

## XXX.

Y tan solo el silencio interrumpia  
Que reinaba en el valle temeroso,  
Del soldado la voz, que defendia  
Las trincheras ó el muro valeroso:  
Del ave de la noche, que tendia  
Sus negras alas, el graznar medroso;  
Del ruseñor el cántico doliente,  
Y el monótono son de la corriente.

## XXXI.

Mas cuando luce la naciente aurora  
Y alegre la pradera se engalana,  
Cuando Febo su frente brilladora  
Tras el otero levantando ufana  
Pueblos, trincheras y campiña dora  
Con el vivo fulgor de la mañana,  
De Roma los pendones arrollados  
Fueron por los de Astapa despechados.

## XXXII.

Como de lava asolador torrente  
Que ciudades y bosques destruyera;  
Cual el simún que en el desierto ardiente  
Oasis y caravanas confundiera;  
Cual rio que desbórdase rugiente  
Y el valle inunda en su veloz carrera,  
Sobre el Romano intrépidos cayeron,  
Y sus flechas el sol oscurecieron.



## XXXIII.

Ya sedientos de sangre y de matanza  
Los Latinos su enseña levantaron,  
Y entre gritos de guerra y de venganza  
A la lid espantosa se arrojaron:  
Y al duro bote de la fuerte lanza  
Guerreros y caballos derrumbaron,  
Como en otoño, destructor, violento,  
Las místicas hojas desparrama el viento.

## XXXIV.

El genio de la guerra pavoroso  
Odio en los pechos con su aliento enciende,  
Y el esterminio síguele gozoso;  
El esterminio, que sus alas tiende  
Sobre el campo fatal, donde espantoso  
De la batalla entre el fragor descende,  
Ayes, quejas, lamentos arrancando  
Y sepulturas hórridas cavando.

## XXXV.

¡Cuánto horror! Cuánta sangre! peleaban  
De Astapa los heróicos campeones  
Con invicta bravura, y se inmolaban  
Por su patria con fuertes corazones.  
¡Mas ay! que los Romanos avanzaban  
Hasta el muro llevando sus legiones,  
Do arrogantes aun, en su agonía,  
Un puñado de iberos resistía.



## XXXVI.

Allí, á Vetulio, el triunfador insano  
La rendicion intímale orgulloso:  
Y el denodado Capitan Hispano  
Lanza sobre los suyos animoso  
Sublime una mirada; y al Romano  
Contesta con acento vigoroso,  
Con elocuente voz aterradora,  
De todo un pueblo en la postrera hora.

## XXXVII.

«¡Nunca, Marcio! Con honra moriremos  
En este suelo que nacer nos viera;  
Solo sangre y escombros os daremos,  
Donde pueda ondear vuestra bandera.  
Vencidos, sí, rendidos no seremos  
Ni cautivos del águila estrangera,  
Que aun queda en nuestros pechos heroismo  
Para inmortalizar nuestro civismo.

## XXXVIII.

De los de Astapa las cansadas voces,  
«¡Muerte ó victoria!» débiles clamaron:  
Los romanos ejércitos feroces  
Ronco alarido de furor lanzaron;  
Y á la villa magnánima veloces  
Cual lobos á su presa se arrojaron,  
Y en la villa sus hijos resistieron  
Y de sangre sus plazas se cubrieron.

## XXXIX.

Mas de súbito horrible reluciera  
Fulgor siniestro que la lid colora;  
Es la llama terrible de una hoguera  
Que tesoros y alcázares devora.  
Astapa en su despecho la encendiera;  
Y al seno de la pira aterradora,  
El yugo por huir que detestaban,  
Ancianos y mugeres se arrojaban.

## XL.

Y el doloroso grito lastimero  
Del que en la pira exánime moria,  
El último suspiro del guerrero  
Que en aras de la patria sucumbia;  
El lúgubre chasquido del acero,  
El hogar derrumbado que caia,  
Terrorífico cuadro presentara  
Que al mismo vencedor horrorizara.

## XLI.

Crece el fuego, la hoguera centellea;  
Y ya de Astapa el inmortal soldado,  
Inútil contemplando la pelea  
En su centro se arroja denodado.  
Brilla la llama que terrible humea;  
Goza Roma su triunfo malhadado,  
Y desplómase el templo demolido  
En ceniza y escombros convertido.



## XLII.

Un hombre solo entre el horrible estruendo  
Resistia con ínclita bravura,  
Por sus heridas, cálido, vertiendo  
Ancho torrente de su sangre pura:  
Era Vetulio, que á su patria viendo  
Convertirse en esclava sin ventura,  
Triste suspiro por Astapa diera,  
Y con sus armas se lanzó en la hoguera.

## XLIII.

Y cuando el humo denso se esparcía  
Y en la atmósfera azul se disipaba,  
La sombra de Vetulio aparecía  
Que el génio de la gloria coronaba.  
El ángel de la guerra sonreía  
Mientras el angel de la paz lloraba,  
Y el eco de la fama en son profundo,  
Un nombre más proclama por el mundo.

## XLIV.

Todo acabó; los fieros vencedores,  
Al fin gozosos en Astapa entraron,  
Donde impíos, sus carros triunfadores,  
Cenizas y cadáveres hollaron.  
¡Mas ay! que entre los libres moradores  
Ni tesoros ni siervos encontraron;  
Que solo sobre escombros y ruinas,  
Cerniéronse las águilas latinas.

. . . . .



## XLV.

Venid, génios, venid; y en almo coro,  
Del fuerte Ibero coronad la frente,  
Que no sufre mancilla ni desdoro,  
Que no se humilla ante la estraña gente:  
Venid, y en vuestras cítaras de oro  
Cantad ¡oh génios! su heroismo ardiente:  
Cantad sublimes tan insigne hazaña;  
Cantad la gloria de mi grande España. (1)

ABEN-AMAR ARRAMEDÍ.

TRADICION HISTÓRICA.

SIGLO X.





# I.

## MEDINA-AZ-ZAHRA.

¿Son ilusion los mágicos alcázares  
Que nos pintan las árabes leyendas?  
¿Son un sueño los fúlgidos pensiles  
De blancos génios y de sílfes bellas?

¡Ah, no! que existe una ciudad divina  
Que rosas embalsaman y azucenas,  
Cuyos piés bate susurrando el Betis,  
Cuyos palacios cubren las palmeras.

Y entre bosques de mirtos y naranjos  
Allá en la falda de su verde sierra,  
Cual caprichoso pabellon de hadas  
Alcázar bello sin igual se eleva.

Mármoles cubren sus estancias ricas,  
Pintorescos vergeles le rodean,  
Donde las fuentes de alabastro lucen,  
Donde exhalan su aroma las violetas.

Sobre él levanta colosal y agreste  
Su encantadora cúspide la sierra,  
Y á sus piés yace sobre fértil llano  
Con sus jardines Córdoba la bella.

¡Córdoba, la Sultana de Occidente!  
¡En la que brotan flores y poetas!  
La que el jazmin y el azahar perfuman,  
La que el Guadalquivir amante riega.

Duerme en paz, que tus árabes señores  
Acrescen tu poder y tu belleza,  
Y en tí nacen los ínclitos guerreros,  
Y en tí brillan las artes y las ciencias.

---

Córdoba fué de ilustracion emporio  
Por los años que alcanza mi leyenda,  
Y bajo el mando de Alhakén florece,  
Que á Abderrahmán su padre sucediera.

Es Alhakén un príncipe bizarro  
Al que protege bonancible estrella,  
A quien los astros bienhechores guían,  
A quien fortuna su favor dispensa.

Y á tranquilos placeres se entregaba  
Cuando luce sus galas primavera,  
En el alcázar que en la sierra altiva  
Cual pabellon fantástico se asienta.

Medina-Az-Zahra nómbrese el palacio,  
Y á Abderrahmán le debe su belleza,  
A Abderrahmán que levantó sus muros  
Porque delicia de su esclava fuera.

De aquella flor que perfumó su vida; (1)  
Que entre las redes de sus ojos, presa  
El alma grande del Califa tuvo;  
Que esclavo suyo á su señor hiciera.

¡Cuántos recuerdos tu existencia envuelve!  
¡Ni aun tus ruinas por azar nos quedan!...  
Pasó ya el tiempo destruyendo impío  
Tus mármoles, tus fuentes, tus florestas!...

---



Blanca lucía en el cenit la luna;  
Era una noche límpida y serena,  
Una noche feliz y trasparente  
Cual en sus sueños fíngela el poeta.

La brisa errante, de Medina-Az-Zahra  
Los bosquecillos de naranjos besa;  
Y suspiran los céfiros graciosos  
En los grupos que forman las palmeras.

En las acacias olorosas brillan  
Los tibios rayos de la luna bella;  
Deslizanse las fuentes bullidoras  
Entre el almoradúx y las adelfas,

Y bajo verdes enramadas vénse  
Lámparas de oro y alabastro y perlas,  
Que en los estanques de azuladas ondas  
Sus luces melancólicas reflejan.

En una selva de frondosos sauces  
Y por columnas sostenido esbeltas,  
Elévase un templete á cuya planta  
Ricos perfumes los esclavos queman.

¿Es este acaso el misterioso asilo  
Donde los sílfos invisibles vuelan,  
Donde entonan sus lánguidas canciones  
Al son del áura que las flores besa?

¡Oh, sí!... los génios en tan grato albergue  
Dan al viento sus mágicas endechas,  
Que allí pasa Alhaken felices noches  
Entre sabios artistas y poetas.

Allí el príncipe ilustre recostado  
Sobre cogines pérsicos se encuentra,  
Y la flor de los árabes alimes (2)  
En festivo cortejo le rodea.

Los plácidos cantores cordobeses  
Gratos exhalan sus sentidas quejas,  
Y su señor gozoso los escucha  
Mientras vierten sus luces las estrellas.

Mas entre todos por sus negros ojos,  
Por su oriental y varonil belleza,  
Descuella un jóven que al Califa ilustre  
Es presentado por la vez primera.

En el destello de su audaz mirada,  
El numen brilla que su mente encierra;  
*Aben-Amar* se nombra, y de las musas  
El hijo predilecto pareciera.

Llegó su vez al inspirado vate,  
Y una balada recitó mas tierna,  
Que los suspiros de nevado cisne;  
Que los murmullos de la fuente amena.



Calló á su acento el ruiñeñor doliente  
Y calló el áura que en los bosques juega;  
Y los insectos del jardín callaron,  
Á la voz encantada del poeta.

El príncipe Alhakén que noble y docto  
Tambien cultiva la divina ciencia,  
Tiende su mano bondadoso al jóven  
Y en su habla oriental, así se espresa:

—«Benigno Alláh por su piedad me ofrece  
Tan gran tesoro; de mi alcázar cerca,  
Digno cantor á quien el cielo inspira,  
Estancia tienes, porque siempre pueda

Gustar la miel que de tus labios brota;  
La armonía sentir de tus endechas;  
Y así de Alláh la gracia te acompañe,  
Y así siempre los hados te protejan.»

Tal el Califa dijo, y el mancebo  
Dobló gozoso la rodilla en tierra,  
Mientras se pierden en el bosque umbrio  
Los dulces cantos y las brisas frescas.



## II.

### HALEWA.

Alzaba el sol naciente  
Su rubia cabellera;  
El ave en la pradera  
Lanzaba su cancion;  
De Mayo una mañana  
Brillante aparecia,  
Su cáliz entreabria  
La purpurina flor.

Del sueño entre los brazos  
Aun Córdoba se hallaba;  
Tranquila reposaba  
La mágica ciudad:  
Y el sol entre la bruma  
Doraba sus pensiles,  
Y de sus torres miles  
La artística beldad.

Del Bétis á la orilla  
Elévanse graciosos,  
Los huertos deliciosos  
De *Beni-Merudán*; (3)  
Y á aquesos perfumados  
Bellísimos jardines,  
Las parras y jazmines  
Su grata sombra dán.

Allí y en la ribera  
De un arroyuelo blando  
Que besa susurrando  
El céfiro sutil,  
Sobre el mullido cespéd  
Y bajo la enramada,  
Yacia reclinada  
Una celeste huri.

Son sus mejillas bellas  
Envidia de la rosa;  
Blanca su frente hermosa  
Cual la azucena es;  
Por ojos dos luceros  
Dios á la mora diera,  
Su negra cabellera  
Es de las almas red.

Los cánticos escucha  
de las graciosas aves,  
Las músicas suaves  
Del éuro bullidor.  
Y sobre su alba frente,  
Del limpio sol de Mayo,  
Recibe el primer rayo  
De fúlgido esplendor.

---

En esa misma hora  
Y en ese mismo día  
En que es todo alegría,  
Todo contento es,  
Galan apuesto baja  
Por áspero sendero,  
Y rige el caballero  
Un potro cordobés.

Y vaga por el valle,  
Y al fin su paso incierto  
Al encantado huerto  
Guió de Meruán.  
Esbelta es su figura,  
Del génio á los destellos  
Brillan sus ojos bellos;  
El es, Aben-Amar.



El es; el cantor dulce,  
El lánguido poeta,  
Él, cuya mente inquieta  
Admira la creacion;  
Y la belleza admira  
De la mañana pura,  
Y siente de ventura  
Latir su corazon.

El manso Betis pasa,  
De su corcel descende,  
Una mirada estiende  
El jóven con afan:  
De inspiracion radiaba  
Su rostro de ardor lleno,  
Y en el pensil ameno  
Entró de Meruán.

El bosquecillo cruza  
Do un arroyuelo gira;  
El áura allí suspira  
Suavísima cancion:  
Y absorto se detiene  
Al ver á la hermosura,  
Que hada celeste y pura  
Su mente la creyó.

—«Bellísima Sultana,  
Señora de las flores,  
Hurí de los amores,  
(Esclama Aben-Amar.)  
¿Eres quizás un sueño  
Que fíngese mi mente,  
Lucero refulgente  
Ó sílfide inmortal?

¿Eres quizá una hada  
Que baja placentera  
Á ser de la pradera  
El génio bienhechor?  
¿Tú das á estos pensiles  
La esencia que embriaga?  
Eres graciosa maga  
Ó espíritu de amor?

—«¡Oh, jóven! tú deliras;  
Esclava triste soy,  
Que aquí llorando estoy  
Mi grata libertad:  
Cuando amanece y cantan  
Las aves amorosas,  
Con lágrimas las rosas  
Consuélame regar.»



—«¿Serás acaso, dime  
De las que ya penaron?  
¿De las que ya probaron  
La acibar del dolor?»  
—«Por mi desdicha.»—¿Y nunca  
La fuerza de tu estrella  
Templó Sultana bella  
El ángel del amor?»

—«Nunca.»—«¿Gentil señora!  
Eres cual noche amena  
Que alumbra luna llena  
Hermosa, divinal:  
Como la estrella eres  
Que anuncia el alba amante,  
Cual la ilusion brillante  
Que fingese el mortal.

Mas dime garza pura  
El nombre que te dieron;  
¿Qué nombre te pusieron,  
Flor cándida al nacer?  
Dilo, y por el Profeta  
Te juro ángel hermoso,  
Que tierno y amoroso  
Tu nombre guardaré.



—«*Halewa* me nombraron.»

—«¡Oh hija de las hadas!

Con venturosas *fad*as (4)

Te dieron nombre tal!

¡Halewa, en el retiro

Donde tu pecho llora,

Acuérdate en buen hora

Del triste Aben-Amar!

—«¡Aben-Amar digiste?

¡Oh!... gracias al profeta!...

Con que eres el poeta

Del estro seductor

Á quien las gracias aman,

Á cuyo grato acento

Su voz acalla el viento,

Su canto el ruiñeñor...

«Tus trovas son mas dulces

Que sus sentidas quejas,

Más que es de las abejas

Dulcísimo el panal;

Más que la brisa gratas...

—«¡Sultana de las flores!...»

—«¡Cantor de los amores!...»

—«¡Doncella angelical!...»

—«Adios, *rawi* sublime  
Adios, que el dia avanza.»  
—«¿Te vas, ¡oh! mi esperanza?  
¿Tan pronto para mí  
Se oculta el sol que nace?  
¿Mañana cuando el dia  
Rompa la niebla umbria  
Puedo esperarte?»—«Si.»

Dijo la esclava hermosa;  
Con su flotante velo  
Cubrió la faz de cielo,  
Del bosque se alejó.  
Y el árabe poeta  
Con su beldad soñando  
Y ¡Halewa!... suspirando,  
A Az-Zahra se tornó.

---

Y todas las mañanas  
Cuando en el limpio Oriente  
Se mira al sol saliente  
Su disco levantar,  
En grato bosquecillo  
Del agua á los rumores,  
Á Halewa sus dolores  
Confiesa Aben-Amar.

Las horas se pasaban  
En pláticas suaves,  
Aun mas que de las aves  
La matinal canción;  
El sol les sorprendia  
Bajo la selva undosa,  
¡Mas ay! que de la hermosa  
Aun gime el corazon!...

—«¿Qué lloras, alma mia?  
Aben-Amar decia:  
¿Del valle los encantos  
Contento no te dán?  
En torno tuyo gira  
La mariposa errante...  
—Sí, respondió la amante;  
¿Que tiene libertad!...»

«La alegre mariposa,  
Los límpidos raudales,  
Las águilas caudales,  
Libres, dichosos son:  
¡Yo en tanto gino esclava!  
¡Esclava!... ¿como quíeres  
Que goce sus placeres  
Mi pobre corazon?»



—«¡Oh! dijole el poeta,  
Luz de la vida mia!  
Saldré de Andalucía  
Mañana, y por Alláh  
Que cuando á pisar vuelva  
La tierra que hora piso,  
Hurí del paraiso  
La libertad tendrás.»

—«Aben-Amar, tu partes;  
Bajo esta palma airosa  
Ya nunca venturosa  
Tu voz escucharé!»  
«¡Ah no! gacela pura;  
¡Ah, no! que enamorado,  
A este jardin amado  
Ansioso tornaré.»

—«La dicha te acompañe.»  
—«Protéjate el destino.»  
—«Adios, vate divino.»  
—«Hermosa silfe, adios.»  
Y cuando se apartaron,  
Amantes se miraban,  
Y tiernos se juraban  
Su férvida pasión.

### III.

#### FLORES MARCHITAS.

Parte Amar, pues que gozaba  
La gracia del Rey, y así,  
Un mensaje le entregaba  
Que el buen poeta llevaba  
De Zaragoza al Walí.

En una mañana hermosa  
El inspirado cantor,  
Por la pradera graciosa  
Do crece la fresca rosa,  
Marchaba soñando amor.

Azul marlota vestia  
Con cabos de plata y oro;  
Banda azul tambien lucia,  
Que ese color preferia  
La bella dama del moro.

---

Partió; los dias pasaron;  
Tres veces creció la luna,  
Y los lirios se agostaron  
Que los jardines ornaron  
De Córdoba la moruna.

Y ya sus hojas caian,  
Y con las brisas ligeras  
De Setiembre se perdian,  
Que entre las ramas gemian  
De las árabes palmeras.

---



Es un día transparente;  
Ni una nube el cielo empaña,  
Y por la orilla riente  
Que con su mansa corriente  
El Bétis tranquilo baña,

Doncel gallardo se mira  
Sobre un potro galopar,  
Y enamorado delira,  
Pues de entusiasmo suspira  
Su Córdoba al divisar.

En alas de su esperanza  
El buen caballero vuela,  
Que ya por la vega avanza,  
Y un huerto querido alcanza  
Al cual arribar anhela.

—«Llegué; gracias suerte mia;»  
Dijo; y con ardiente afán  
La ancha ribera seguía  
Y en la arboleda sombría  
Penetra de Meruán.

De laberintos amenos  
Cruza la verde espesura  
Y sus arroyos serenos,  
Y aquellos pensiles llenos  
De recuerdos de ventura.

¡Mas, ay! que una flor buscaba  
Más que sus hermanas bella;  
Entre los bosques vagaba,  
Pero en ellos no encontraba  
La mágica flor aquella.

Él es; el vate dichoso;  
El poeta Aben-Amar,  
Que torna á su patria ansioso,  
Pensando en el valle umbroso  
La hermosa Halewa encontrar.

Allí prometióle un día  
Que rendido tornaría  
En alas de su pasión;  
Y al ángel de su ilusión  
En el bosque no veía.

—«Alláh-Akbar! ¿cual estas flores  
(Dijo el triste Aben-Amar)  
Que ya ruedan sin colores,  
Para Halewa mis amores  
Habrán podido pasar?»

---

Y siempre al rayar el día,  
A los vergeles bajaba  
Do hallar á Halewa creia;  
Mas siempre triste subia,  
Que nunca á Halewa encontraba.

¡Ay! los hados lo quisieron!  
¡Fué vano tu amante afán!  
¡Tus esperanzas murieron,  
Y ya su encanto perdieron  
Los bosques de Meruán!...

---

¿Qué sirve al que contempla  
Marchita su esperanza  
Ni fúlgidos palacios  
Ni gloria ambicionada?  
¿Qué sirve á sus pesares  
Del príncipe la gracia,  
Ni juegos ni festines  
Ni músicas ni zambras,

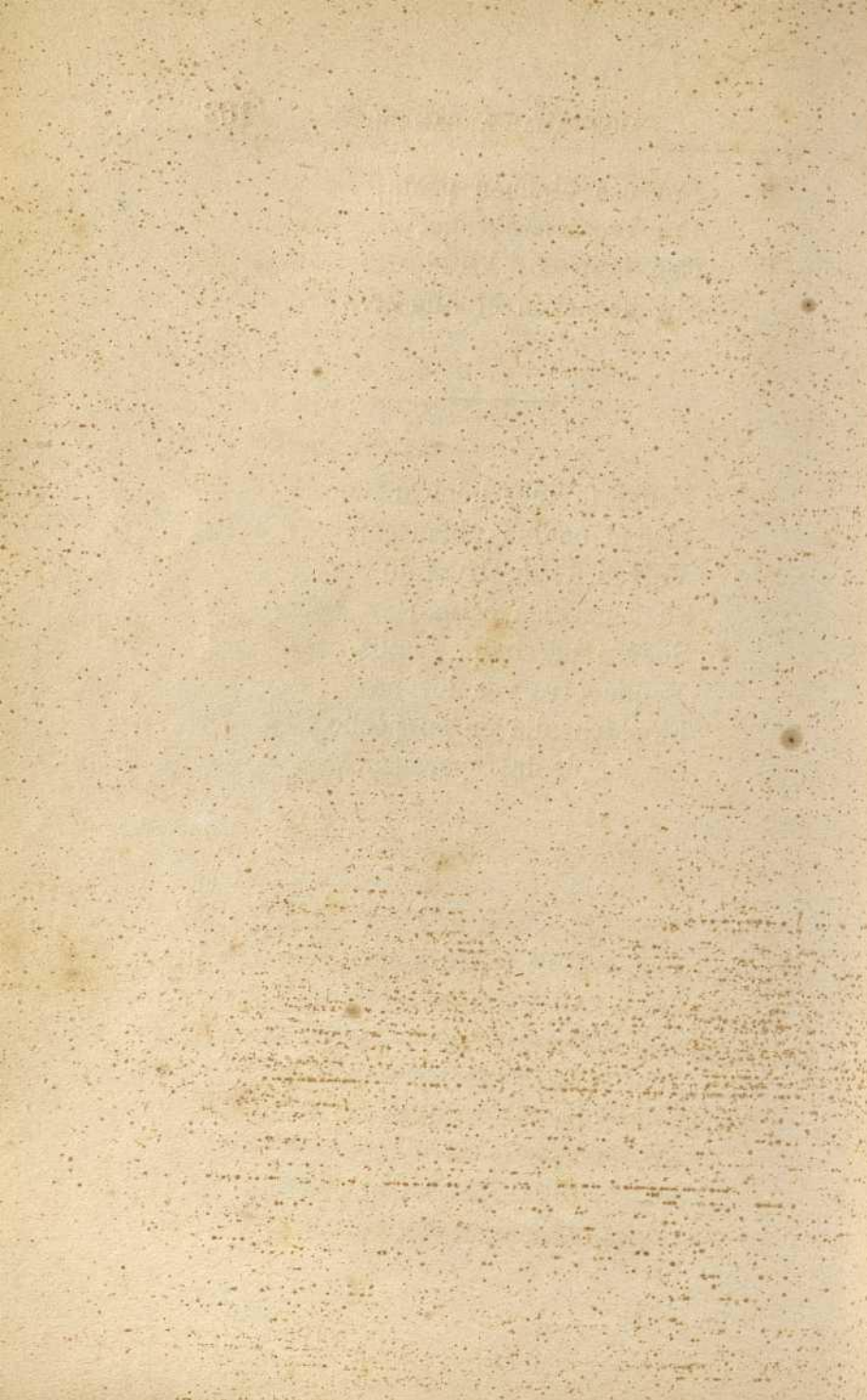


¡Ay! si cambiar no pueden  
Lo que el destino manda!  
¡Lo que en su libro eterno  
Escrito ¡oh Dios, estaba!  
Por eso entre las selvas,  
Y del vergel de Az-Zahra  
Bajo las místicas hojas,  
Triste el poeta vaga.  
En vano del Califa  
Gozó la confianza,  
En vano le celebran  
Cual hijo de la fama;  
Que él solo entre laureles  
Y entre orientales palmas,  
Los ayes de su pecho  
En cánticos exhala:  
Y vé rodar las hojas  
Que suspirando arrancan  
De los desnudos troncos  
Las otoñales áuras.  
Cual esas ramas yertas,  
Las ilusiones gratas  
Cayendo ya, marchito  
Su corazón dejen.  
El viento proceloso  
También para él soplara;  
Sin paz está su pecho,  
Los árboles sin galas!...

Por eso el buen poeta,  
Por eso triste vaga,  
Con lágrimas los ojos  
Sin dichas en el alma...

---

Venid divinos génios;  
Llegad ondinas blancas;  
Volved á vuestro hijo  
Su bendecida calma;  
Sueños prestadle gratos,  
Y que otra vez lozana  
Florezca allá en su pecho  
La flor de la esperanza.





#### IV.

##### LA ESCLAVA DE ABU-ALY.

Oscura está la perezosa tarde;  
Tristes gimen las fuentes y las brisas,  
Y dora el sol entre apiñadas nubes  
De la sierra la cúspide florida.

Y ya el *Muezzín* á la oracion convoca (5)  
Desde la torre de la gran mezquita,  
Y al murmullo del agua y de las aves  
La ciudad de los sabios se adormia.

---

De un alcázar de Córdoba opulento  
En una estancia perfumada y rica,  
Que damasquinas telas embellecen  
Y recaman pintadas alcatifas,

Reclinada sobre árabes cogines  
Reposa una muger, hada divina,  
Y dos lágrimas ruedan de sus ojos  
Que surcaran sus pálidas megillas.

Brocado y perlas su beldad realzan,  
Pero la triste con dolor suspira;  
Y es su talle flexible como el junco  
Que del Zúja guarnece las orillas.

Así el tiempo pasaba silencioso;  
Sus crespones las sombras estendian,  
Y lloraba la cándida hermosura  
En sus gratas memorias embebida.

Mas el tapiz alzóse de la estancia,  
Y un hombre apareció de faz sombría,  
Que contempla estasiado á la belleza  
Mientras vaga en su lábio la sonrisa.

A ella se acerca con andar pausado,  
Y en sí volviendo la doncella altiva,  
Alza los ojos, pero el llanto anubla  
El brillo seductor de sus pupilas.



—«¿Por qué tiemblas? (esclama el caballero)  
—¡Oh deja por piedad que el alma mía  
Repúsole la hermosa, sufra á solas  
Con su acerbo dolor y con sus cuitas...»

—«Por mi linaje, con verdad te juro  
Que triste al contemplarte y abatida,  
No alcanza á comprender mi pensamiento  
El extraño pesar que te domina.

«¿No tienes siervos que tus gustos sirven?  
¿No tienes ámbar en tu estancia rica?  
¿No tienes perlas para ornar tu frente?  
¿No tienes á tus piés el alma mía?

«Señora, que no esclava, en mi palacio,  
Ante tí, doblan todos la rodilla,  
Todos te adoran como á hurí del cielo;  
Todos tu gracia, con placer admiran.

«Así gozabas de tu dueño antiguo  
En la morada mísera y mezquina?  
Por el profeta, que al venderte, acaso  
En muy poco, mi bien, te estimaría.»

Alzó la jóven la gentil cabeza,  
Y en la del moro su mirada fija,  
Prorrumpió suspirando:—«¿Qué me valen  
Siervos, ni joyas que en mí frente brillan,



Si hado terrible por mi mal me cupo;  
Si mala estrella mi destino guia;  
¡Ay santo Álláh! si entre cadenas de oro  
Miro infeliz, mi libertad perdida?»

—«Pues si la quieres, sin igual esclava,  
Corresponde á mi amor; una sonrisa  
Concédanme tus labios seductores  
Que son, hermosa, del clavel envidia.»

—«Imposible, señor; ¿por qué si tienes  
Allá en tu harem las que tu amor ansian  
No me dejas llorar con mis pesares,  
No me dejas llorar con mis desdichas?

—«Porque eres tú la que soñó mi mente;  
Porque eres tú la que adorar podria;  
Porque mi ruego con desden escuchas;  
Porque mi orgullo y mi poder humillas.»

—«¡Ah! potente Cadhí; tan solo orgullo, (6)  
Orgullo insano tu pasion respira;  
Nunca por él alcanzarás cual piensas  
El pobre amor de tu infeliz cautiva.»

—«Halewa; ya ha dos lunas que tu dueño  
Quizás por su pobreza ó su avaricia  
Te vendió á mí; ¿recuerdas?—«Nunca olvido  
Aquel infausto y desdichado dia.»

—«El servicio dejaste de un anciano  
Por el palacio del Cadhí do brillas;  
De Abú-Alí el poderoso donde eres  
El encanto de todos y la envidia.

«Zambras, vergeles, te ofrecí rendido;  
Mas que eso; mis amores te ofrecia,  
Y tú fiestas y amores despreciando  
Oculta siempre, sin cesar suspiras.

¡Walah! ¿qué es lo que anhelas? qué ambicionas?  
Cuanto sueñe tu loca fantasía,  
Cuanto de hermoso sobre el mundo existe  
No te he rogado por mi amor que pidas?

—«Cierto; mas si en tus frases confiada  
Solo una gracia demandé sencilla,  
Altanero Cadhí me la negaste,  
Mi consuelo arrancándome y mi dicha.

—«Porque vagar pediste solitaria  
De Meruán en la arboleda umbria  
Cuando despunta el sol: ¿no tienes, dime,  
Bellos jardines en tu estancia misma?

Se ahogó la voz de Halewa en la garganta;  
Bajó la frente de pesar transida,  
Y una lágrima triste de sus ojos  
Bañó por un recuerdo su megilla.



—«¡Siempre llorando!» su señor prosigue;  
«¿Es quizás que otro amor tu pecho anida?  
Si fuese por tu mal, sí fuese acaso,  
¡Oh! esclava! teme la venganza mia!...

«Pues por las *Suras* del korán bendito (7)  
Te juro Halewa, y por mi fama limpia,  
Que lo que el ruego y el amor no alcanzan  
Ha de alcanzarlo la altivéz que humillas.»

---

Calló el Cadhí que de coraje tiembla;  
Calló también la desolada niña,  
Y aquel silencio interrumpían solo,  
Del fresco otoño las errantes brisas.

---

Un esclavo en los arcos aparece,  
Y á su señor anuncia la venida  
Del noble Aben-Amar, que lejos parte,  
Y despedirse de su amigo ansía.



Detiénese el Cadhí que á grandes pasos  
Mide el salon; Halewa peregrina,  
Un grito ahogó de gozo y de sorpresa,  
Y Abu-Aly receloso se retira.

Ya apenas sus pisadas se perciben  
En las largas y estrechas galerias,  
Y entonces Halewa, la infeliz Halewa  
En cuyos ojos la ventura brilla,

Cuyo blanco semblante se colora  
Y cuyo seno con placer palpita,  
Corre ligera el ajiméz de jaspe, (8)  
Y de las flores que su esbelta ogiva

Bellas adornan, de pavor temblando  
Un ramillete rápida combina;  
Un ramillete, do atrevida cuenta  
Las amarguras que su pecho anida.

Su enamorado corazon ardiente  
Temor, anhelo y esperanza agitan;  
Y ya á su amante con afan aguarda,  
Descorriendo la doble celosia.

Un instante despues, cruzó el poeta  
Sobre un bravo alazan, y la cautiva  
El ramillete le arrojó clamando:  
—«Aque se ramo Aben-Amar descifra.»

—«Halewa! Santo Alláh! gritó el mancebo:  
Al fin me vuelves mi ilusion perdida...  
-«¡Silencio!»-«¡Halewa!»-«Por piedad, silencio...  
Que así lo quiere nuestra suerte impía...»

---

Besó el poeta las fragantes flores:  
Y la hermosa cayendo de rodillas,  
Alzó al cielo los ojos do brillaba  
Un rayo de consuelo y alegría.

V.

LA CANCION DEL POETA.

—«Llegad, mis trovadores;  
Llegad poetas de la pátria orgullo;  
Vuestros himnos alzád arrobadores  
Dulces como la leche de camellas;  
Tiernos, cual de la tórtola el arrullo;  
Vagos, como la luz de las estrellas.  
Llegad hijos de génios y de hadas;  
Y al compás de la guzla sonora  
Cantad bellas baladas,  
Pues que son vuestros versos deliciosos  
Mas blandos, mas suaves,  
Que el murmullo del viento;  
Que de las áuras el sentido acento.



Venid, y escuchareis  
La cántiga divina,  
Endecha peregrina  
Que Aben-Amar ha escrito con el alma,  
A la hermosura que robó su calma.»  
Tal el Califa con placer decía  
A los doctos, cantores y poetas  
Que de su trono alrededor unia,  
Una noche en que todo reposara,  
En los jardines de Medina-Az-Zahra.  
Y Aben-Amar su voz obedeciendo,  
Leyó así entre los sabios y las flores,  
Esta canción al bien de sus amores.

#### CANCION.

---

¡Lirio brillante de Andalucía  
Que das perfumes al alma mía,  
Como los nardos á su pensil!  
¡Ave del cielo!  
Si presa lloras, tiende tu vuelo,  
Mi alma es tu nido garza gentil.

---

Eres mas bella que noche en calma;  
Mas grata eres al pecho mio,  
Que á errante tribu sombra de palma;  
Que á seco oasis puro rocío.

Mas que el umbrio  
Bosque gracioso,  
Al amoroso  
Fiel ruiñor;  
Que de las hojas  
Que mece el viento,  
El soñoliento  
Leve rumor.

Tímida rosa,

Tú eres la gloria del alma mia;

¡Sílfi de hermosa!

Tú eres la estrella de Andalucia.

---

Son de paloma tus garzos ojos,  
Que envidia dieran á las huries;  
Y tus megillas y lábios rojos  
Del valle eclipsan los alelíes.

Cuando sonries,  
Graciosas brillan  
Perlas que humillan  
Las de la mar;

De celos muere  
Canora ave  
Tu voz suave  
Al escuchar.  
Tu mi consuelo,  
Juncia ligera, flor del Abril!  
Si presa lloras tiende tu vuelo:  
Mi alma es tu nido, garza gentil.»

---

—«En verdad que muy bella  
Ser debe la doncella  
Por quien tu pecho con amor suspira;  
Cuya beldad te inspira.»  
Dijo Alhaken, y respondió el poeta:  
—«Bella es Señor, como la luna hermosa,  
Que en las aguas rielando silenciosa  
Desde el cenit fulgura;  
Cual blanca mariposa;  
Como ensueño de mágica ventura.

---



Algunas horas plácidas pasaron;  
Y al descender las pléyades lucientes,  
Los árabes alimes se alejaron  
Por los bosques amenos  
De sus *kasidas* orientales llenos.  
Partieron ya: con su Señor á solas  
Aben-Amar hallose,  
Y al murmullo suave de las olas  
Díálogo tal, entre ambos entablóse:  
—«¿Quien es el dueño de tu tierna esclava?»  
—«Abu-Aly el poderoso.»  
—«¿El Cadhí?»—«Si, señor.»—«¿Y su orgulloso  
Altivo poseedor la vendería?»  
—«Tal fuera un tiempo la esperanza mia;  
La esperanza que huyó con mi reposo.»  
—«Adios pues, el poeta.»  
—«Él, alto *Imán* te guarde.»  
—«Dirija tus acciones el profeta.»

---

Y cuando solo el príncipe quedóse,  
En sus ojos brillando la alegría  
De este modo espresóse:  
—«Esclava bella, conocerte anhelo:  
Tu hermosura trocara por el cielo.»



## VI.

### EL CALIFA.

En un camarin de Az-Zahra  
Que adornan tapices régios,  
Recostado sobre muelles  
Almohadones arabescos,  
Está Alhakén pensativo  
Y ante él un esclavo negro,  
Sus órdenes aguardando  
Con silencioso respeto.  
—«Ya sabes Hacen; mañana  
(El Rey dijo:) cuando el pueblo  
Á la grande *Aljama* acuda  
Y Abu-Aly tambien, yo quiero



Una llave que abrir pueda  
De su esclava el aposento.  
Corre pues á su palacio;  
Gana con oro sus siervos,  
Que cumplida recompensa  
Por tu audacia te prometo.»  
Veloz partióse el esclavo,  
A la ciudad bajó presto,  
Y alegre quedó el monarca  
Con sus gratos pensamientos.

---

Era el siguiente dia;  
En pabellon lujoso  
Sobre *alhamí* gracioso (9)  
Tristísima se vé,  
A la infeliz Halewa  
Que llora sus dolores,  
Y que con gayas flores  
Jura su amante fé.

Y forma un ramillete  
De nardos y azahares  
Do cuenta sus pesares,  
Su inolvidable amor.  
Perdida en sus delirios,  
Con ellos estasiada,  
No oyó la desgraciada  
De pasos el rumor.

No vé que un hombre admira  
Su rostro peregrino,  
Envuelto en damasquino  
Riquísimo alquicel;  
No vé que la contempla  
Gozoso, enagenado:  
Que en otro ser amado  
Absorto está su ser.

—«Hurí del paraíso;  
Bellísima doncella...  
(Dijo llegando á ella,)   
Que te proteja Alláh.»  
Sus ojos alzó entonces  
La mora sin ventura,  
Y un grito de pavora  
Al ver al hombre dá.

—«¿Quién eres?» ella exclama:  
—«¿Quién soy? ¿saberlo quieres?»  
—«¿Qué anhelas? sí; ¿quién eres?»  
—«¿Conócesme? Alhaken...»  
—«¿Qué dices? ¡el Califa!...»  
Clamó su rostro viendo,  
Y trémula cayendo  
Del árabe á los piés.

—«Alza;» su rey le dijo;  
¿Qué hiciste mi señora?  
¡Oh! nunca en mala hora  
Te humilles ante mí.»  
—«Quizás, (temblando ella  
Cual gota de rocío,  
Contesta:)—«¿Al dueño mio  
Tú buscas? ¿á Abu-Aly?»

—«No: contemplar deseo  
Solo, gacela pura,  
Tu mágica hermosura,  
Tus gracias admirar.»  
—«¿Que piensas?... ¡desdichada!...»  
—«Ya en versos seductores  
Cantar oí tus loóres,  
Y tu beldad cantar.



«Y aunque las gratas rimas  
Que fieles te ensalzaron  
Las hadas inspiraron  
Y el génio del amor,  
Nunca pintar pudieron,  
(Mi pecho te lo jura,)  
Tu lánguida dulzura,  
Tu encanto arrobador.»

—¿«Qué escucho?»—«Que te amo:  
Que tu cariño imploro:  
Que tu inocencia adoro;  
Sultana mía, ven.  
Tendrás cuanto en su anhelo  
Tu gusto ambicionara;  
Ven, y serás la Zahra  
Del reino de Alhakén.

«¿De esa muger divina  
No oíste contar la historia?  
¿No sabes qué fué gloria  
Del grande Abderrahmán,  
Que en su pasión profunda  
Por ella levantara  
Prodigios en Az-Zahra  
Que eternos vivirán?

«¿Que edificó palacios  
De mármoles cubiertos,  
Y perfumados huertos  
Para su bien plantó,  
Mas bellos que los ricos  
Alcázares de Oriente,  
Mas bellos que la mente  
Fantástica soñó?

«Deslizase el azogue  
En finos alabastros,  
Robándole á los astros  
Su trasparente luz;  
Sus fuentes bullidoras,  
Las almas adormecen,  
Y plantas allí crecen  
De singular virtud.

«Acacias y abedules  
Sombréan sus vergeles;  
Palmeras y laureles  
Se elevan por doquier.  
En su ramaje cantan  
Las aves sus amores,  
Y aduérmese en las flores  
El génio del placer.

«Hay baños olorosos  
Y altivos alminares;  
Sus techos y pilares,  
De estuco y oro son;  
Y de ébano, labradas  
Y de marfil cubiertas,  
Están sus anchas puertas  
Del orbe admiracion.

«De jaspe son sus arcos  
Y lípidos cristales;  
La luna allí á raudales  
Vierte su tibia luz;  
Y en cúpulas refleja  
Cubiertas de arabescos,  
Que esmaltan pintorescos  
El rojo y el azul.

«Las bóvedas que silfos  
Acaso levantaron,  
Ligeras se apoyaron  
Sobre columnas mil.  
Porque trasunto sea  
De la morada pura,  
El sol de tu hermosura  
Tan solo falta allí.



—«¿Qué son, la esclava dijo,  
Tus blancos camarines,  
Tus bosques de jazmines,  
Tus joyas, mi señor,  
Si entre ellos inhumano  
Me robas mis placeres,  
Y si arrancarme quieres  
A mi primer amor?»

—«Si más tu fantasía  
¡Oh Halewa! deseara,  
Sino es Medina-Az-Zahra  
Aun grata para ti,  
Yo alcázares mas dignos  
Gozoso te ofreciera,  
Do fúlgida luciera  
Mi celestial hurí.»

—«Señor, algun mal génio  
Fatídico te inspira;  
Sin duda que delira  
Califa, tu razon...»  
—«¿Delirio lo juzgaste?»  
—«Delirios de tu alma!  
Deja gozar en calma  
A un pobre corazon!»

—«¡Ah esclava! te comprendo!...

Una pasión ardiente  
Arrástrate vehemente  
Al tierno Aben-Amar:  
Y por ceder á ella,  
(Es tan feliz su hado)  
Mi acento enamorado  
Osaste despreciar.»

—«Si el frenesí conoces  
Con que á mi amante adoro  
Y que su ausencia lloro  
Con lágrimas de amor;  
¿Por qué aun amor me pides?»  
—«¿Nunca será olvidado  
Tu Aben-Amar amado?»  
—«Jamás, jamás; señor.»

—«¡Jamás!... desventurada!  
¿No atiendes á mi ruego?  
¿Tu afán es ay, tan ciego?  
¿Tan ciego tu desden?»  
—«Nunca daré al olvido  
Mi plácida esperanza.»  
—«¿No temes la venganza  
¡Oh esclava! de Alhaken?»

—«¡Venganza tú digiste!  
¡Qué escucho; ¡oh Alláh santo!...  
¡No cuidas de mi llanto?  
¡Piedad, señor! ¡Piedad!»  
Mas Alhakén rechaza  
En su furor ardiente,  
La súplica doliente  
De la infeliz beldad.

En su arabesco jaique  
El rostro recatando  
Y de furor temblando,  
Del camarín salió.  
Sus ilusiones muertas  
Miró la esclava hermosa,  
Y pálida y llorosa  
En su alhamí cayó!



## VII.

### ¡POBRE HALEWA!

¿Quién resiste los fallos del destino?  
¿Quién borrar puede lo que escrito estaba  
En su libro eternal? lo que escribieran  
Del paraiso en la feliz morada? (10)

Nadie; que aquel que por el mar del mundo  
Siente vogar su navecilla en calma,  
No sabe si las ondas apacibles  
La tempestad agitará mañana.

Y en lo que cifra por su mal acaso  
Todo su bien, su gloria y esperanza,  
Es, que los hados sin piedad lo quieren,  
El móvil principal de sus desgracias.

Y tal fué para el árabe poeta  
La fiel kasida que cantó á su amada;  
Por ella solo ambicionó el califa  
La belleza admirar que la inspirara.

Y el dueño altivo de la triste Halewa  
Que su pasión tiernísima ignoraba,  
La causa al descubrir de sus suspiros,  
De su desden al descubrir la causa,

Ya cambia sus amores en despecho,  
Solo alienta rencores y venganzas:  
No es ya Halewa señora en su palacio,  
Pues es tan solo aborrecida esclava.

Mas nada importa del Cadhí la furia  
A la gentil doncella, que en su alma  
Otros pesares intimos anidan;  
Otras desdichas su existencia amargan.

---

Tres soles ha que su cantor amado  
Bajo el lujoso camarín no pasa,  
Y el ramo de sus cuitas mensajero  
Sin llegar hasta él se marchitaba.

¡En vano desde el alto minarete  
A tu gallardo trovador aguardas!  
En vano hermosa, por tu bien perdido  
A los cielos diriges tu plegaria!...

---

Un día que lloraba sin consuelo  
En su alfeizar riquísimo apoyada,  
Entró el Cadhí con la mirada torva,  
De la infeliz Halewa en las estancias;

Y un pergamino que en su mano ostenta,  
Entregando á la mora así le habla:  
—«Alhaken el Califa poderoso  
Aqueste pliego para tí me manda.»

—«¡El Califa!»—«Si á fé: dicen que celos...  
Celos destrozan sin piedad su alma;  
Dicen...»—«¿Qué, por Alláh?»—«Dicen... mas lee  
Y tiembla por tu suerte malhadada.»

Tomó Halewa con mano temblorosa  
El pergamino, y su febril mirada  
Por él pasó, con ansiedad clamando:  
—«Ya cumpliste, tirano, tu venganza!...»



Mira, infelice, su señor le dijo,  
Arrastrándola al pié de una ventana;  
¿Ves esa torre cuyos pardos muros  
Guadalquivir con su corriente baña?

—«¡Oh sí!»—«Allí está porque Alhaken lo quiso,  
El ruiñeñor de su vergel de Az-Zahra:  
Aben-Amar, el de las dulces trovas;  
El que tu pecho con delirio ama.»

—«¡Oh, calla por piedad!»—«Yo del califa  
Encender supe la celosa rabia;  
Ya nunca oirás sus lánguidas endechas;  
Tu esperanza murió con su esperanza!»

---

Y la amante beldad que entre sollozos  
Oyó apenas sus últimas palabras,  
Clamó doliente con acento amargo:  
«¡Ay destino fatal!... escrito estaba!...»

Escrito, sí; tras su ajiméz oculta  
Sus lentos días la cautiva pasa...  
Y hasta la torre do el poeta gime,  
Ván sus suspiros de la brisa en alas.

## VIII.

### CONCLUSION.

Doce lunas pasaron; doce lunas  
Que vertieron sus pálidos reflejos,  
Sobre las torres do sus males lloran  
Dos almas ¡ay! que para amar nacieron.

Y pasaron las áuras del estio,  
Y las nieves pasaron del invierno,  
Mas nunca pasa la mortal tristeza  
Cuando destroza desvalidos senos.

De la prision de Aben-Amar sombría  
En un oculto camarín estrecho  
Cuyos negros y antiguos murallones  
Ilumina el crepúsculo postrero,

Vése al cautivo ilustre á quien inspira  
En este instante bonancible genio,  
Y el libro delicioso de las aves (11)  
Escribe en gratos, sonoros versos.

El es el ruiñeñor que tierno canta,  
Cuando llora su amargo cautiverio;  
Es el ave doliente y prisionera,  
Que su voz alza á la region del viento.

Y su mente vagaba venturosa  
Mil delirios dulcísimos fingiendo,  
Cuando al pié mismo de la torre escucha  
Un fuerte golpe que turbó su pecho.

Confuso corre al ajiméz, y observa  
Del moribundo sol a los reflejos,  
Horrible cuadro á cuya vista solo  
Sobre su frente erizase el cabello.

Dos esclavos están bajo sus muros  
Entre las flores una fosa abriendo;  
Rica litera que tapices cubren,  
Abandonaron de la yerba en enmedio.

Un momento despues, sacaron de ella  
A una muger en cuyo rostro bello,  
Ya el ángel de la muerte despiadado  
Triste imprimiera sus helados besos!....



---

—«¡Halewa!...» al ver sus pálidas facciones  
Clamó el poeta con terrible acento:  
Fijó en ella sus ojos espantados...  
Y al caer la losa sobre el frío cuerpo,  
Dió un grito de pavor, y sin sentido  
Desplomóse en el duro pavimento...



# LA CONQUISTA DE MÁLAGA.

ROMANCE HISTÓRICO.

SIGLO XV.



LA CONQUISTA DE MALACA

ROMANEO HISTORICO

• 1200 •

Cristiano y español, con fé y sin miedo,  
canto mi religion, mi patria canto.  
ZORRILLA.

## INTRODUCCION. (\*)

---

Quiero cantar: mas mi lira  
Oscura, pobre, insonora,  
No levantará su acento  
Do mi entusiasmo ambiciona.  
Quiero cantar de mi patria  
El esplendor y la gloria;  
Y sus fúlgidos laureles;  
Y sus huestes valerosas.  
Fé santa, tú que guiaste  
Al combate y la victoria  
Á los Reyes de Castilla  
Terror de la gente mora;

---

(\*) Esta composicion fué distinguida con mencion honorífica en los juegos florales celebrados por el Liceo de Málaga, en 1872.

Tú que inflamando sus pechos  
De noble esperanza heróica  
Hiciste grandes sus nombres  
Y su enseña vencedora,  
Tu llama enciende en el mio;  
Y mi voz humilde y tosca,  
Cantará con vivo fuego  
De aquellos días la historia:  
Que para ensalzar la fama  
De mi patria victoriosa,  
Lira tengo, que aunque ruda,  
Es altiva y Española.

---

Venid á mí, de aquel tiempo  
Dignas, venerables sombras;  
¡Fernando!... ¡Isabel!... yo invoco  
Con amor vuestra memoria;  
Y si audáz mi pensamiento  
A vosotros llegar osa,  
Y si atrevido mi lábio  
Vuestros grandes hechos nombra,  
Es solo porque os admiro;  
Porque el corazón adora  
Vuestro renombre grandioso,  
Y de mi patria la honra.



## I.

1483.—1484.—1485.

### PRELIMINARES.

Reunidos en la alcazaba  
De la ciudad de Antequera,  
Hállanse los ricos-hombres  
Que del moro terror eran.  
El noble marqués de Cádiz  
Y el de Cifuentes, se encuentran  
En ese grave consejo  
Donde se trata de guerra;  
Que el Rey *Hacen* de Granada  
Nuestros campos tala y yerma,  
Á Zahra tomó, y por cierto  
Que aun está viva la afrenta;  
Y ya todos esforzados  
A la venganza se aprestan,



Y de Málaga en los montes  
Tomarla cumplida piensan.  
Todos se visten la cota;  
Todos lucen sus enseñas;  
Todos enristran su lanza;  
Todos sus tercios presentan.  
Vése aquí de Santiago  
La roja cruz altanera;  
Del adelantado allí  
La brava gente se ostenta;  
Unos lucen de sus damas  
Sobre el arnés las empresas;  
Otros, de gayos colores  
Bandas sobre el pecho llevan;  
Y brillan del sol heridas  
Sus mallas y sus cimeras,  
Y el manso viento que sopla  
Las plumas agita y besa.  
Ya relinchan sus caballos,  
Ya se parten de Antequera;  
Se alejan, y por los aires  
Un largo ¡viva! resuena.

---

Tocaba á su fin el día,  
Y por ignoradas sendas

Las reales avanzadas  
Á Málaga se enderezan;  
Mas su paso detuvieron  
Con asombro y con sorpresa,  
En un altivo collado  
Que á la ciudad vista diera;  
Y al ver de su mar la calma,  
De su cielo la belleza,  
Gritan «¡adelante!» y meten  
A los caballos espuelas!...  
Mas ¡ay! presto tras los mares  
El rojo sol descendiera,  
Y las blancas nubecillas  
Presto volaron deshechas.

---

Ya el crepúsculo ha pasado;  
Se hallan entre rudas breñas,  
Y los alarbes defienden  
Las altas cumbres aquellas.  
Y las tinieblas crecian;  
Y los caballos sin fuerza,  
Con ginetes y peones  
Se derrumban por las peñas;  
Sobre ellos los mahometanos  
Lanzan picas y saetas,



El espacio oscureciendo  
Con una nube de flechas.  
Doquier aumenta el espanto,  
Y se escuchan por do quiera  
Los alaridos del moro,  
Del moribundo las quejas,  
Que los ecos prolongaban  
Hasta las últimas sierras.  
Y la oscuridad terrible  
De aquella noche funesta,  
Interrúmpela tan solo  
Las enemigas hogueras,  
Á cuya lumbre rojiza  
Brilla el pendon del profeta,  
Y á los árabes distinguen  
Saltando de quiebra en quiebra...  
Pasó la noche horrorosa;  
Y el sol que del mar se eleva,  
Sobre sangre y yelmos rotos  
Su pura lumbre refleja.  
Con ella de los cristianos  
El duelo, el pavor aumenta;  
Los estragos ven entonces  
Que por doquier les rodean.  
Era en vano el heroismo;  
Vanos sus esfuerzos eran,  
Que los infieles brotaban  
En aquella agreste tierra.

De pronto, «*El Zagal*:» se escucha:  
Grito que anima las fuerzas  
Del árabe, y entusiasta  
Por todo el campo resuena,  
Pues era aquel el apodo  
Que á *Abdalla* su alcaide dieran.  
Entonces el gran Maestre,  
Reuniendo sus cortas fuerzas,  
Su velóz caballo oprime;  
A sus valientes arenga;  
Sube heróico la montaña;  
Entre los moros se entra,  
Mas sucumbe al fin su esfuerzo,  
En tan desigual pelea...  
El bravo marqués de Cádiz  
Que avanza por otra senda,  
Por doquier, ¡ay! rodeado  
De cadáveres se encuentra.  
De sus jóvenes sobrinos  
Oye la oracion postrera:  
Los cuerpos ensangrentados  
De tres hermanos contempla;  
Y entonces el héroe invicto  
Quizá por la vez primera,  
Se estremece, se horroriza  
De la muerte á la presencia,  
Y lanza un grito del alma  
Que por los montes resuena:

¡Ay! que el corazon comprende,  
Pero que el habla no espresa.  
Y la esperanza perdida  
Y toda ilusion deshecha,  
Sus escuderos le arrancan  
De aquella terrible escena.  
El buen conde de Cifuentes  
Prisionero al fin cayera;  
Pero Aguilar con los suyos,  
Defiende su noble enseña.  
Cuando por la vez segunda  
El alba sangre refleja,  
Se retiran peleando  
Debilitadas sus fuerzas,  
Y venden caras sus vidas  
Con heróica resistencia.  
Cubrióse el reino de luto  
Al saber la triste nueva;  
Con lágrimas y con duelo  
Recibiólos Antequera,  
Y aquella iufasta jornada  
En el nombre se recuerda,  
Conque se distingue hoy  
*De la Matanza la Cuesta.*

---



Pasó un año; ya sus galas  
Luciendo la primavera,  
De Andalucía los campos  
Esmalta de flores bellas.  
Los que fuertes corazones  
Dentro de su pecho encierran,  
Por desgracias ó derrotas  
No cobardes desalientan;  
Y el mismo sol que fecunda  
Del prado la verde yerba,  
Armaduras y broqueles  
Ilumina en Antequera.

---

Los Reyes, desde su córte  
Que se halla en Córdoba, ordenan  
Que las huestes se aperciban,  
Y de Málaga á las tierras  
Partan, por vengar cual deben  
La nunca olvidada afrenta.  
Divididos en batallas  
Con nobles á la cabeza,  
Entre los cuales figura  
El gran Gonzalo, penetran  
En el término enemigo  
Invadiendo las fronteras.

Como rayo fulminante;  
Cual horrisona tormenta;  
Cual torrente desbordado  
Que valles inunda y selvas,  
El ejército aguerrido  
Los ricos viñedos yerma;  
Destruye las tiernas mieses;  
Las flores de las praderas;  
Los árboles corpulentos;  
Los molinos y las huertas.  
Del *Atabal* á la torre (1)  
El pavor sembrando llega;  
Todo feróz lo devasta;  
Todo lo arrasa ó lo quema.  
Y despues de algun encuentro  
Do rinden las moras fuerzas,  
Entre vítores y aplausos  
Los vencedores regresan.

---

Un año despues, se hallaba  
El Rey de Málaga cerca;  
Y doquier que del cristiano  
Tremolaban las banderas,  
Era su victoria fija,  
Fija del moro la afrenta.

La conquista de la Hoya  
En breves dias se hiciera;  
Y el Rey oyendo el consejo  
Del Marqués de Cádiz, piensa  
Llevar sus armas, de Ronda  
Ante las murallas recias.  
Era alcaide de esta plaza  
*Hamet el Zegri*; mas de ella  
Lejos estaba, corriendo  
Con su gente nuestra tierra.  
Pero al volver orgulloso  
En vez de hallar como piensa  
Músicas y regocijos  
Con que su triunfo celebran,  
En sus oidos el eco  
De las lombardas resuena,  
Y al cielo elevarse mira  
De humo negro nube densa:  
Que es ilusion, pensar quiere;  
Su alma de pavor se llena;  
Sube agitado á una altura,  
Y horrible cuadro contempla.  
Desde allí, de los cristianos  
El campamento blanquea;  
De la cruz el estandarte  
Brilla del Rey en la tienda.  
Las lombardas de Castilla,  
Hierro vomitando y piedras,



Derrumban los fuertes muros,  
Abaten ferradas puertas.  
Se entrega por fin la plaza:  
En vano el Zegrí se esfuerza,  
Y Fernando victorioso  
A Córdoba dió la vuelta.

## II.

### CÓRDOBA.

1487.

¡Córdoba! bella sultana!  
La de los guerreros bravos;  
La de los dulces poetas;  
La de los califas sabios;  
La que tiene por alfombra  
Las puras flores del campo;  
La de la hermosa mezquita;  
La que ganó San Fernando.  
¡Qué vida reina en tus calles!  
¡En tus hijos qué entusiasmo!  
¡Y qué fervor en tus templos!  
¡Qué placer en tus estrados!...  
Ya del Betis en la orilla,  
No se escucha el eco blando

De la guzla musulmana,  
Que ya tus zambros pasaron.  
Ya el sol tus morunas *leilas*  
No alumbra desde el ocase,  
Ni los jardines de Zahra,  
Ni de Almanzor los palacios;  
Que ora tan solo ilumina  
Armamentos y soldados;  
Todo en Córdoba es guerrero;  
Todo bélico aparato.  
Hoy las banderas tendidas  
Y las trompetas sonando,  
De un noble la entrada anuncian  
Seguido de sus vasallos;  
Y mañana la venida  
Celebran de algun mitrado,  
Ó de los grandes Maestres  
De Alcántara y Santiago.  
Mas descuella sobre todos  
El duque del Infantado,  
Por el lujo de sus tercios,  
Por su espléndido boato.  
En su entrada le preceden  
Hasta quinientos armados,  
Con equipos á la guisa  
De gran costo, de gran fausto;  
Inmenso tropel le sigue  
De pecheros y de hidalgos,



De escuderos y de pages,  
De peones y caballos.  
Brillan por doquier sus lanzas;  
Flotan doquier sus penachos,  
Y la ciudad lo recibe  
Entre vítores y aplausos.  
«Brava tropa para fiesta,  
»Buen duque,» Dijo Fernando:  
«Pero vale mas el hierro  
»Para resistir los dardos.»  
—«Señor,» respondióle el duque:  
«Si hoy lucen mis castellanos,  
»Delante de los infieles  
»Sabrán morir esforzados.»  
Corre el pueblo por las plazas  
A los nobles admirando;  
Con los Reyes conferencian  
Ricos hombres y prelados:  
Sus cintas bordan las damas,  
Y los donceles gallardos  
Con plumas de sus colores  
Adornan sus limpios cascos.  
Se escuchà aquí bajo un muro,  
De amor, dulce tierno canto;  
Allí, del corcel de guerra  
El galope acompasado.  
Unos platican de amores;  
Otros de guerreros altos;

Estos de grandes conquistas;  
Aquellos de honor y láuros:  
Y es todo ruido, algazara,  
Todo fiestas y saraos;  
Todo dignas ambiciones;  
Todo galas y entusiasmo.

---

Y tanto bélico apresto,  
Tanto marcial aparato,  
Es porque á Córdoba el Rey  
A los grandes ha citado;  
Pues sabiendo que el Soldan  
Y *Bayaceto*, intentaron  
De Sicilia apoderarse  
Viendo aquí nuestro adelanto,  
Mucho los puertos importan  
Que baña el Mediterráneo,  
Y sobre Málaga anhela  
Clavar su pendon preclaro.  
El alcaide de esta plaza  
En ella el *Zagal* nombrado,  
Valiente cual ambicioso  
Y del Rey Hacen hermano,  
Estaba contra Granada  
Con su gente rebelado,

Y por separarse de ella  
Hacía tiempo pugnando.  
Y estas guerras fratricidas,  
Estos civiles estragos,  
Mucho mal hacen al moro,  
Y mucho bien al cristiano.

---

De Córdoba al fin partióse  
Nuestro ejército bizarro,  
Con el Rey á la cabeza  
Y los nobles hijodalgos.  
La artillería tirada  
Llevaban por bueyes mansos,  
Y cuatro mil gastadores  
Seguian á Don Fernando.

---

Despues de penosas marchas  
Y de continuos trabajos,  
El valle hermoso de Velez  
Nuestras huestes avistaron.



Del mar la brisa suave  
Refrescaba sus collados,  
Donde las vides crecian,  
Donde pastaban rebaños.  
Alli del moro se alzaban  
Los jardines y palacios,  
Entre los bosques graciosos  
De higuerales y granados.  
Y á los extremos del valle,  
A los piés de un cerro alto,  
Está Velez, defendido  
Por sus muros almenados.  
Vése sobre el cerro un fuerte  
Su cúspide coronando;  
Y allá en su torre mas alta  
Brilla el pendon Mahometano.  
Al arribo de los nuestros  
A este vergel encantado,  
Tambien de Trevento el conde  
Sus galeras al mar trajo.  
El Rey todo lo apercibe  
Que el sitio no está lejano,  
Si no se entrega la plaza  
Con ellos capitulando.  
Y cuando á su tienda vuelve  
Para descansar un tanto,  
Cuando su frugal sustento  
Apenas lleva á los lábios,

Oye confusa algazara,  
Y algunos pocos soldados  
Vé, que corren perseguidos  
Por multitud de contrarios.  
Entonces coge una lanza,  
Y solo del peto armado,  
Monta un alazan y vuela  
De los suyos al amparo.  
Vuélvense los fugitivos  
Áliento al verle cobrando,  
Y él combate como todos  
Por su valor impulsado.  
Un caballerizo, muerto  
Ante él cayó, y en el acto,  
Antes que huirse pudiera  
El que derribóle insano,  
Tendido quedó en el suelo  
Del mismo Rey á un lanzaso;  
Y hallóse en aquel instante  
De cien moros rodeado,  
Próximo á perder la vida  
Del enemigo á las manos.  
Mas llega el Marqués de Cádiz;  
De Murcia el Adelantado;  
Y el Conde de Cabra llega,  
Y el célebre Garcilaso:  
Y allí todos con sus pechos  
Un muro ante el Rey formando,

Con los moros arremeten  
Al grito de ¡Santiago!...

---

Y luego, porque no fuera  
Este suceso olvidado,  
De la villa en los blasones  
Quiso la Reina grabarlo:  
Y un caballerizo muerto  
Muestran, y un Rey á caballo,  
Y algunos moros que huyen  
Ante el pendon castellano.

---

Mas largo el cerco se hacia,  
Aunque ya de algunos barrios  
Posesionarse pudieron  
Los guerreros de Fernando.  
De capitular hablóles  
A los de Velez en vano:  
Que un refuerzo de Granada,  
Presto esperan, contestaron;



Hay ya quince mil infieles  
En la Axarquia levantados,  
Y al Zagal aguardan todos  
En su ayuda confiando.  
Los que dominan la Sierra  
Son en ella dispersados;  
De los parciales de Abdalla  
Nada las huestes lograron;  
A las armas españolas  
Nadie les disputa el campo,  
Nadie sus fuerzas resiste;  
Arrollan cuanto hay al paso.  
Y al fin la ciudad entregan  
Los alarbes derrotados,  
Y ellos de allí se salieron  
Y allí los nuestros entraron.  
Fué del Zagal á los planes  
Este suceso contrario,  
Pues el pueblo de Granada  
Vuélvese al antiguo bando,  
Y en vano con Boabdil pugna  
El Alcaide rebelado.  
El débil Rey granadino  
Proteccion pide al cristiano;  
Concédesela el monarca,  
Y se postra cual vasallo  
De Aragon y de Castilla  
Ante los Reyes preclaros.

Y despues de esta campaña  
Ceñido de nobles lauros,  
A Málaga se dirige  
El ejército esforzado.

### III.

#### MÁLAGA.

Sobre un tapiz de verdura,  
Bajo un transparente cielo,  
Por altos montes cercada,  
Bañada de un mar sereno,  
Málaga gentil se ostenta  
De fértil llanura enmedio,  
Por sus torres defendida  
Y por sus muros espesos.  
Tras de su oscura muralla  
Se levantaban esbeltos,  
De palacios y mezquitas  
Los alminares ligeros;  
Y la ciudad dominando  
Sobre dos erguidos cerros,  
Gibralfaro y la Alcazaba  
Elevábanse soberbios.



Aún hoy nos muestran altivos  
Sus paredones ya negros;  
¡Cuánta gloria allí se encierra!  
¡Cuántos hermosos recuerdos!  
Hacia la parte del Norte  
Los montes fértiles, frescos,  
Sus collados ostentaban  
De vides y árboles llenos.  
Allí el naranjo crecía;  
El ciprés y el limonero;  
Las adelfas y las rosas;  
Los granados y los cedros.  
Allí lucía la palma,  
Cual de Arabia en los desiertos,  
Y los rojos alhelies,  
Y el álamo y el helecho:  
Y de la mar á la orilla  
Brillaban jardines bellos,  
Donde las quintas se alzaban  
De los nobles agarenos;  
Donde las fuentes bullían,  
De mármoles y azulejos  
Vertiendo sus limpias aguas  
Sobre anchos estanques bellos.  
¡Cuántas veces de las aves  
Al melodioso concierto,  
Al murmullo de las olas,  
A los suspiros del viento,

De dulce guzla se unían  
Los melancólicos ecos,  
El bullicio de las zambras,  
Las cántigas del mancebo!  
Y esa canción ¡cuántas veces  
Las celosías abriendo,  
Tras el alfeizar oyera  
Una mora de ojos negros!  
¡Cuántas veces del crepúsculo  
Entre los tibios reflejos,  
Al *muezín* se distinguía  
Que al minarete subiendo,  
Tres veces á Alláh invocaba  
Con religioso respeto.  
Y á árboles, jardines, fuentes,  
Castillos, palacios, templos,  
A todo prestaba luces,  
Belleza, vida, contento,  
Su sol brillante y hermoso,  
El limpio azul de su cielo!!!...  
Y sobre el mar se ostentaban  
Galeras de varios reinos,  
Vida y esplendor prestando  
A su animado comercio.

---



Dos capitanes ilustres,  
De caracteres diversos,  
La mora ciudad defienden  
Con sus bravos sarracenos.  
*Aben-Comixa* tenia  
De la Alcazaba el gobierno;  
A Gibralfaro custodia  
De *Hamet-el-Zegri* el esfuerzo;  
Y hasta quince mil gomeres  
Y otros notables guerreros  
La plaza fieles guardaran  
Difícil su toma haciendo.  
¡*Hamet-el-Zegri*! aquel hombre  
De carácter noble y fiero,  
El que alcaide fué de Ronda,  
El esforzado, el soberbio!...  
Tambien mucho intervenia  
Un moro grave, opulento,  
Que *Aly-Dordux* se nombraba,  
De Málaga en el gobierno.  
Escuchaban sus razones  
Con placer en los consejos,  
Y era querido de todos  
Y respetado del pueblo.  
A este insigne personage,  
En clase de parlamento  
Don Fernando del Pulgar  
Presentóse con un pliego,



Que era una carta del rey  
Concebida en estos términos:  
«Aly-Dordux: yo os escribo,  
»Y á esa ciudad, como pienso  
»Que por las cartas vereis  
»Que remito á poder vuestro..  
»Vos, por ella procurais  
»Cual persona de buen seso,  
»É por ende, yo vos mando  
»Deis órden para que luego  
»Por vosotros se responda,  
»Conformándose cual creo,  
»Con lo que á la vida é bienes  
»Convienne de vuestro pueblo.  
»Lo que á mi servicio cumple,  
»Que hareis por su bien espero;  
»É yo vos haré mercedes,  
»Para vos é vuestros deudos.»  
Quedó Aly-Dordux pasmado  
Este mensaje leyendo,  
Y á la Alcazaba llegóse  
Con algunos caballeros.  
Allí á Aben-Comixa hablara;  
Y haciéndole ver el riesgo  
Que en un asalto corrieran  
Tenázmente resistiendo,  
Las pérdidas de las vidas;  
La ruina del comercio...

Dejó entrever la esperanza  
De que aceptando un convenio,  
Aún conserven sus costumbres  
Y la fé de sus abuelos.  
De la Alcazaba el alcaide  
Tales razones oyendo,  
Ver al Rey en sus reales  
Decide al fin, y en su puesto  
Deja á su hermano, los dias  
Que durasen los conciertos.  
Amet-el-Zegri, los planes  
De entrambos ya conociendo,  
Su instinto cobarde odiando  
Y de rábia y furor ciego,  
Se baja con los gomerres  
De su castillo altanero;  
En la Alcazaba se entra:  
El que la mandaba muerto  
Allí cayó, y de la plaza  
Se aclama jefe supremo.  
El Rey suspende los tratos  
Este atentado sabiendo,  
Y sus huestes apercibe  
Para establecer el cerco.  
Mas antes de que empezaran  
Los horrores del asedio,  
Con dadivosas ofertas  
Al Zegri ganar quisieron:



Empero todo es inútil;  
Que el generoso agareno,  
Juró morir animoso  
A su patria defendiendo.  
Al ver que nada consiguen  
Con pacíficos esfuerzos,  
A Málaga se encaminan  
Nuestros valientes guerreros.  
De Bizmiliania ya sale  
De la artillería el grueso,  
Donde estuvo situada  
Durante los parlamentos.  
En columnas aguerridas  
La acompañan nuestros tercios,  
Por las orillas graciosas  
Que acaricia el mar sereno;  
Mientras sus ondas azules  
Surcaba con rumbo lento,  
La flota que conducía  
De la guerra los aprestos.  
¡Qué lucidos escuadrones!...  
¡Cómo brillaban sus petos  
Del sol de Málaga ardiente  
A los fúlgidos destellos!...  
Siete siglos se pasaron  
Sin que en este hermoso suelo,  
De Castilla los pendones  
Agitára manso el viento.



Amet-el-Zegri contempla  
De ira rebotando el pecho,  
Tras una negra atalaya,  
Del cristiano los aceros;  
Y viendo que ya se acercan,  
A los suyos manda luego  
Que salgan tres pelotones  
De la vanguardia al encuentro,  
Y presto de San Cristóbal  
Se estacionen en el cerro.  
Los adalides cristianos,  
La importancia comprendiendo  
Que este punto prometía,  
Hacia él destacan un cuerpo  
De capitanes hidalgos  
Y de atrevidos gallegos.  
La cuesta suben audaces;  
¡Mas ay! en vano subieron!...  
Pues descienden rechazados  
Del moro por los esfuerzos;  
Y seis horas de combate  
Valerosos sostuvieron,  
Con flechas y cimitarras,  
Con puñales y con fuego;  
Hasta que al fin Luis Maceda  
Cerrando con sus gallegos,  
Clava el pendon de Castilla  
Sobre la cumbre del cerro.

#### IV.

#### EL SITIO.

Puro, hermoso, trasparente,  
De Mayo amanece un día,  
Y el sol que los montes dora  
Con toda su pompa brilla.  
La flor sacude el rocío  
Y abre su corola limpia;  
Murmura la fuente clara,  
El ave en la selva trina.  
¡Cuán seductora aparece  
La árabe ciudad dormida,  
Con sus torres y sus muros,  
Sus harenes y mezquitas.

Aun entre brumas se esconden  
Las fortalezas erguidas;  
Sus flores la dan aromas;  
Tranquilo el mar la acaricia.  
La tienda real se eleva  
En la huerta del Acibar; (2)  
Desde allí contempla absorto  
El monarca de Castilla,  
La hermosura de sus valles;  
Su aire perfumado aspira,  
Y tal belleza admirando  
Vaga estasiado la vista.  
¡Quién á describir alcanza  
El encanto, la delicia,  
De una mañana de Mayo,  
Bajo el sol de Andalucía!...

---

Ya está Málaga cercada;  
Y ya sobre sus colinas,  
De los guerreros cristianos  
Las nobles enseñas brillan.  
El cerro de San Cristóbal  
Al de Cádiz se confía;  
Sus ginetes y peones  
Llegan del mar á la orilla. (3)



El buen Don Diego de Córdoba  
Con las huestes de Medina  
Y Alburquerque, de Granada  
A la puerta se aproxima:  
Y la division tercera  
Con la gente de Sevilla,  
Obedeciendo á Cifuentes  
Que ya rescatado habian,  
De lo que Calvario es hoy  
Ocupaba la avenida.  
El Comendador mayor  
De Calatrava, se unia  
Al de Feria y Figueroa;  
Y la huerta del Acibar  
Y la persona del Rey  
Con sus tercios defendian.  
Donde hoy yace Capuchinos  
Se hallaba la estancia quinta;  
El Maestre y el Clavero  
De Calatrava; Padilla,  
Y el buen Don Alonso Enriquez,  
A su cabeza se miran.  
El Conde de Benavente  
Con las haces aguerridas  
De Don Pedro de Carrillo,  
Del Obispo de Sevilla,  
Y sus vasallos, formaba  
La sesta en Guadalmedina.

Ureña; Alonso de Córdoba,  
Los Ángeles guarnecian.  
Tras de la Tienda Real,  
Luce Nágera su insignia.  
Donde las torres se elevan  
De la Trinidad antigua,  
Toledo, Almaraz y Osorio  
Sus mesnadas dirigian.  
La estancia décima, acata  
A Mendoza en Zamarrilla.  
La undécima, en otra altura (4)  
A nobles de gran pericia,  
Y de Alcántara al Maestre,  
Y al de Santiago fian.  
La duodécima la mandan, (5)  
Garci-Lopez de Padilla,  
Y Don Antonio Fonseca,  
Con sus falanges altivas.  
De Gibralfaro delante  
Y del puente, se veian  
Dos baterias de fuerza  
Que los muros hostilizan:  
Una, de siete lombardas,  
A las cuales denominan  
*«Las siete hermanas Gimenas»*  
De todos bien conocidas.  
Por último, el de Trevento  
La flota cristiana guia,

Que el semicírculo cierra,  
Y á Málaga comunica.

---

¡Qué espectáculo tan bello!...  
Coronando las colinas,  
Las nobles enseñas lucen  
De los grandes de Castilla!  
Sobre unas, de Santiago  
La espléndida cruz domina;  
De los hidalgos en otras,  
Las armas y las divisas.  
Aquí, máquinas construyen  
Para que al asalto sirvan:  
Allí, las balas de piedra  
Para las lombardas, pican.  
Y el rumor que el taller forma,  
Y el caballo que relincha,  
Y la cancion del guerrero,  
De las marchas la armonía,  
Se enlazan y se confunden  
Con el fragor que horroriza,  
De la lombarda que truena,  
Muros rompiendo y faginas.  
Y el Zegrí desde el castillo  
Sobre una torre maciza,



La destruccion contemplando  
De la ciudad tan querida,  
«Y bien:» furioso exclamaba  
Con sarcástica sonrisa,  
Al ver los globos de fuego  
Que en el espacio lucian;  
Y de los ricos palacios  
El escombros y las cenizas  
Que presto cual humo leve,  
En el viento se disipan:  
«Llegad si os place, cristianos;  
»Mas de Aragon y Castilla,  
»Nunca sobre mis almenas  
»Han de brillar las insignias;  
»Que bajo sus piedras antes  
»Sabremos perder las vidas,  
»Y el vencedor tendrá solo,  
»Cadáveres y ruinas.»

---

A la puerta de Granada  
Los peones se aproximan,  
Que era quizás la mas récia  
Que á la ciudad guarecia.  
Llega el conde de Cifuentes  
Con su gente decidida,

Y un torreón que ya casi  
Demolió la artillería,  
Tomar por asalto intenta  
Y las escalas arrima.  
Desde los altos adarbes  
Los moros se defendían,  
Dando fuego á las escalas,  
Pez arrojando y resina.  
Los nuestros por subir pugnan;  
Y en vano valientes lidian,  
Que de las moras troneras  
Los infieles precipitan  
Espesa nube de dardos  
Y piedras arrojadizas.  
Pero de refuerzo vino  
Nágera el siguiente día,  
Y ya vuelven al asalto,  
Y ya la torre dominan,  
Y alborozados, ¡victoria!  
Con vivo entusiasmo gritan.  
Mas ¡ay! que la socavaron  
Los árabes al rendirla,  
Y con estrépito hundiose,  
Sepultando en su caída  
A unos, y esponiendo á otros  
A las flechas enemigas:  
Por la brecha penetraron  
Y venciendo á la morisma,

Del arrabal en los fuertes  
Lució el pendon de Castilla.

---

Mas todas estas ventajas  
Ser bastantes no podian,  
Para asegurar la empresa  
De tan gloriosa conquista.  
Los moros se reforzaban  
Con gran presteza: aun perdida  
Ninguna muralla tienen,  
Y largo el sitio se hacia.  
Ya los nuestros se impacientan;  
Y con zozobra afflictiva,  
Que subsistencias faltasen,  
Al ejército temian.  
Y por todo el campamento  
Susúrrase, que maligna  
Una epidemia aparece  
Por la comarca vecina.  
El desaliento ya cunde;  
Y aquellos que la codicia,  
No el valor, al cerco trajo,  
De él cobardes se retiran.  
Con tal nueva, los contrarios  
Sus esperanzas animan,



Y fortifican los muros,  
Y hacen súbitas salidas.  
Pero Fernando prudente,  
Que venga á la Reina avisa,  
Y disipe los rumores,  
Que por el campo corrian.

---

Mas treguas demos ahora  
De la guerra á las fatigas,  
Y un homenaje rindamos  
A la Reina de Castilla!...



## V.

### LA REINA.

Era una tarde serena;  
El rojo sol se ocultaba,  
Tiñendo el azul del cielo  
Con leves nubes de grana.  
Las olas del mar tranquilo  
Al deslizarse en la playa,  
Un suspiro lastimero  
Con su murmullo formaban.  
Los estandartes ondean  
Sobre las tiendas cristianas,  
Y cesaron ya los fuegos,  
Y callaron las lombardas.  
Todo es júbilo en el campo;  
Todos con placer se abrazan;



Todos el nombre pronuncian  
De su escelsa Soberana.  
Ya Isabel al cerco llega  
Donde impacientes la aguardan,  
Y Fernando con los grandes,  
A su encuentro se adelanta.  
Algo del Real se aleja  
De Aragón el buen monarca,  
Y á la Reina de Castilla  
Con los suyos al fin halla...

---

De guerreros precedida,  
Sobre una mula castaña  
Que ricos jaeces cubren  
De brocados y de plata,  
Con riendas de seda y oro  
Y magnífica gualdrapa,  
Asentada en una silla  
De guarniciones doradas,  
En su apostura mostrando  
Su magestad y su gracia,  
Modesta, digna y hermosa,  
La noble Reina cabalga.  
El cabello tiene rubio;  
Ojos azules, tez blanca;

La mirada, dulce y tierna;  
Sensible y piadosa el alma,  
Y en su frente, la aureola  
Que génio y virtud alcanzan.  
Brial de terciopelo viste,  
De brocado rica saya,  
Birrete negro con pluma,  
Y gran manto de escarlata  
Recamado á la morisca,  
Su digno porte realza.  
Al divisarse, tres veces  
Se saludan los monarcas,  
Y despues con gran cariño  
El Rey á la Reina abraza.  
Ya en el campamento entra  
De maceros escoltada;  
Camina á su izquierda el Rey,  
Detrás, los pages y damas:  
Atabales y añafles,  
Baten compasados marcha;  
Doblan todos la rodilla,  
Y la admiran, y entusiasta,  
Un largo ¡viva! resuena  
Que henchidos de gozo lanzan:  
*¡Viva la Reina!!* retumba  
En las últimas montañas;  
*¡Viva la Reina!!!* responden  
Nobles, plebeyos y guardias,

Y el eco repite, ¡viva!!!...  
Allá en las cumbres mas altas.  
Y aquel grito que potente  
Ha cuatro siglos sonaba,  
Aún que se escucha creémos;  
Aún nuestro pecho entusiasma.

---

La régia tienda colocan  
De la ilustre Soberana,  
En esa modesta altura  
Do la Trinidad se halla.  
Su llegada pone tregua  
Al ataque de la plaza,  
A la que van emisarios  
Que de paz al moro hablan.  
Pero Amet-Zegri que abriga  
Aun de vencer la esperanza,  
Los hace marchar furioso  
Con mal comprimida rábia.

---



Por visitar al de Cádiz,  
El Rey y la Reina pasan  
A su tienda de brocados,  
Y ricos paños de Francia.  
Los del Marqués, obsequiosos,  
A los príncipes y damas  
Platos esquisitos sirven,  
Dulces licores escancian.  
Y el noble señor galante,  
A los Reyes que lo honraran,  
Sus atalages presenta,  
Los caballos y las armas:  
Mas su rostro palidece;  
Se perturba su mirada,  
Y es, que vé de Gibralfaro  
Sobre la torre mas alta,  
Su misma bandera erguida,  
Su propia enseña clavada.  
Aquel pendon que perdiera  
En los montes de la Axarquia,  
Allí para afrenta suya  
Ufano el Zegrí levanta;  
Y él jura, del moro altivo  
Tomar cumplida venganza.  
Tomóla; que al dia siguiente  
Cuando apenas luce el alba,  
Ya truenan contra el castillo  
Del de Cádiz las lombardas.

Sus almenas se confunden  
Entre las sombras opacas  
Que alzan el humo y escombros  
Que despiden sus murallas;  
Y aquella torre altanera  
Donde el pendon se ostentara,  
Es un monton de ruinas  
De sangre mora bañadas.  
El fuego terrible cesa;  
Lóbrega la noche avanza,  
Y ya se aduerme el guerrero  
Sobre su yelmo y su espada.  
Y en vez de arcabuces roncoss,  
Solo se escuchan las auras,  
Y la voz del centinela,  
Y las olas en la playa.  
Mas de repente, mil moros  
Con Aben Zenete bajan,  
Y á los cristianos sorprenden,  
Y á sus trincheras se lanzan;  
Estos, huyen espantados;  
Pero al fin el marqués habla,  
Y con ellos arremeten  
Al grito de «¡cierra España!»  
Terrible fué la pelea;  
Desde aquellas peñas altas,  
Ruedan moros y cristianos  
Que cuerpo á cuerpo batallan.

Aquí brillan los puñales;  
Allí, picas y alabardas;  
Pero ya los de Amet cejan,  
Ya los nuestros los rechazan,  
Y á Aben Zenete retiran  
Herido de una lanzada.  
Ortega de Prado, Lopez,  
Sotomayor, la montaña  
Con su noble sangre tiñen;  
Bravos mueren por su patria.

---

Se estrecha el cerco; á los muros  
Se aproximan las estancias,  
Y el Zegrí que nunca cede,  
Defensa heróica prepara.  
Mas ¡ay! que faltan las fuerzas  
A la ciudad desdichada,  
Y para mas desventura,  
Ya los víveres le faltan.  
Varios moros principales  
Vertiendo los ojos lágrimas,  
Hondos suspiros lanzando,  
Llena de dolor el alma,  
A Aly-Dordux se dirigen,  
El cual una puerta guarda,



Y le ruegan por sus hijos,  
Por sus esposas amadas,  
Que ejerza su gran influjo  
Para que entreguen la plaza,  
Y al fin entren los contrarios  
Y terminen las desgracias.  
Aly-Dordux se conmueve  
Al escuchar sus palabras,  
Y propone al Rey Fernando  
Facilitarle la entrada  
Por la puerta que él custodia,  
Si vida y bienes les salva.  
De Castilla á los reales,  
Un fiel emisario manda;  
Pero al regresar ansioso  
Con la respuesta anhelada,  
Le sorprenden los gomeres, .  
Y él burla su vigilancia  
Al campo cristiano huyendo,  
De los tratos con las cartas;  
Mas ¡ay! que una aguda flecha  
Le ha atravesado la espalda,  
Y el mensajero sucumbe,  
Pero su secreto salva.

---

Aquel Zagal tan famoso,  
El vencedor de la Axarquía,  
Su brava gente reúne  
En Guadix donde se halla,  
Y de refuerzo la envía  
A los gomeres de Málaga;  
Mas batióla en el camino  
El débil rey de Granada,  
Que así su adhesión le prueba  
Al católico monarca.  
Y el príncipe degradado  
Dióle noticia tan fausta,  
Con magníficos presentes  
De tapices y de armas,  
Rogándole al mismo tiempo  
Que algunas fuerzas cristianas,  
Le protejan de los bandos  
Que en su reino se levantan.  
Todo al español cedía;  
Nuevos señores llegaban,  
Y de Tremecen, un moro,  
Vino con una embajada,  
Y al Rey caballos ofrece,  
Y perfumes de la Arabia.

---

¡Dichosos días aquellos!  
Victoriosa y respetada,  
Asombro del mundo era  
Nuestra enseña castellana.



## VI.

### DOS SANTONES.

#### LA BANDERA BLANCA.

En una aldea no lejos  
De Guadix, moraba un hombre,  
Que há luengos años vivia  
Entre ayunos y oraciones.  
Y su vida penitente,  
Su grave y severo porte,  
Su blanca y crecida barba,  
Sus largas meditaciones,  
Y el decir que le habla un ángel  
Del gran profeta en el nombre,  
Hacen que santo le crean  
Del valle los moradores.

De aquella ciudad un día  
Por las calles presentóse  
Con los ojos encendidos,  
Demudadas las facciones,  
Y al pueblo furioso incita  
Con sus gestos y sus voces,  
Para que le siga y salve  
A Málaga de opresores.  
El fanatismo del vulgo  
Sus locas frases acoge,  
Y frenéticos le siguen  
Hasta cuatrocientos hombres.

---

Apenas la luz del alba  
Doraba los horizontes,  
Cuando en el campo cristiano  
Confuso rumor alzóse;  
Y del de Cádiz la gente,  
Por los rudos pelotones  
Que al ciego Santón veneran,  
Envuelta un momento vióse.  
Mas con ellos arremeten  
Nuestros valientes peones,  
Y el moro que allí no cae,  
Vencido á Málaga corre.

Sin mezclarse en la contienda;  
Extasiado, fijo, inmóvil,  
Con las manos hácia el cielo  
Al viejo Santon hallóse.  
Nuestra gente le distingue,  
Admirada contemplóle,  
Y al noble marqués presentan  
Aquel tan extraño hombre.  
El de Cádiz sorprendido,  
Su designio preguntóle:  
Él contestó que era santo;  
Que por los astros conoce  
Lo que del asedio resta;  
Lo que tal vez á él importe.  
El marqués quizá curioso,  
Que se explique exige entonces;  
Y él, que delante del Rey  
Solo debe hablar, responde.  
Sus Altezas aun no pueden  
Recibirle, y por su órden,  
De Alvaro de Portugal  
A la tienda dirigióse.  
Entra en ella el moro, y viendo  
El lujo de sus señores,  
Piensa hallarse con los Reyes;  
Tira de un arma que esconde,  
Y en la cabeza á D. Alvaro  
Herida tal infirióle,





Que en el duro pavimento  
Cayó sin sentido el jóven.  
A Beatriz de Bobadilla  
Enfurecido volvióse  
Con el puñal levantado  
Para repetir el golpe;  
Mas por fortuna el acero  
Ligeramente enredóse  
De aquella lujosa tienda  
En los ricos pabellones.  
En el acto lo desarman  
Belalcazar y Rui-Lopez,  
Y los cristianos guerreros  
Sobre él se lanzan veloces;  
Dánle muerte; su cadáver  
En la catapulta ponen, (6)  
Y lo arrojan á la plaza  
Do los suyos lo recogen.

---

Todo en el campo es ventura;  
De Medina el Duque noble,  
Al cerco bizarro llega  
En pos de gloria y honores.  
Todo en la ciudad es duelo;  
El hambre y las privaciones,

En los hogares del moro  
Ya despliegan sus horrores.  
Allí, tan solo se escuchan  
Del guerrero las canciones;  
Aquí suspiros del alma,  
Ayes y quejas se oyen;  
Allí, esperanzas es todo;  
Aquí, todo sinsabores.  
Y desesperado el pueblo  
Por plazas y calles corre,  
De tanto sufrir cansado;  
Sin fuerzas, sin ilusiones.

---

De aquel santón concluyeron  
Los funerarios honores,  
Y otro *Dervich* se presenta (7)  
De profeta con el nombre.  
Lleva una bandera blanca,  
Y dice que Alláh envíole  
Para arrojar de sus tierras  
Los cristianos invasores,  
Si con denuedo le siguen,  
Y en él su esperanza ponen.  
Los alarbes despechados  
A su esfuerzo corresponden;

El Zegrí con gran respeto  
Al falso santón acoge,  
Y á Gibralfaro lo lleva  
Porque el pueblo aliento cobre,  
Aquella bandera blanca  
Alzando sobre una torre.

---

Mas ¡ay! que el hambre crecía,  
Y los tristes moradores  
De la ciudad, moribundos  
Claman con débiles voces,  
Que se entreguen cual vencidos  
Y más resistir no osen.  
¡Qué cuadro tan lastimero  
Málaga presenta entonces!  
Doquier pálidos, inermes,  
Con luto en los corazones;  
Con lágrimas en los ojos,  
Llena el alma de dolores,  
Al cielo pidiendo auxilio  
Con sus ayes y oraciones,  
Febriles, hambrientos, vagan,  
Niños, mugeres y hombres.  
Del Dervich la blanca enseña,  
Freno á tal dolor no pone;



Y ya del Zegri murmuran  
En confusion y desórden.  
A Aly-Dordux se presentan,  
Pidiendo que los rigores  
De Amet contenga, y entreguen  
La plaza á los españoles.  
Y Aly-Dordux á quien siguen  
Dos moros graves y nobles,  
Se dirige á Gibralfaro  
A esponer sus peticiones.

---

Ante un bufete de piedra,  
Sobre ricos almohadones,  
De una lámpara de hierro  
Á los ténues resplandores,  
Del castillo en una cuadra  
Severos, tristes, inmables,  
Vénse dos hombres sumidos  
En amargas reflexiones.  
Pergaminos con figuras  
Cabalísticas é informes  
Sobre el bufete se hallan  
En aquella aciaga noche;  
Y entre las sombras que apenas  
La luz amarilla rompe,

Del Dérvich y el Zegri bravo  
Distingúense las facciones.

---

Aly-Dordux, al castillo  
Llegó y con sereno porte,  
Ante los dos personajes  
Los males del pueblo espone.  
Amet-Zegri le contesta,  
Que aquel santo no desoye  
Sus quejas, y que sus cuitas  
Han de extinguirse veloces.  
«¡*Alahu-Akbar!* Dios es grande! (8)  
»Que seremos vencedores,  
»Está escrito: En Dios confien;  
»En él su esperanza apoyen.»

---

Apenas los mensajeros  
Bajan del castillo, alzóse  
Confuso rumor de armas  
De atabales y de voces;  
Y es que Amet con sus gomeres  
Al campo cristiano corre,

Para morir como bueno  
Al frente de sus legiones;  
Último esfuerzo que á un héroe  
El fanatismo inspiróle.  
El Dervich con su estandarte  
Precedia á aquellos hombres;  
El pueblo escuálido al verle  
Se prosterna entre clamores,  
Y ¡*Alahu-Akbar!* todos gritan:  
Solo ¡*Alahu-Akbar!* se oye.  
Así la ciudad dejaron,  
Y sus tristes moradores,  
Con ánsia y temor coronan  
Las murallas y las torres.





## VII.

### LA ENTREGA.

Ya los gomerres se arrojan  
Contra las cristianas fuerzas,  
Por Amet-Zegri guiados  
Tras de la blanca bandera.  
Todos, de la patria juran  
Perecer por la defensa;  
Y de los grandes Maestres  
Arremeten las trincheras,  
Estrago terrible haciendo,  
Devastando cuanto encuentran.  
Mas un moro, en lo mas rudo  
De la horrisona pelea,  
Ante unos niños se para  
Y con heróica clemencia,

«*Andad, rapaces*» les dice,  
«*A vuestras madres y apriesa.*»  
Aquella piedad el Dérvich  
Le reprende con dureza,  
Y él responde: «*los matára*  
»*Si barbas en ellos viera.*»  
Accion noble que la historia  
En sus páginas recuerda,  
Y á la cual el Rey Fernando  
Dió cumplida recompensa.

---

Alármase el campamento  
De un ataque que no espera,  
Y por guardar á los Reyes  
A sus tiendas se replega.  
Terrible fué la batalla;  
Los arcabuces resuenan,  
Picas y alabardas hieren,  
Cruzan el aire las flechas:  
Entre nubes de humo y polvo  
Hombres y caballos ruedan,  
Y en el espacio se pierden  
Gritos, lamentos y quejas.  
¡Santiago! ¡Cierra España!  
Claman los nuestros, que cierran



Con la morisma que cede,  
Y por un instante ceja.  
Amet-el-Zegrí furioso  
A sus gomeres alienta;  
Y ardiendo de rabia el Dérvich,  
Agita su blanca enseña.  
Los moros por él guiados  
Se lanzan á la refriega,  
Y á los parapetos corren  
Entre el fuego y las saetas;  
Empero Castilla vence,  
Los árabes desalientan,  
Y en confuso tropel huyen  
Seguidos de nuestras fuerzas.  
Por rehacer á los gomeres,  
En vano el Zegrí se empeña;  
Y de oprobio y dolor llenos,  
En Málaga al fin se entran.  
Con denuestos los recibe  
El pueblo que se subleva:  
Amet-el-Zegrí, perdido  
Su ascendiente, el mando entrega,  
Y en el castillo se esconde  
Devorando su vergüenza.

---

Alí-Dordux le sucede,  
Y es su decision primera,  
Mandar un parlamentario  
Ofreciendo al Rey la entrega,  
Si respetarles promete  
Las vidas y las haciendas.  
«De condiciones no es tiempo,»  
Dijo el Rey con entereza;  
«Y pues recursos no tienen  
»Al vencedor se sometan.»  
Vuelven á hacer peticiones,  
Mas nada logran con ellas;  
Y «que á discrecion se rindan,»  
Solo obtienen por respuesta.  
Las moros ciegos de rabia,  
Desesperados contestan,  
Que si á su ruego no acceden,  
Colgarán de las almenas  
Mil y quinientos cristianos  
Que en sus mazmorras conservan.  
Pero el hambre los consume;  
De Alí-Dordux la voz suena,  
Que entre el inerme gentío  
Así potente se eleva:  
«Hijos de Málaga; solo  
Ya la esperanza nos resta  
De implorar ante él rendidos  
De Fernando la clemencia.

Y si el monarca desoye  
Nuestro llanto y nuestras quejas,  
Á los piés nos arrojémos  
De la magnánima Reina.

---

Ya depuestos sus rencores,  
Piedad el vencido espera  
Y á Ali-Dordux autoriza  
Para efectuar la entrega.  
Parte el moro ilustre al campo  
Con regalos de oro y seda,  
Perfumes y ricas joyas,  
Y á los reyes se presenta:  
Y en su indulgencia fiando  
Su virtud y su grandeza,  
Dice, que se entrega el pueblo;  
A sus plantas se prosterna,  
Y por ellos indultado  
Con otras familias queda.  
Y Don Gutierre de Cárdenas  
En nombre de sus Altezas,  
Armado de punta en blanco  
Yá la ciudad atraviesa.  
Y á la alcazaba subiendo,  
En aquesa torre vieja



Que su frente carcomida  
Aun sobre Málaga eleva,  
Entre vítores y salvas,  
De Castilla la bandera  
Alzára, y de Santiago,  
Y de la Cruz, las enseñas.  
¡Fernando!... ¡Isabel!... ¡Castilla!!!  
Tres veces allí resuena;  
Y estos gritos de victoria  
Se confunden y se mezclan  
Con los ayes y los vivas,  
Y las músicas guerreras...  
El diez y ocho de Agosto  
Del año de nuestra era  
Que á la sazón se contaba  
Mil cuatrocientos ochenta  
Y siete, llevóse á cabo  
Tan grande y feliz empresa.

---

El pueblo devora ansioso  
Los víveres que la Reina  
De su mal compadecida,  
Que le repartan ordena;  
Mientras Amet despechado,  
Con indignacion contempla

La santa cruz que corona  
Sus árabes fortalezas:  
Y vaga por el castillo  
De furor el alma llena,  
Para entregarse exigiendo  
Condiciones altaneras.  
«*Que se rinda!*» fué tan solo  
De Fernando la respuesta,  
Y al fin el héroe se humilla  
Del vencedor en presencia.  
Y á aquel defensor invicto  
De su patria y sus creencias,  
De aqueste modo le oyen  
Hablar con noble entereza:  
«Yo hubiera muerto gózoso  
»De mi ley en la defensa,  
»Si otros cual yo pelearan  
»Y si ayudado me hubieran.»  
Y en la torre de Carmona  
Al bravo adalid encierran,  
Donde con su vida acaban  
Su lealtad y su fiereza.

---

De la ciudad no distante,  
Se alza una sencilla tienda

En que un altar se levanta  
Con la castellana enseña.  
Y mil quinientos cautivos  
Que en las mazmorras gimieran,  
Por los Reyes libertados  
Reverentes se prosternan;  
Y al Altísimo dán gracias,  
Lágrimas vertiendo tiernas,  
Ante la cruz redentora  
Que quebranta las cadenas.



## CONCLUSION.

Precedidos de atabales  
Y en gran procesion devota,  
Los reyes hacen su entrada  
Con régia y cristiana pompa.  
Delante marchan, Toledo,  
Capellan de la corona,  
Con una cruz de oro y plata,  
Y el buen Cardenal Mendoza.  
La alta nobleza les sigue  
En actitud religiosa,  
Armados de ricas armas,  
Ceñidas lucientes cotas.  
Sus plumas el viento mece,  
Y llevan para su escolta,  
De pages y de escuderos  
Lucida y brillante tropa.

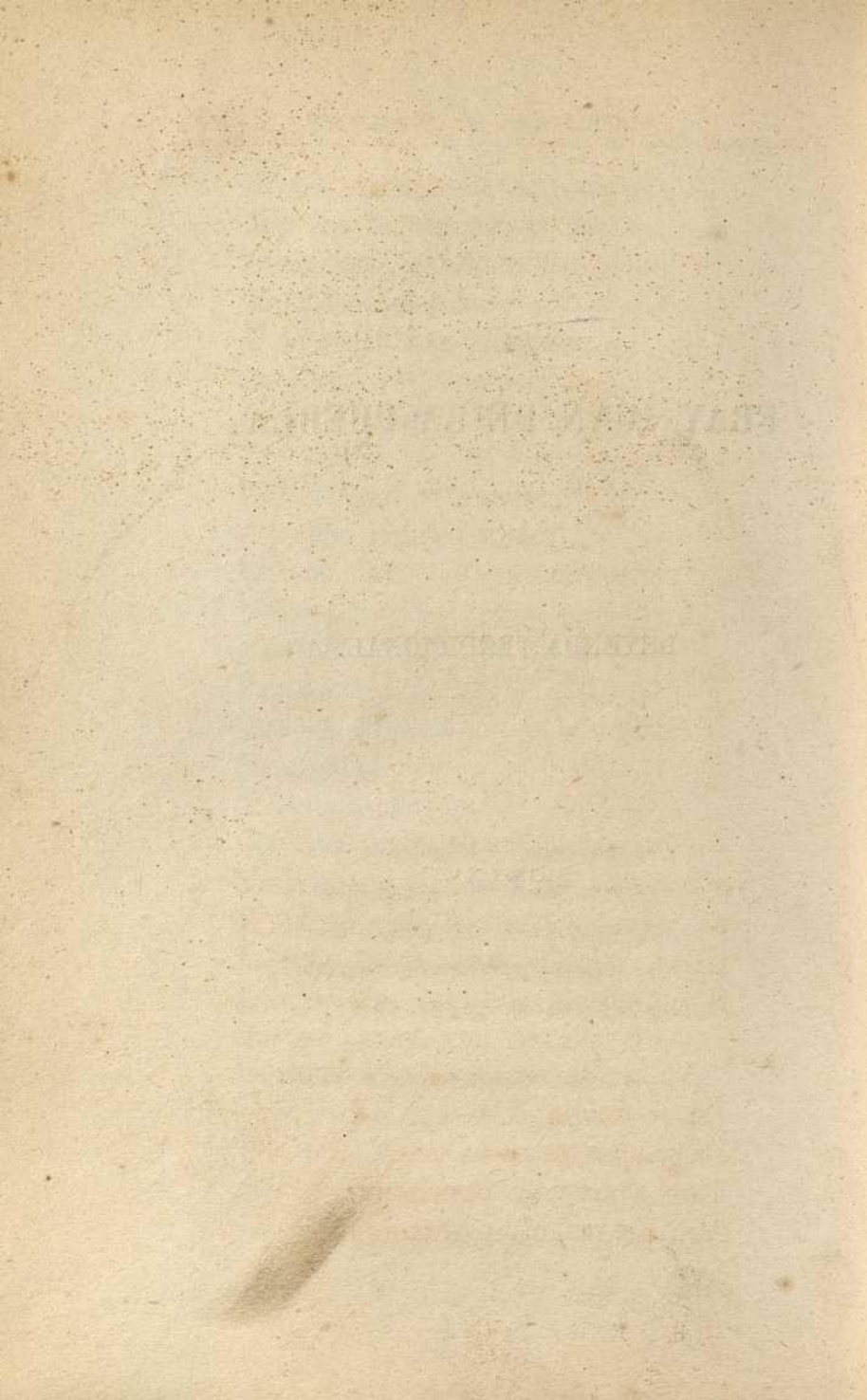
El sol ardiente de Agosto,  
Con sus fuertes rayos dora  
Armaduras y alabardas,  
Brocados, plumas y joyas.  
Y la procesion cerrando,  
Se eleva magestuosa  
De entrambos Reyes en medio,  
*La Virgen de la Victoria.*  
Esa imagen venerada  
A cuyas plantas ahora,  
En sus dichas y en sus duelos  
Málaga humilde se postra.  
¡Descalzos marchan los Reyes,  
Probando á su gente absorta,  
Que de Dios delante, humillan  
Su esplendor y su corona!...  
Y setenta mil guerreros  
Con sus gritos de victoria;  
Y el tronar de las lombardas,  
Y las músicas sonoras,  
Sublime entusiasmo prestan  
A aquella escena de gloria,  
Que recuerdan con orgullo  
Nuestras almas españolas!!...

FRAY JUAN DE LA PUEBLA.

LEYENDA TRADICIONAL.

SIGLO XV.





## I.

¿Nunca visteis coronando  
Nuestras graciosas colinas,  
Su antiguo esplendor mostrando  
Y aun sus almenas alzando,  
De un castillo las ruinas?

¿Y su peñon ceniciento  
No visteis que ya ennegrece  
De los siglos al aliento,  
Donde triste zumba el viento,  
Donde el ave se guarece?

Ya no se escuchan canciones  
En honor de la belleza  
Bajo aquellos torreones;  
Pero adarbes y bastiones,  
Aun pregonan su grandeza.

Cuando pasais arrastrados  
Por el ligero vapor  
Bajo sus muros gastados;  
Al mirarles derrumbados  
Por el tiempo asolador,

¿Gratas visiones añejas  
No adivina vuestra mente  
Tras aquellas tapias viejas;  
Y fantásticas consejas  
De otra edad y de otra gente?

¿Y no pensais que suspira  
Al pié de goda ventana,  
La melancólica lira  
De fiel trovador que admira  
A su apuesta castellana?

Ya no salen los señores  
A correr la mora tierra  
Con sus vasallos mejores,  
Ni resuenan los clamores  
De aquellos hombres de guerra.

Ya á la lumbre del hogar  
No se escucha al caballero  
Sus aventuras contar,  
Ni de prodigios hablar  
Al fatigado romero.



Ya no hay sangrientas jornadas  
Entre señor y señor,  
Ni pendencias ni algaradas,  
Ni vé sus tierras taladas  
El honrado labrador.

Ni festines ni alegrías  
En sus desiertos salones;  
Ni de la paz en los días  
Se aperciben monterías  
Con perros y con halcones.

No cruzan aventureros  
Por sus arcos ogivales;  
Ni pages ni mesnaderos,  
Ni galantes escuderos  
Tras las damas principales.

Ya no relinchan corceles,  
Ni hay tumultos ni asonadas  
Ni guerras con los infieles,  
Ni enamorados donceles,  
Ni doncellas desoladas.

En sus altivos blasones,  
Anidan las golondrinas;  
Se rinden los artesones,  
Y velan sus murallones  
Las seculares encinas.

Pero tambien cobijando  
La rota techumbre oscura,  
Se posa un ángel llorando,  
Sobre las torres alzando  
Sus alas de nieve pura.

El conserva las memorias  
De aquella piedra sombría;  
Sus románticas historias:  
Que es el ángel de las glorias;  
El ángel de la poesia...

---

En una fértil llanura  
De altos montes circundada  
Y cubierta de verdura,  
Ufana con su hermosura  
Por tres arroyos regada,

Entre oscuros olivares  
De la cordobesa sierra  
Donde hubo un tiempo alminares,  
En uno de los lugares  
Mas amenos de la tierra,

Sobre modesta colina  
Entre risco y montecillo  
Que pobre aldea domina,  
Contéplase la ruina  
De formidable castillo.

Fué una antigua fortaleza  
Al par que lujoso alcazar,  
Do brillaba la riqueza,  
Y á la cual por su belleza,  
Le nombraron *Belalcazar*.

Un gran Maestre altanero  
Sus murallas levantó,  
Que cumplido caballero,  
Contra el moro, buen guerrero,  
Largo tiempo peleó.

Y mi cuento al comenzar,  
Cuando Castilla gozaba  
Fama y ventura sin par,  
Pues que su pueblo á mandar  
La grande Isabel llegaba,

Aquella mole severa  
Cual la villa, por señor,  
Donoso garzon tuviera,  
Cuyo ilustre nombre era  
Don Juan de Sotomayor. (1)



Una página arrancada  
A los ráncios cronicones  
Te vá á ser lector mostrada,  
Con el encanto adornada  
De agüeros y tradiciones.

Y si vieres algun dia  
El fuerte de que hablo yo,  
Recuerda la historia mia,  
Y á la que en ruda poesía,  
Su pasado te contó.

## II.

Gentil estaba el buen conde,  
El conde de Belalcazar,  
En una tarde de Mayo  
Azul, trasparente y clara.  
Era Don Juan un mancebo  
De apostura tan bizarra,  
De procederes tan nobles  
Y de prendas tan hidalgas,  
Que ningun señor, ninguno,  
De los de aquella comarca,  
Ni en gallardia le vence,  
Ni en destreza le aventaja.  
Nadie cual él, á las fieras  
Dar sabe en el monte caza;  
Nadie cual él en torneos,  
Nadie cual él en batallas.

Como trovador insigne,  
Tañe con primor el arpa;  
Como guerrero valiente,  
Maneja robusta lanza.  
Fiestas ofrece á sus deudos  
En su riquísimo alcázar,  
Donde reina la alegría,  
Do ostenta el lujo sus galas.  
Todos admiran su fausto,  
Todos su valor ensalzan,  
Y sus contrarios le temen,  
Y le distinguen las damas.  
En esta tarde, en el patio  
Del castillo cabalgaba,  
Sobre un caballo brioso  
Que ya impaciente piafa,  
En cuyo agudo relincho,  
En cuya ardiente mirada,  
La pujanza se percibe  
De la cordobesa raza.  
Luciente cota ceñia,  
Rica veste recamada,  
Y limpio casco de acero  
Que su rostro recataba,  
Cuya cimera la forman  
Condal corona dorada,  
Con un ligero penacho  
De plumas jaldes y blancas.



Cuatro escuderos antiguos  
Con dos pages le acompañan,  
Que tras él respetuosos  
El puente ferrado pasan,  
Y galopando se alejan  
De la sierra por la falda.  
¿A donde vá el castellano  
Sin guerreros y con armas?  
¿Es quizás á algun torneo  
Ó á algun festin que preparan?  
Es á un banquete que un noble  
En vecino fuerte daba,  
Para lucir el boato  
De su tren y de su casa.  
Un señor que de la córte  
Há poco tiempo llegara,  
Cansado ya de negocios  
y de intrigas cortesanas.

---

En una estancia opulenta  
Del castillo de Don Alvar,  
Que así nombran al hidalgo  
Que el banquete y fiesta daba,  
Osténtase rica mesa  
Para el festin preparada,

Donde los vinos relucen  
En grandes copas de plata.  
Del salon en un extremo  
Algunos nobles se hallan,  
Que de caballos platican,  
Y de guerras, y de cazas.  
Otros, en opuesto lado  
Rodean al buen Don Alvar,  
Y de los reyes preguntan,  
Y de las guerras de Italia.  
Y en las anchas galerias  
Y lujosas antecámaras,  
Bullen pages y escuderos,  
Y dueñas y Maestre-salas:  
Oyose largo ruido  
De espuelas y de pisadas,  
Y con noble continente  
Entró Don Juan en la estancia.  
Despues de algunos instantes  
Se abrieron dos puertas anchas,  
Y mas hidalgos penetran,  
Penetran hermosas damas;  
Y el tapiz por fin alzando  
Que un camarín ocultaba,  
—«La condesa:» gritó un page,  
Con voz reverente y clara.  
—«La condesa...» repitieron  
Todos, que verla anhelaban;

Pues no conoce ninguno,  
A la hermosa castellana.  
Bella en verdad aparece;  
Su toca cual nieve blanca,  
De ángel un rostro circunda  
Que anima púdica gracia.  
Y la esbeltéz de su talle  
Un largo brial realza  
De celeste terciopelo,  
Que rico brocado esmalta.  
Dos dueñas de grave porte  
A la señora acompañan,  
Y su esposo á recibirla  
Cariñoso se adelanta.  
Don Juan que á todos los nobles  
En cortesía aventaja,  
Anhela ser el primero  
En saludar á la dama.  
Llega, inclínase ante ella,  
Ambos fijan sus miradas;  
Ella se turba un momento,  
Y él dice:—«Cielos... Constanza!...»  
Mas con galante saludo  
Su conmocion ocultara,  
Y todos en el banquete  
A ocupar sus puestos pasan.  
Allí reinó la alegría,  
Allí brindis se cruzaran,



Mas pensativos contemplan  
Al conde de Belalcazar.  
Despues, cuando en el sarao  
Nobles y hermosas danzaban  
Brillando sus ricos trages  
A la lumbré de las lámparas,  
Cuando era todo bullicio,  
Cuando era todo algazara,  
Él en el hueco apoyado  
De una gótica ventana,  
Como sombras las figuras  
De aquel cuadro contemplaba,  
Y clavábanse indiscretas  
Sus pupilas abrasadas,  
En las azules pupilas  
De la condesa Constanza.

---

Mas tarde de su castillo  
El ancho puente pasaba,  
Y al resplandor de la luna  
Desde su condal estancia,  
Las fuertes torres observa  
Del palacio de Don Alvar;  
Y allí absorto le sorprende  
Con sus fulgores el alba,

Embebido en las memorias  
De los días de su infancia.  
Sin comprenderlo, suspira;  
Siente oprimírsele el alma,  
En la cual, encantadores,  
Mil recuerdos se levantan;  
Hasta que el ángel del sueño  
Tendiendo sus leves alas,  
Aduerme su fantasía  
Entre ilusiones amadas.





### III.

Y mientras el conde sueña  
Con su niñez alhagüena;  
Mientras soñando se olvida  
Que es ya para siempre huida  
Su esperanza mas risueña,

A la memoria traer  
Podremos la grata historia  
De su infancia, y comprender  
Porqué le hace padecer  
Aquella dulce memoria.

En esos dias dichosos  
De la edad siempre querida  
Que se alejan presurosos,  
En los años venturosos  
De la aurora de la vida,

En esa infantil edad  
De alegría y de candor  
Y grata felicidad,  
En que es el placer verdad,  
En que es mentira el dolor;

Cuando hay flores y no abrojos,  
Cuando no alteran la calma  
Ni desencantos ni enojos,  
Ni lágrimas en los ojos,  
Ni pasiones en el alma,

Gozoso el conde vivia,  
Y en el castillo crecía  
Bajo el materno cuidado,  
A las artes entregado  
Que á su rango convenia.

Como cumple á caballeros,  
En el caballo y la lanza  
Le adiestraban los guerreros,  
Y en él, sus fieles pecheros  
Colocaban su esperanza.

En otro fuerte almenado  
Por un rio separado  
De su castillo y su villa,  
Un hidalgo de Castilla  
Valeroso y arruinado,

Tranquilo y feliz moraba  
De armas y negocios lejos;  
De la corte se olvidaba,  
Y su ventura cifraba  
Tras aquellos muros viejos,

En una adorada esposa,  
Y en una niña nacida  
En esta tierra dichosa,  
Tan alegre y tan hermosa  
Como su patria querida.

Y por Dios que se digera  
Que un rayo de sol formó  
Su dorada cabellera,  
Y que á la rosa hechicera,  
Su vivo carmin robó.

El límpido azul copiaron  
Sus ojos, del puro cielo,  
Donde sus luces brillaron,  
Y cuyos rayos templaron  
De las pestañas el velo.

Y crecía la doncella,  
De su edad en los albores  
Siendo del valle la estrella;  
La flor mas pura y mas bella  
De la tierra de las flores.



Cuando la tarde caía,  
Con una dueña salía  
Y al fresco prado bajaba,  
Donde el perfume aspiraba  
Del campo de Andalucía.

Allí al misero indigente  
Tendía su blanca mano  
Ausiliándole clemente,  
Y bendecían su frente  
El huérfano y el anciano.

Y siempre en el bosque umbrío  
O en las orillas del río,  
Al volver, al conde hallaba  
Que cual ella paseaba  
Todas las tardes de estío.

Algun preceptor severo  
Al joven señor seguía,  
Que ya garrido y ligero  
Sobre su caballo obero,  
Por la llanura corría.

Pero siempre se apeaba  
A los pies del montecillo  
Donde el fuerte se asentaba,  
Por do la niña pasaba  
Para volver al castillo.

En sus juegos infantiles  
A su placer entregados,  
Aquellos niños gentiles  
Gozaban en los pensiles  
Alegres y descuidados.

Y el dulce y feliz acento  
De sus voces y sus risas,  
Se mezclaba con el viento,  
Y con el blando lamento  
De las hojas y las brisas.

Flores el conde arrancaba  
De aquellas sierras amenas  
Con que guirnaldas formaba,  
Y á la hermosa coronaba  
De silvestres azucenas.

Mas los años trascurrieron,  
Entrambos niños crecieron,  
Y él mas apuesto, y mas bella  
Y mas seductora ella,  
Con los nuevos años fueron.

Catorce abriles contaba  
La jóven encantadora;  
Él, en diez y seis frisaba,  
Y ya en sus frentes brillaba  
De la juventud la aurora.

Una tarde el caballero  
Triste vagaba y á pié  
Sin preceptor ni escudero,  
Por el florido sendero  
Donde á la doncella vé.

Los ojos de vez en cuando  
Hácia el castillo volvía  
A alguien sin duda esperando,  
Y en algo quizás pensando,  
Por la colina subía.

A la antigua fortaleza  
Distraído se acercaba;  
Y del bosque en la maleza  
Vió que la gentil belleza  
Hácia él, ligera llegaba.

—«Gracias á Dios;» dijo el conde,  
Que al fin quiere que te halle;  
¿Por qué tu beldad se esconde?  
¿Dónde has estado? responde;  
No has ido al rio ni al valle?...»

—«No;» la niña respondía  
Con tristeza;—«no salí  
De mi estancia en todo el día;  
Y vengo... porque... quería...»  
—«¿Qué?»—«Despedirme de tí.»



—«¿Dejas esos muros viejos?  
Quizás tus padres irán  
De Córdoba á los festejos...»  
—«No, Juan, que será mas lejos;  
Mucho mas lejos, mi Juan.

«Mi padre que ya olvidado  
Há muchos años vivía  
De negocios separado  
Y en su castillo encerrado  
Feliz su vida corria,

«Sus vasallos y su tierra  
Y nuestra querida sierra,  
Deja, saliendo mañana  
Con la hueste castellana  
Para la distante guerra.

«Que ya cansado se siente  
De esta solitaria vida;  
Y allá á la Italia, valiente  
Quiere marchar con su gente  
Tras la gloria apetecida.

«Mi madre y yo partiremos  
A la córte; pues allí  
Deudos y amigos tenemos,  
Y no quiere que quedemos  
Mi padre, solas aquí.

«Ya con el gran capitán  
Se embarcan en las galeras  
Los hidalgos que allá van;  
Fuerza es dejar mis riberas,  
Mi valle y mi río: Juan.»

—«Con que partes... ¡cuán hermosa,  
Dijo el conde, brillará  
Allá en la corte dichosa,  
La pura y naciente rosa  
Que encanto á la sierra dá!...

«Allí dicen que hay placeres  
Cuantos sueña el pensamiento;  
Lucirás, pues bella eres;  
Serás feliz; ¿mas qué quieres?  
Pienso alegrarme y lo siento.

«Lo siento; ya en la pradera,  
No hallaré tanta fragancia  
La vecina primavera,  
Sin mi dulce compañera,  
Sin mi amiga de la infancia.

«Ya por los montes aquellos  
Vagaré triste y á solas,  
Sin verte jamás en ellos;  
Ya no ornaré tus cabellos  
De azucenas y amapolas.

«Ya nunca á los ruiseñores  
Oiremos cantar aquí  
De la luna á los fulgores...  
¡Qué tristes serán las flores!...  
¡Qué tristes serán sin tí!...»

—«Yo tambien siento dejar  
Este apacible lugar  
De la córte por el brillo;  
Y aquese viejo castillo  
Que abandono con pesar.

«Mas vivirán en mi mente  
De estos lirios los aromas;  
De ese arroyo la corriente;  
Esa colina, esa fuente,  
Donde beben las palomas.

«Y aun mas; nunca olvidaré  
En el suelo castellano  
Al amigo que dejé;  
El que siempre tierno fué  
Mas que un amigo, un hermano.»

—«¿Conservas Constanza mia  
Algunas flores de aquellas  
Que te daba cada dia,  
Y que para tí cogia  
Entre las flores mas bellas?



—«Sí.»—«Pues guárdalas, hermosa;  
Y al volver de los torneos,  
Contempla una mústia rosa,  
Y recuerda cariñosa  
Nuestros alegres paseos.»

—«¡Oh, sí; que nunca en mi vida  
Nuestra infancia olvidaré...»  
—«Y yo, tu imágen querida,  
Siempre en la sierra florida  
Como en mi pecho veré.»

—«Adios Juan.»—«Adios Constanza;  
Adios; mi mente no alcanza  
Porqué el alma se estremece...  
¡Ay Constanza!... me parece  
Que te llevas mi esperanza!...»

---

Así el mancebo decia;  
Las lágrimas contenia,  
Y de la niña amorosa,  
Bajo su mano ardorosa,  
Temblar la mano sentia.

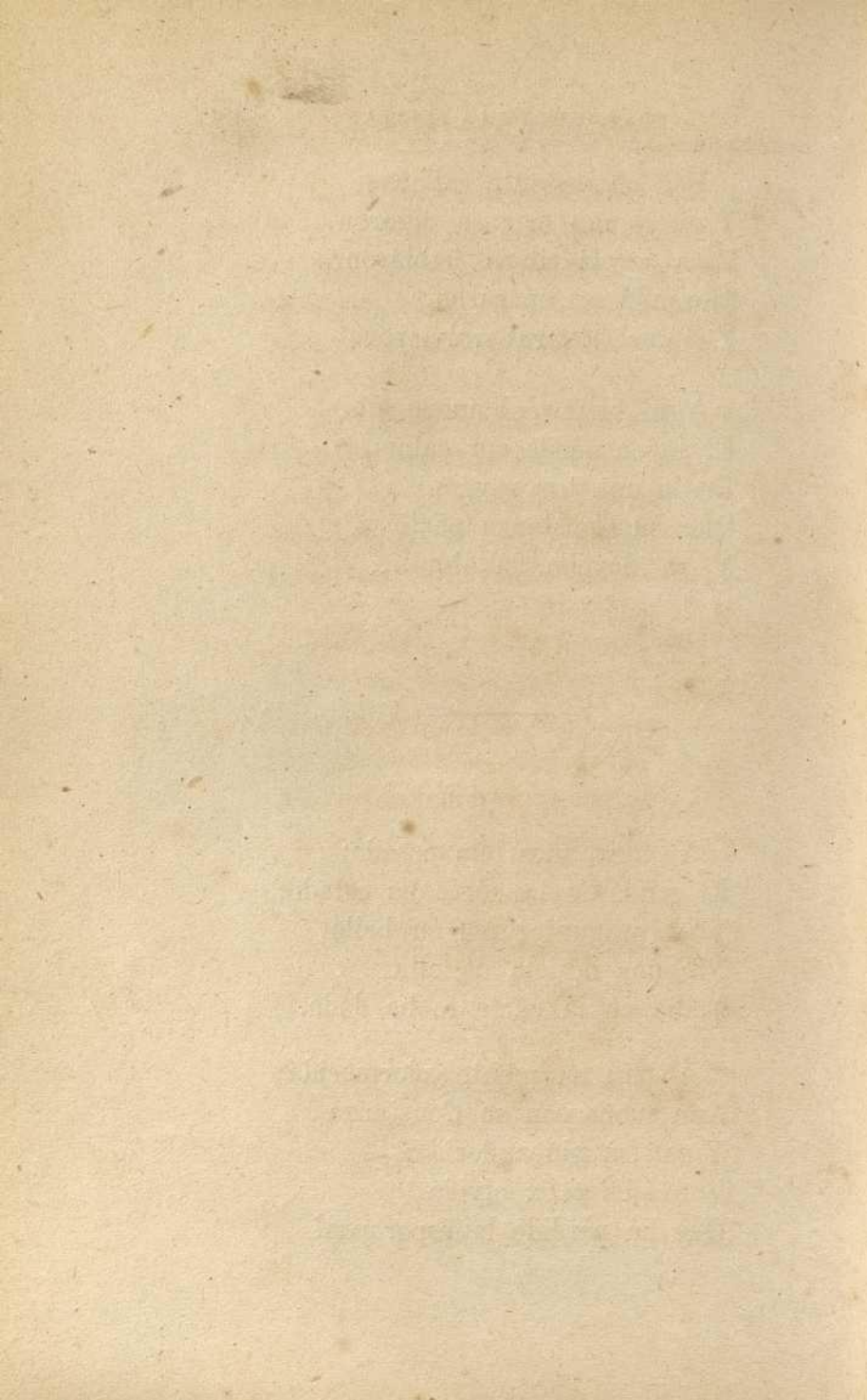
Por un instante callaron;  
Y en él aun mas se digeron,  
Pues sus lágrimas hablaron...  
Llorando se separaron,  
Y á sus hogares volvieron.

Y al brillar el nuevo dia  
El jóven conde sin calma,  
Desde una torre veia  
Que su Constanza partia  
Y se llevaba su alma!...

---

Ya diez años han pasado;  
El conde en la córte ha estado,  
Y al preguntar por su bella,  
Ninguna noticia de ella  
Nadie en la córte le ha dado.

Y hoy su mente adormecida  
Aun sueña con su Constanza  
Y con su niñez florida;  
Pero el infeliz olvida  
Que ha perdido la esperanza!





#### IV.

¿Quién al vogar por los mares  
Borrascosos de la vida,  
Su adolescencia querida  
No recuerda con placer?  
¿Y quién con amor no torna  
Al retiro silencioso,  
Que aun conserva misterioso  
Ese recuerdo de ayer?

El castillo ceniciento  
Entre encinares velado  
Donde aquel noble olvidado  
Tranquilo y feliz moró,  
Donde Constanza creciera  
De la sierra entre las flores,  
Al perder á sus señores  
Todo su encanto perdió.

Ya en la graciosa colina  
Por donde niña bajaba  
Y donde al conde encontraba  
De los valles al volver,  
Los huertecillos no existen  
Que placenteros formaron,  
Y sus rosas se agostaron  
Para nunca florecer.

Mas en los álamos verdes  
Los nombres se contemplaban,  
Que ellos un tiempo gravaban;  
Un tiempo de bien fugaz.  
Y aun gemia el vientecillo  
Entre las selvas sombrías,  
Como en los plácidos dias  
De la inocencia y la paz.

---

En una tarde apacible  
De esas límpidas y bellas,  
Una tarde como aquellas  
De juvenil ilusion,  
Por la ribera una dama  
Y antigua dueña subian,  
Y dos pages las seguian  
Con birrete y con blason.

Iba la dama ligera  
Por la colina trepando,  
De su infancia recordando  
La envidiable soledad;  
Y entre la brisa olorosa  
Que sus rizos agitaba,  
Aun creía que aspiraba  
Los perfumes de otra edad.

Al fin, del fuerte atraviesan  
Las antiguas galerías,  
Por las cuales otros días  
Alegre turba cruzó;  
Y por la que ya tan solo  
Estiende su vuelo errante,  
La golondrina constante  
Que en sus torres anidó.

Y en el hogar apagado  
A cuya lumbre escuchaba  
Al romero que tornaba  
Sus aventuras contar,  
Donde en las noches de invierno  
Mientras la lluvia caía  
Al fiel trovador oía  
Raras historias cantar,



Triste, absorta permanece:  
Que allí de su noble padre,  
Allí de su tierna madre  
Las sombras augustas vé;  
Y de sus cándidos ojos  
Dos puras lágrimas ruedan,  
Que solo en su pecho quedan,  
Memorias del bien que fué.

Desde la altiva muralla  
Tras de las pardas almenas  
Do tantas noches serenas  
La blanca luna admiró,  
Contempla el vasto horizonte  
Que magnífico se estiende,  
Y el rojo sol que descende,  
Y así á la anciana le habló:

—«¿Recuerdas Guiomar, recuerdas  
Los crepúsculos suaves  
En que entonaban las aves  
Su dulcísimo cantar,  
Cuando contigo risueña  
A los villares bajaba  
Y venturosa cruzaba  
El verdinegro olivar?

«¡Oh mi Guiomar! ¡cuán distintos  
Eran los días aquellos,  
En que de los prados bellos  
Gozábamos el verdor!  
En que pasaban los años  
En tranquila bienandanza,  
Sin zozobra ni esperanza,  
Sin afanes ni temor.»

—«Señora, Guiomar repuso;  
Cuando á Italia vos partisteis  
Do vuestro padre perdisteis  
Esposo digno al hallar,  
¿Cómo imaginar que un tiempo  
A estas montañas tornárais,  
Y que siempre os acordárais  
De vuestra pobre Guiomar!»

—«¡Oh cuantas horas de luto  
Cubrieron mi amarga vida!  
Mi madre, Guiomar querida  
Presto en Castilla murió;  
Y yo con mi anciano padre  
Partí para estraña tierra,  
Donde el furor de la guerra  
Con estruendo resonó.



«Un día, ¡día terrible!  
Con una profunda herida,  
Mi padre casi sin vida  
Cayó en la tremenda lid;  
Y yo le ví moribundo...  
Y sus palabras postreras,  
Cual santas leyes severas  
Resonaron para mí.

«Al par que yo, le velaba  
Un ilustre caballero,  
Que allá en el combate fiero  
Viólo á su lado caer:  
Él, de consuelos amantes  
Mi triste pecho inundaba,  
Y del anciano endulzaba  
El acerbo padecer.

«Y cuando de nuestros brazos  
Arrancábale impia muerte,  
Con débil voz, de esta suerte  
Por última vez habló:  
—«Don Álvaro, vos sois noble;  
Sobre esta tierra apartada  
Mi hija queda abandonada;  
Velad por ella cual yo.»



«Entonces el buen hidalgo,  
Mi trémula mano asiendo  
Y de rodillas cayendo  
Ante el lecho, dijo así:  
—«Yo por el Dios que nos oye  
Hacerla mi esposa os juro;  
Morid Don Pedro seguro,  
Que otro padre tendrá en mí.»

«Así, generoso apoyo  
En mi orfandad me tendia;  
De mi padre la alegría  
Brilló en la pálida faz:  
Espirante nos bendijo;  
Y nuestras manos uniendo,  
Su alma de la tierra huyendo  
Subió á los cielos en paz!...»

Calló aquí doña Constanza;  
Y de su pupila hermosa,  
Una lágrima amorosa  
Tranquila se deslizó:  
Fijando en la casta luna  
Melancólica mirada,  
En su recuerdo estasiada  
Por largo tiempo quedó.

Mas una voz conocida  
Que una trova ó un lamento  
Lanzaba débil al viento,  
La hizo en sí propia volver.  
Pues esa antigua balada  
Es de su infancia la historia;  
Es una grata memoria  
De su existencia de ayer.

—«¿Escuchas Guiomar?» la dama,  
Dijo confusa á su dueña;  
«Es la cancion halagüeña  
Que otro tiempo entoné yo.»  
—«La trova, Guiomar responde,  
Que en este sitio, á esta hora,  
Don Juan para vos, señora,  
Enamorado cantó.»

—«¡Oh! partamos, dueña mia!...  
No debo escucharla hoy,  
Pues ya la niña no soy  
Que se la supo inspirar;»  
Dijo en su litera entrando;  
Y bajo su blanco velo,  
Oculta la faz de cielo  
Un sollozo al exhalar.

Pero al bajar la colina,  
Como otro tiempo dichoso,  
Al jóven conde amoroso  
Sobre su caballo vió:  
Con respeto saludola;  
Y un suspiro lastimero,  
El infeliz caballero  
Dentro de su pecho ahogó.

---

¿Porqué el conde aun amante vagaba  
A la falda del monte feráz?  
¿Y la trova porqué recordaba  
Que otro tiempo entonara fugáz?

¿Porqué en mágico sueño estasiado  
Halagaba su blanca ilusion?  
¿Porqué ¡ay cielos! porqué, si ha dejado  
La ventura su gran corazon?

Por los sitios do grato vivia  
Su recuerdo constante de ayer,  
Al tornar solitario, sentia  
Inefable, tranquilo placer.



¿Mas qué fué de su encanto querido?  
¿Por qué triste abismado en su mal  
Há la calma bendita perdido,  
Corre en pos de insensato ideal?

¿Tanto puede un recuerdo borrado  
De la dulce apacible niñez?  
¿Era un fuego ya casi apagado  
Que potente renace otra vez!...

Solo busca su vista un objeto,  
En el agua, en la selva, en la flor;  
Y ocultando implacable secreto,  
Vierte á solas su llanto de amor.

Y al vagar por los gratos lugares  
Que admiraran su bien y solaz,  
A ellos cuenta sus lentos pesares;  
A ellos pide del alma la paz.

En la orilla del plácido rio,  
La paz busca que rápida huyó;  
La paz busca en el bosque sombrío;  
La paz ¡ay! que por siempre perdió...

Y ni selvas, ni rios, ni flores  
A su pecho la pueden volver;  
Todo en mudo lenguaje de amores,  
Solo alcanza su duelo acrecer.

---

¡Ay del hombre sin dicha entregado  
A violenta indomable pasión!  
¡Ay del hombre á luchar condenado  
Con su mísero y fiel corazón!





V.

Es una hermosa mañana;  
Huyen los luceros tímidos,  
Ante el sol que alza brillante  
Por el Oriente su disco.  
Torna la sierra á la vida;  
En los bosques escondidos,  
Cantan alegres las aves,  
Corren bullendo los rios.  
Ábrense á la luz las flores,  
Y abandonando sus nidos,  
Cruzan águilas caudales  
El ancho espacio vacío.  
Y ya pages y escuderos  
Con canciones y con gritos,  
Grande algazara promueven  
De Don Juan en el castillo.

Los alazanes adornan  
Con caparazones ricos,  
Y con ligeros penachos  
Que acaricia el vientecillo.  
Doquier, arneses se admiran;  
Doquier, ricos atavios,  
Y cintas de mil colores,  
Y lanzas de acero fino.  
Del conde los escuderos,  
Limpian las armas activos,  
Y alegres corren sus potros  
Los jóvenes pagecillos.  
Unos, ornan sus birretes;  
Otros, sus cascos bruñidos;  
Este, la malla se viste;  
Aquel, suspende un anillo;  
Y caballeriza y parque  
Son confuso laberinto  
De voces y de pisadas,  
De carreras y relinchos.

---

Tan solo Don Juan en tanto,  
Triste, absorto, pensativo,  
Abismado permanece  
En pensamientos distintos.

Y es, que aquese movimiento,  
Aquese marcial ruido,  
Aquellas galas que brillan,  
Aquellos preparativos,  
Un grato festin anuncian  
Que dar quiere en su delirio,  
A la hermosa de sus sueños,  
Al bien que llora perdido;  
Pues todos los ricos-hombres  
De los estados vecinos,  
Festejan á los ilustres  
Y nobles reciénvenidos;  
Y él, mas que todos galante  
Oculta su mal impío,  
Y un gran torneo prepara  
En su opulento castillo.  
Por eso corren los pages;  
Por eso es todo bullicio,  
Y llora Don Juan á solas  
Sus amantes desvarios.

---

En tanto el sol avanzaba  
A mitad de su camino,  
Dando mas vida á la selva,  
Dando á las flores mas brillo.



Todo animacion respira;  
Y los señores, festivos,  
En el alcázar penetran  
De sus donceles seguidos.  
Este, con su verde banda,  
Pinta su esperanza altivo;  
Aquel, con la azul, demuestra  
De los celos el dominio.  
Y llegan despues las damas,  
A cuyas plantas rendidos,  
Los caballeros ofrecen  
Bandas, cintas y albedrio.  
De Doña Constanza allí,  
Luce el rostro peregrino,  
Siempre envidia de las bellas,  
Siempre de beldad prodigio.  
Don Juan entra en el palenque  
De cuatro pages seguido,  
Y aunque gallardo se muestra  
Y es en lo cortés el mismo,  
Todos notan en sus ojos  
Algo de triste y sombrío;  
Todos su divisa estrañan,  
Y alegórico vestido;  
Veste recamada luce  
Del color verde-amarillo,  
De que se tiñen las hojas  
Pasado el ardiente estío,

Cuando suspirando caen  
De sus árboles queridos,  
Al soplar las blandas brisas  
Hijas del otoño tibio.  
Sobre su casco acerado  
Brillante como el sol mismo,  
De color igual, el viento  
Agita penacho rico.  
Y en su escudo por divisa,  
Un árbol vése marchito;  
De él ruedan las hojas místicas,  
De él huyen los pajarillos.  
Debajo se ostenta solo  
Un verso por mote escrito,  
En que con asombro leen:  
*«Está mi pecho lo mismo...»*  
Pero los clarines suenan;  
Dáse á la fiesta principio;  
Y en vez de lanzas fornidas,  
Los hidalgos aguerridos,  
Débiles cañas manejan  
Con las que muestran su brio.  
Todos el color que eligen  
Honrar quieren atrevidos,  
Y en los ojos de sus damas  
Buscan al valor estímulo.  
Aquí, miradas se cruzan;  
Allí, se cruzan suspiros,

La animacion acreciendo,  
De la fiesta entre el bullicio.  
Luego que rompen las cañas,  
Corren ramos y morillos,  
Que á sus damas cual trofeos  
Ofrecen despues rendidos.  
Don Juan su caballo deja,  
Y subiendo al balconcillo  
Donde está Doña Constanza  
Que es su vida y su martirio,  
Ante ella de hinojos puesto  
Enamorado le dijo:

—«Vos señora sois la reina  
De este festin que os dedico;  
Vos que sois el ástro bello  
Que dá á la sierra atractivo,  
Aceptad esta sortija;  
Yo condesa os lo suplico,  
Por nuestra amistad pasada,  
Por nuestra amistad de niños.»  
Besó su mano galante,  
Ella recibió el anillo,  
Pero de carmin cubrióse  
Su megilla al recibirlo.  
Dióle las gracias modesta;  
El conde lanzó un suspiro,  
Y de Don Alvar los ojos  
Que tiene sobre ellos fijos,



Estraña espresion tomaron;  
Palideció de improviso,  
Dándole fuerte y convulso  
El corazon un latido.

---

En su cámara lujosa  
Don Alvar con voz sombría,  
Aquella noche decia  
A su bellissima esposa:

—«¿Qué amistad señora es esa  
De la que el conde os habló  
Cuando la sortija os dió?...  
¿No me respondeis, condesa?

«Vos al conde conocíais;  
Pero ¿porqué ¡vive Dios!  
Tambien os turbásteis vos  
Cuando al conde respondíais?»

—«¿Turbarme decís? no á fé;  
Yo le conocí, es verdad,  
Allá en la primera edad  
Que en estos valles pasé.

«Desde entonces, hasta ahora  
Que no le he visto sabeis:  
Pero acaso dudareis...»  
—«¿Y sus colores, señora?

«Ya visteis que en su blason  
Un árbol seco lucia,  
Y que en el mote decia:  
*Tal está mi corazon.*

«El verde triste y oscuro  
Que esmalta las hojas yertas,  
¿De sus ilusiones muertas  
No es el emblema seguro?

«¿Y acaso no se os alcanza  
Que sus perdidos amores  
Rueden como secas flores  
Del árbol de su esperanza?»

—«Bien puede ser:» la señora  
Con voz dulce contestó;  
«Mas su historia, no sé yo  
Qué os hace pensar ahora.

«¿Dudais de mi honor quizás?  
¡Oh Don Alvar!... si así fuera  
Mi vida gustosa diera  
Porque no dudárais mas!»

—De tí no, Constanza mia;  
Pero ví la turbacion  
Con que imprudente, traicion  
A sus secretos hacia.

«El dolor ó la tristeza  
Veo en sus ojos pintados;  
En sus ojos, que clavados  
Siempre tiene en tu belleza.

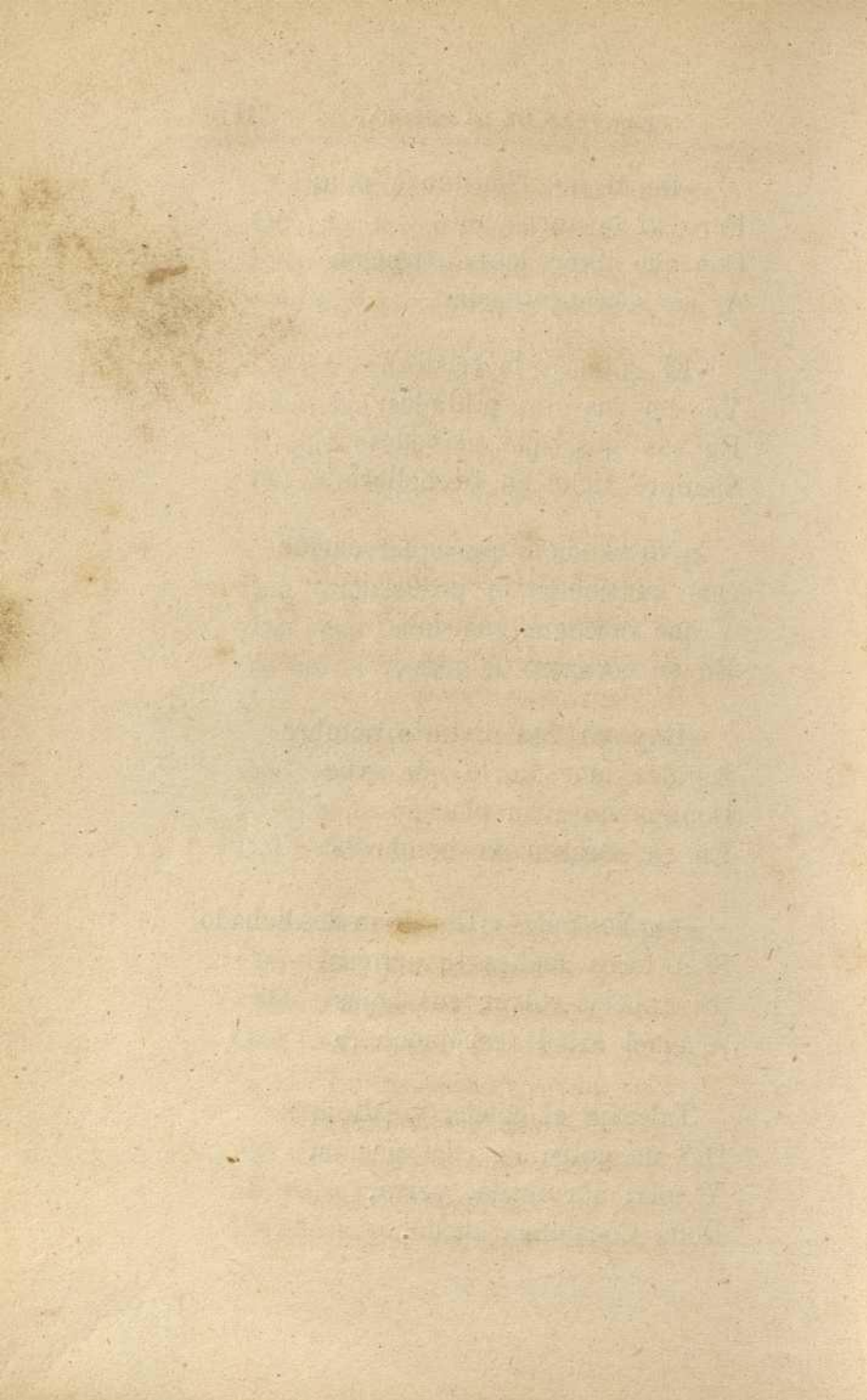
«¿No es fácil que aquel cariño  
Que un tiempo te profesaba  
Y que inocente guardaba  
En su corazon de niño,

«Hoy ya con distinto nombre  
Se alce mas fuerte que ayer  
Dominando á su placer  
En su corazon de hombre?»

—«¡No; no!»—«¡Don Juan desdichado  
Si á locos sueños te arrojas!  
¡Si anhelas volver sus hojas  
A aquel árbol deshojado!...»

Tal dijo el conde, y salió;  
Dió un golpe la rica puerta,  
Y sola, abrumada, yerta,  
Doña Constanza quedó.





## VI.

¡Ay triste del que siente  
La llama de los celos,  
Alzarse allá en su alma  
Turbando su razon!  
¡Ay triste del que vive  
Luchando en sus desvelos,  
Sin que á vencer alcance  
Su amante corazon!

¡Ay del que acoge incauto  
Una sospecha impía,  
Que crece y se agiganta  
Con impetu cruel!  
¡Ay del que amando muere  
Y llora noche y dia,  
Sin que un suspiro deba  
Lanzar su pecho fiel!

¡Ay del que abriga celos,  
Que róbanle la calma!  
¡Ay del que calla y sufre  
A solas su dolor!  
¡Ay del que á horrible duda  
Entrada dió en su alma,  
¡Y, ay del triste que siente  
Sin esperanza amor!...

---

Así sufriendo entrambos,  
Entrambos tambien callan,  
En lucha desmedida  
Con un eterno afan:  
Así en letal silencio  
Sin reposar batallan,  
Don Alvar con sus celos  
Y con su amor Don Juan.

¡Don Juan! que mas que nunca  
Enamorado, ardiente,  
Cede al impulso loco  
De su fatal pasion;  
Y entre recuerdos dulces  
Su enardecida mente,  
Exáltase forjando  
Un mundo de ilusion.



Por eso repetia  
La trova deliciosa  
Cantada en otro tiempo  
De bien, que huyó fugaz:  
Y llora la edad bella  
Que ya pasó dichosa,  
Y llora la dulzura  
De su perdida paz.

Borrar en vano intenta,  
Inquieto, delirante,  
La imágen seductora  
De la beldad gentil;  
A cuyo influjo siente,  
Pues que la adora amante,  
Adormecerse el alma  
Entre delirios mil.

¡Mas ay! que mientras sueña  
En ciego desvario,  
Hay otro que en sus ojos  
Leyendo está su mal.  
Y que sumida el alma  
Tiene en pesar sombrío,  
Sintiendo de los celos  
El aguijon fatal.

Don Alvar, que confuso  
Sorprende sus miradas,  
Sus lánguidos suspiros,  
Su desdichado amor;  
Y luchan en su mente  
Ideas encontradas,  
Que encienden en su pecho  
La saña y el rencor.

Por eso entrambos nobles  
A odiarse presto llegan:  
La dicha de Don Alvar  
Envidiala Don Juan;  
Y su soñada injuria  
Tanto á Don Alvar ciega,  
Que su despecho insano  
Oculta apenas ya.

¡Ay del que abriga celos  
Que róbanle la calma!  
¡Ay del que calla y sufre  
A solas su dolor!...  
¡Ay del que á horrible duda  
Entrada dió en su alma!  
¡Y ay del triste que siente  
Sin esperanza, amor!...

Era un espléndido día;  
El sol radiante doraba  
Los campos de Andalucía,  
Y el bullicio y la alegría  
Por los montes comenzaba.

Del *Zuja* por las riberas,  
Por los empinados cerros  
Y por las verdes praderas,  
Caza van dando á las fieras  
Hombres, caballos y perros.

Y mientras los cazadores  
La rés en el monte alcanzan  
Que acechan los ojeadores,  
En el viento los azores  
Sobre las aves se lanzan.

Que si al noble caballero  
Faltan contrarios y guerra  
Donde ejercitar su acero,  
Buscarlos sabe altanero  
En el aire y en la tierra.



Por eso por las cañadas  
Y por las hondas quebradas  
Los cuernos suenan y voces,  
Y tropeles y algaradas  
De cazadores veloces.

Y las fieras, escondidas  
En los bosques ignorados,  
Abandonan sus guaridas  
Bramando de furia, heridas  
Por los dardos acerados.

El ciervo al monte se lanza,  
A él se arroja el javalí  
Sin aliento ni esperanza,  
Hasta que la muerte alcanza  
A manos de un hombre allí.

Y no existe mónstruo fiero  
Ni ave sencilla, á quien guerra  
No dé el osado montero,  
Con el halcon ó el acero,  
En el viento ó en la tierra.

Tales son las fiestas, pues,  
Y la alegre montería  
Que dá Don Alvar tal es,  
A sus amigos, cortés,  
A quienes honrar queria.

Que si todos le sirvieron,  
Así á todos corresponde  
Galan, si galantes fueron;  
Y está entre los que vinieron  
De Belalcazar el conde.

Mas falta el sol de la sierra;  
La flor mas encantadora  
Que en aquel valle se encierra,  
Pues que la caza le aterra  
A la sensible señora.

Eso Don Alvar decia,  
Su ausencia así disculpando;  
Pero todo el que lo oia,  
Malicioso sonreia  
De su certeza dudando.

El conde que no le oyó,  
Por la hermosa castellana  
A su esposo preguntó:  
Aqueste se dirigió  
Hácia una selva cercana;

Y,—«para bien contestar  
A lo que anhelaís saber,  
Venid Don Juan al pinar,  
Pues que de honor al tratar  
Solos por Dios ha de ser.»

Dijo con voz alterada.  
Don Juan, sus pasos siguió,  
Y en una selva apartada  
De viejos pinos formada,  
Tras de Don Alvar entró.

Largo tiempo razonaron,  
Empero ninguno oir  
Pudo lo que allí trataron,  
Y como no lo escucharon  
Yo no lo puedo inferir.

Alto conversando están;  
Mas que dicen solo sé,  
Cuando las manos se dán:  
—«Hasta mañana Don Juan.»  
—«Don Alvar, no faltaré.»

Momento despues, salió  
Don Juan, que fuera de sí  
En su caballo montó,  
Y colérico de allí  
A trote largo partió.

---



Iba declinando el día;  
El sol que ya se ocultaba  
Los altos montes teñía,  
Y en sombra el valle yacia  
Que la luna plateaba.

Aun ilumina el otero  
La ya moribunda luz,  
Y á su castillo severo  
Se dirige el caballero  
Sobre un caballo andaluz.

Y en su angustioso pesar  
Hijo de celos y amor,  
Siente su alma desgarrar,  
Pues que ella le manda amar  
Y se lo veda el honor.

Asi, no cuida de nada  
De cuanto alli le rodea;  
Ya está la noche cerrada,  
Y él prosigue su jornada  
Sumergido en una idea.

De repente, un vago son  
Llegado en alas del viento  
Resuena en su corazon;  
Que tocan á la oracion  
Las campanas del convento.

Detiénese el conde y reza  
Los ojos tristes alzando,  
Destocada la cabeza;  
Y á pensar con calma empieza,  
En lo que viene pensando.

Que á un crimen le arrastra vé,  
Quizás su propia razon;  
Aunque necesario fué  
Aceptar; pero con fé,  
Vuelve á Dios su corazon.

Cuando interrumpiendo osado  
La oracion que al cielo ofrece,  
Un hombre mal ataviado,  
Alto, moreno, tostado,  
Ante Don Juan aparece.

—«Hablaros, buen conde, quiero.»  
Dijo; y él le respondió:  
—«En mi castillo os espero.»  
Siguió andando el caballero  
Y el hombre detrás siguió.

Llegaron al recio puente,  
Cayó el pesado rastrillo,  
Pasó el mancebo impaciente  
Y tras él osadamente  
Subió el villano al castillo.

—«Habladme, pues, ¿qué quereis?»  
—«Os hablaré, caballero,  
Cuando á solas os quedeis.»  
—«¿A solas?»—«¿Quizás temeis?»  
—«¡Mal me conoces, pechero!...»

Luces dos pages entraron  
En lámparas de metal;  
Los pages se retiraron,  
Y solos ambos quedaron  
En la cámara condal.

—«Y bien; hablar ya podeis.»  
Dijo; y él le respondió  
Con lúgubre voz:—«¿qué haceis?  
¿Os arrepentís?... ¿no veis?...»  
—«¿De qué me arrepiento yo?»

—«¿No anhelais acaso dar  
La muerte á quien la alegría  
Os supo aleve arrancar,  
Haciéndoos, conde, llorar  
Vuestros celos noche y dia?

«Nadie el duelo ha de saber;  
Yo os presto, Don Juan, mi ayuda,  
¡Ah! ¿no llegais á entrever  
Que vuestra esposa ha de ser  
De Don Alvar la viuda?»



—«¿Quién eres? hombre ó vision  
Que penetras los intentos  
Que abriga mi corazon?  
¿Cómo infernal ilusion  
Leer puedes mis pensamientos?»

—«Eso no te importa, conde;  
Sé todo lo que en tu mente  
Y en tu corazon se esconde;  
A mi demanda responde:  
Lo que tu valor intente,

Protegerá mi poder,  
Calmando tu ardiente afan;  
Daréte gloria, placer...»

—«Mas no alcanzo á comprender...»

—«Veréislo agora Don Juan.»

Dijo: y las luces con furor matando, (2)  
Siniestro rayo de sus ojos lanza,  
Que en el oculto camarín brillando  
A disipar la oscuridad alcanza.

Dió un grito el caballero de pavora;  
Mas las palabras fascinado oía,  
Con que un mundo de bien y de ventura,  
De amores y de triunfos le ofrecía,

Presentándole en mágicas visiones  
Los ensueños de dicha y bienandanza,  
Las brillantes y ricas ilusiones  
De sus días de paz y de esperanza.

Y de quimera en plácida quimera  
Se lanzaba su loca fantasía,  
Mientras que lucha despiadada y fiera  
Entre opuestas pasiones sostenia.

Mas venció el bien: de su estupor saliendo.  
—«Tentador, huye:» confundido exclama:  
Y hácia Dios el espíritu volviendo  
Cuyo poder en su defensa llama,

Firme resiste su halagüeño encanto;  
Firme su saña; su amenaza impia;  
En los pliegues se envuelve de su manto  
Donde la cruz de Alcántara lucia;

Y ante la enseña que ostentó sagrada,  
Dió aquel hombre tan lúgubre gemido  
Y le lanzó tan infernal mirada,  
Que del mancebo se turbó el sentido.

Un momento despues vuelto á la vida  
A solas en su cámara encontróse;  
Que ya la horrible aparicion rendida,  
Como niebla en el viento disipóse.

Huir entonces los enojos  
De su corazon sintió;  
Se humedecieron sus ojos,  
Y ante una imágen, de hinojos  
Humildemente cayó.



## VII.

A la mañana siguiente  
Cuando la aurora brillaba  
Y el rojo sol levantaba  
Tras de los montes su frente,

Dos hidalgos caballeros  
A los que dieran por tales  
Sus aposturas marciales  
Y el crugir de los aceros,

El verde olivar cruzaron  
Ligeros y silenciosos,  
Y entre los pinos frondosos  
De una selva se internaron.

—«De aquí no pasemos ya:»  
Dijo uno con voz de trueno;  
Y el otro de calma lleno,  
Respondióle:—«Bien está.»

—«Tirad, Don Juan, de la espada,  
Y acabemos de una vez:»  
Prorumpió con altivez  
Ya la faz desembozada

Don Alvar, que de mal grado  
La cólera reprimia,  
Cuando á saciarla corría  
Impaciente y despechado.

Y con semblante altanero  
En guardia se colocó,  
Y decidido exclamó:  
—«Acometed; que os espero.»

—«Nunca: nunca; fuera en vano;  
(Huid, pensamientos impios,  
Cual huyen los odios mios:)  
Esta es Don Alvar mi mano.»

Y prosternado Don Juan,  
Al suelo arrojó su espada:  
En él clavó una mirada  
Don Alvar lleno de afan;

Y así un instante pasaron  
En silencio reflexivo,  
Y uno triste y otro altivo,  
Tal diálogo entablaron.

—«¿Qué hicísteis, Don Juan?»—«Señor  
Comprenderlo no podeis.»

—«Esplicármelo debeis.»

—«No lo exijais por favor.»

—«Alzad, Don Juan, ese acero,  
Y cual buenos concluyamos.»

—«Imposible es que midamos  
Nuestras armas, caballero.»

—«Don Juan me admirais á fé;  
Y si otro que vos lo hiciera,  
Que tuvo miedo dijera  
Quien nunca vencido fué.»

—«Y si otro conde, que vos  
Cobarde á mí me llamara,  
Lengua y vida le arrancára,  
Por no oirlo, ¡vive Dios!...»

—«Reñid pues; ¿porqué dudais?  
¿No sabeis ya, por los cielos  
Que tengo en el alma celos,  
Celos que vos inspirais?



«¿Y que cuando el pecho arde  
Con este anhelo profundo,  
No hay imposible en el mundo  
Que su venganza retarde?»

—«Celos tengo tambien yo;  
¿Vos, Don Alvar, ignorais  
Cuando cobarde llamais  
A aquel que nunca temió,

«Que menos valiente fuera  
Si me arrancára la vida,  
Pues aquesta lid reñida  
Connigo no sostuviera?

—«Pero...»—«Lid horrenda; sí;  
Y escuchad, señor, en calma,  
Pues voy á abriros mi alma,  
Cual nunca á nadie la abrí.

«Yo amé con loca pasion  
A vuestra cándida esposa,  
Y aun de su imagen hermosa  
Lleno está mi corazon.»

—«¡Y, osais decir?...»—«Yo la amé  
Con ese casto cariño,  
Con que en otro tiempo, aun niño,  
Mi alma pura le entregué.

«Pasó mi infancia querida;  
Pero nunca se borró  
Su memoria, que quedó  
Con mi esencia confundida.

«Quizás un tiempo existiera  
Ese recuerdo dormido;  
Quizás yo propio he creído,  
Que muerte su sueño fuera.

«Pero llegó á despertar,  
Y, ¡ay! al despertar halló  
Que entre nosotros alzó  
La desventura un altar.

«Entonces, conde, luché;  
Y de mi amor á despecho,  
Quise arrancar de mi pecho  
La imagen que tanto amé.

«Y aunque olvidarla debia,  
Y aunque intentase olvidarla,  
Me era tan dulce el amarla,  
Que amarla siempre queria.

«Por harto tiempo invoqué  
La virtud y la razon;  
Mas al fin á mi ilusion  
Ciegamente me entregué.

«Vos leísteis en mis ojos  
El afán que me afligia;  
Perdisteis vuestra alegría;  
Sentísteis celos y enojos:

«Yo, envidiaba la ventura  
Que os depararon los cielos;  
Cada día vuestros celos  
Crecían cual mi locura,

«Y por eso nos odiamos  
Don Alvar; por eso ayer,  
Tras de tanto padecer,  
A morir nos provocamos.

«Y hoy mismo con saña impía  
Vengarnos quisimos fieros,  
Manchando nuestros aceros  
Con vuestra sangre ó la mía.»

—«Eso mismo anhelo yo;  
Si ofenderme confesais  
¿Porqué, decidme, dudais?  
¿No quereis batiros?»—«No:

«Y aunque sonrojo cual veis  
Me cueste, debo deciros,  
Que solo vine á pedir  
Conde... que me perdoneis.»



—«¿Que os perdone?...»—«No creais  
Que miedo á la muerte guarde;  
Si me teneis por cobarde,  
Juro á Dios que os engañais.

«Pues para dar este paso  
Que no me dicta el temor,  
Es menester mas valor  
Del que imaginais acaso.»

—«¿Creeros cobarde? no tal;  
Que siempre os tuve igualmente,  
Por hidalgo y por valiente,  
Aunque fuérais mi rival.»

—«Y si hoy veis mi digna espada  
A vuestras plantas rendida  
Cual no la tuve en mi vida  
Ni por nadie ni por nada,

«Si el perdon apetecido  
Os ruego con insistencia,  
Para calmar mi conciencia  
Hago aquello, y esto pido.»

Un momento pavoroso  
A esta respuesta siguió:  
Don Alvar lo contempló  
Sorprendido y silencioso;

Mas su espada envaina luego  
Clamando:—«Vivid en calma;  
Pues es muy noble esa alma  
Que hoy admiro, si odié ciego.

«Y plegue al cielo piadoso  
Que ese delirio olvideis,  
Asi en la tierra hallareis  
Ventura, paz y reposo.»

—«Ya mi esperanza ha pasado  
De este mundo; quiera Dios,  
Que seais tan dichoso vos  
Como yo desventurado.»

Y las manos se tendieron  
Un juramento al hacer,  
Y el rencor desaparecer,  
Entrambos nobles sintieron.

Algunas frases cambiaron,  
Dejaron la selva umbria,  
Y la vereda que guia  
A sus castillos tomaron.

---

Pocos dias trascurridos,  
Ante su puerta se hallaban  
Constanza y Alvar, que estaban  
A partir apercebidos.

Y literas y corceles  
Do quiera se disponian,  
Doquier iban y venian  
Pages, dueñas y donceles.

Pero todos ignoraban  
Porqué partir han dispuesto;  
Porqué á la corte tan presto  
Los señores se tornaban.

Constanza llora al perder  
Otra vez su hermosa tierra,  
Al abandonar la sierra  
Do acaso no ha de volver.

Mas los instantes pasaron,  
Y condes, dueñas, donceles,  
De aquellos ricos vergeles  
Para siempre se alejaron.

Y cuando tal sucediera,  
De Don Juan no se sabia;  
Ni adivinarse podia  
A dónde partido hubiera.



Mil comentarios se hicieron,  
Pero nada averiguaron;  
Mil historias se inventaron  
Que por la villa corrieron.

En la aldea y el alcazar,  
Hallarlo, en vano han querido,  
Y nadie sabe qué ha sido  
Del conde de Belalcazar.

### VIII.

Era una noche límpida y serena;  
La blanca luna en el cenit brillaba,  
Y tristemente los dormidos campos  
Con sus rayos purísimos bañara.

Todo es silencio, soledad, reposo;  
Todo en la sierra deliciosa calla;  
Solo se escucha al ruiseñor doliente,  
Que allá en la selva sus amores canta.

Solo se escucha el murmurar suave  
De algun arroyo que su linfa arrastra;  
Solo se escuchan los amantes besos  
Con que á las flores acaricia el aura.

¡Dulce silencio que á pensar convida!  
¡Noche tranquila de apacible calma!  
¿Quién al mirar tu luna y tus estrellas,  
A otro mundo su espíritu no lanza?

¿Quién no percibe en tu misterio escrita  
La escelsitud del Hacedor sagrada?  
¿Quién ¡oh noche feliz! bajo tu imperio  
Su poderosa magestad no aclamâ?

Sí, todo duerme; y á la orilla amena  
De una sonora virginal cascada,  
Allá en un valle que formó natura  
En el seno feráz de la montaña,

Donde el naranjo y limonero crecen,  
Donde las flores su perfume exhalan,  
Imponentes, severos, misteriosos,  
De un convento los muros se levantan.

Tras ellos, verdinegros y sombríos  
De los cipreses álzanse las ramas,  
Y blanca cruz ante su puerta vese  
Al tibio rayo de la luna clara.

¡Un monasterio! plácido retiro  
Del santo amor y de la paz morada;  
Místico puerto de quietud sublime,  
Que sobre el mar de la razon se alza.



Isla feliz de celestial refugio,  
Desde la cual en éxtasis el alma  
Hasta el cielo purísimo se eleva,  
De la divina inspiracion en alas.

Del mundo los intensos huracanes,  
Sus revueltas y turbias oleadas,  
Entre los brazos de esa cruz se estrellan;  
Ante esos muros su furor quebrantan.

Así la roca á cuya planta ruge  
Del poderoso Atlántico la saña,  
Hácia los cielos su serena frente  
Firme y constante con valor levanta.

¡Siglo faláz, en que vivir nos cupo,  
Que de la luz y del saber te llamas!  
¡Siglo que marchas entre turba inmensa  
De progresos, de errores y borrascas!

¡Siglo orgulloso que olvidar pretendes  
Del Sumo Dios la omnipotencia santa,  
Y ante el becerro mísero de oro  
Muestras cobarde la cerviz doblada!

¿Porqué destruyes el asilo sacro  
Que la inocencia y el dolor buscaran?  
¿Porqué al lanzar tus victoriosos gritos  
Ruedan del templo las divinas aras?

¡No sabes ¡ay! que entre el tumulto loco  
De pasiones que chocan encontradas,  
Entre el fatal positivismo frio  
Con que tu propio corazon desgarras,

Hay almas puras do la fé se anida,  
Y almas acaso de luchar cansadas  
Que un puerto buscan do la paz impere,  
De la virtud y la oracion morada!

---

Siempre las hubo; y en la clara noche  
Trasparente y azul de que os hablaba,  
Cuando el incienso aun humear se via  
En la iglesia que hoy yace abandonada,

Un caballero que por tal le abonan  
Su espuela de oro, su presencia hidalga,  
Al monasterio se encamina oculto  
Bajo los pliegues de su luenga capa.

Solo y á pié camina el caballero;  
Y con su corazon quizás batalla,  
Que alguna vez las húmedas pupilas  
Al firmamento con dolor alzara.



Mas ansioso las fija en el convento  
Que distingue á través de la enramada,  
Y hácia él dirige sus inciertos pasos,  
Que allí moran su bien y su esperanza.

No de otra suerte náufrago que lucha  
De la mar con las ondas encrespadas,  
Los ojos fija en el amigo faro  
Que le muestra su luz hospitalaria.

Ya cerca está; y el apacible coro  
Que severo los monges entonaban;  
Y el acento del órgano sublime,  
Y de aquel sitio la solemne calma,

Son sacrosanto, celestial rocío,  
Bálsamo misterioso que templara  
Los males todos que su pecho oprimen;  
Las luchas todas, de su pobre alma.

Su cabeza descubre con respeto:  
Póstrase humilde ante la cruz sagrada,  
Que entre sus brazos con fervor estrecha,  
Y cuya piedra con su llanto baña...

Hasta que al fin, suaves en el viento  
Las salmodias y el órgano se apagan;  
Hasta que turban el silencio solo,  
Las brisas de la noche perfumadas.



Entonces, levantándose el hidalgo,  
Dos golpes diera con la fuerte aldaba  
Del convento en la puerta, que muy pronto  
Cuando su nombre oyeron, tuvo franca.

Mas aun sus pasos con pavor detiene;  
Aun dirige tristísima mirada  
Hacia el cerrillo donde ostenta oscuras  
Sus antiguas almenas un alcázar...

Y su adios dando postrimer al mundo,  
Con un suspiro que su pecho exhala,  
Un suspiro que acaso llevarian  
Hasta el castillo las errantes auras,

Cruza el dintel del monasterio santo;  
Bajo sus arcos silencioso pasa,  
Y en los claustros larguísimos se pierde  
El confuso rumor de sus pisadas.

---

Ráudo pasara el tiempo; de la sierra  
Entre los limoneros y espadañas,  
Pobres ermitas de virtud asilo  
En los montes agrestes se elevaban:

Y un monasterio de severa mole  
En medio de ellos poderoso se alza  
Que á la Virgen purísima invocando,  
*Convento de los Angeles* se llama.

Y quien esos pacíficos albergues  
Con su piedad y con su fé levanta,  
Es un pobre y modesto Franciscano  
Que egemplares virtudes practicara.

Un religioso en cuya frente brilla  
La paz dichosa que inundó su alma;  
Un religioso de humildad modelo,  
Que bendicen doquier y doquier aman.

En los lugares do brilló orgulloso  
El gallardo señor de Belalcazar,  
Do el altivo Don Juan envidia diera  
A los nobles de toda la comarca,

Ahora vése al austero cenobita  
Que plebeyos y grandes admiraran,  
Que al desvalido, con amor socorre,  
Que al pobre enfermo cariñoso ampara:

Que las familias desunidas, une  
Con el dulce fervor de sus palabras;  
Que es un tipo evangélico y sublime,  
De mansedumbre y caridad cristiana.

Así todos descubren sus cabezas  
Si por el pueblo que le admira pasa;  
Así todos el nombre respetable  
De *Fray Juan de la Puebla* veneraban.



## EPÍLOGO.

Algunos años mas tarde,  
Las campanas de la iglesia  
De aquel monasterio santo  
Que alzó Fray Juan en la sierra,  
Con melancólico acento  
Que por los aires resuena,  
Por un sacerdote doblan,  
Y por su descanso ruegan.  
El pueblo de Belelcazar  
Al templo triste se acerca,  
En cuyo centro sombrío  
Un catafalco se eleva.  
Y en él, el cadáver yerto  
Del Franciscano contempla,  
Que el bien practicó en el mundo,  
Y de Dios al seno vuela,



Llora ante el altar el pueblo,  
Los monges gimen y rezan,  
Bajo las bóvedas altas  
Grave el órgano resuena,  
Y aquellas voces unidas,  
Aquellas plegarias tiernas,  
De Dios al escelso trono  
Los ángeles puros llevan.

---

De un escudero seguida,  
Por largo velo cubierta,  
En el contristado templo  
Una señora penetra.  
Negro es su traje y sencillo;  
Sus tocas tambien son negras;  
Su porte magestuoso,  
Nobles sus formas y bellas.  
Pero en su rostro se advierten  
Los surcos que hacen las penas,  
Y en sus cabellós, acaso,  
Hay de plata algunas hebras.  
Con paso lento, la dama  
Hasta el tùmulo se acerca;  
En él sus miradas fija,  
Ahoga un grito de sorpresa,

Y de rodillas cayendo,  
Confusa, abrumada queda,  
Otro tiempo recordando  
De ventura y de inocencia.

---

Era Constanza; Constanza,  
Que sola y viuda, anhela  
Terminar sus tristes dias  
En los montes do naciera.  
Allí, en su viejo castillo  
Con sus memorias se encierra,  
Siendo cual antes el ángel  
De las montañas aquellas.  
Y todas las tardes, cuando  
Se oculta el sol tras las crestas  
De los altísimos picos  
Y aparecen las estrellas;  
Cuando á la oracion convoca  
La campana de la iglesia  
Y los cansados labriegos  
Tornan del campo á la aldea,  
Llega al convento la dama;  
Y ante una cruz de madera  
Que en el pobre cementerio  
De los Franciscos se eleva,



Sobre una losa sencilla  
Que dos cipreses sombrean  
Y en cuyas orillas crecen  
Verdes campesinas yerbas,  
Prostérnase reverente;  
Férvida oracion eleva;  
Algunas flores enlaza  
Sobre la cruz de madera,  
Y puras lágrimas vierte  
Con las que las flores riega;  
Con las que riega la tumba  
Del padre Juan de la Puebla.

LAS LÁGRIMAS DE LA MORA.

TRADICION FANTÁSTICA.





## INTRODUCCION.

¡Bosques de Alhambra! bellos jardines,  
En donde mora la inspiracion;  
En donde trinan los colorines,  
Y las alondras y el ruiseñor.

Donde murmura límpida fuente,  
Donde suspira brisa fugáz;  
Donde la luna lánguidamente,  
Vierte en la noche su claridad.

Dad á mi arpa blanda armonia  
Cual la que fingen céfiro y flor;  
Y que acompañe la lira mia,  
Rancias consejas, cuentos de amor.

Y que mas dulce sea mi canto,  
Que la balada de hermosa huri.  
Y que de amores el tierno llanto,  
Que hada celeste vierte gentil.

Mas grato que á las flores,  
Es el rocío;  
Mas que el murmurio ténue  
De manso río;  
Y mas que el viento,  
Que entre palmeras gime  
Con vago acento.

Para que escuchen hoy los mortales  
La historia triste de triste amor,  
De una princesa canto los males,  
Que los festines de Alhambra ornó.

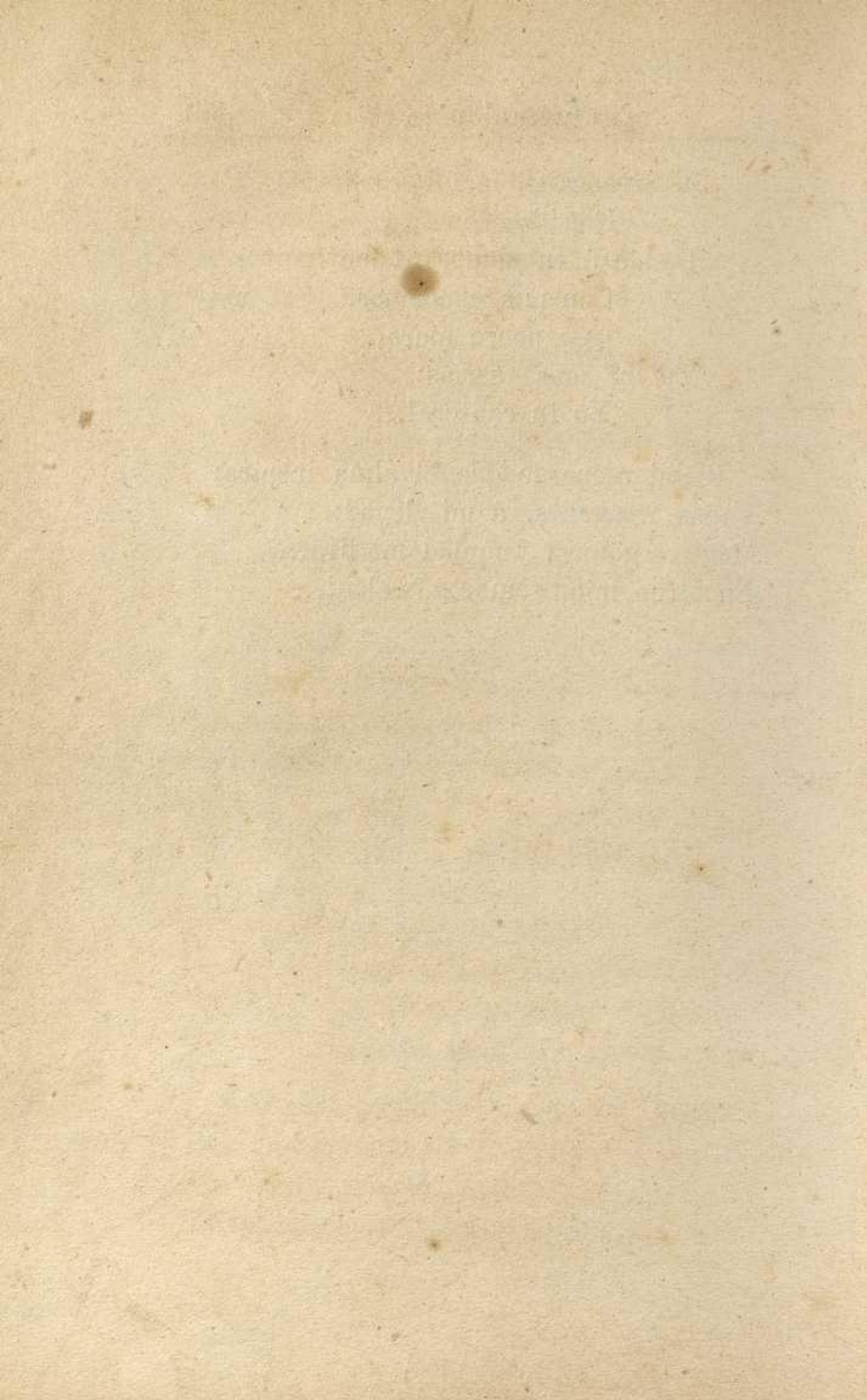
Es una historia pura  
Cándida y bella,  
Como la luz suave  
De clara estrella;  
Cual la armonia,  
Con que la verde selva  
Saluda al día.

Vén almo espíritu de blancas alas;  
Haz que levante tierna cancion;  
Tú que entre nubes ledó resbalas,  
Tú que inflamaste mi inspiracion!...

Y arrancando á mi guzla  
Plácidos sonos,  
Dando á tu nombre fama  
Con mis canciones,  
¡Ay pobre mora,  
Tú mi musa serias;  
Yo tu cantora!...

Flébil recuerdo que el alma inspira;  
Vagas imágenes, á mí llegad;  
Mágicos génios, templad mi lira...  
En torno mio, sombras, volad!...





I.

LA TORRE DE LAS INFANTAS.

Alhambra divina  
Velada entre flores;  
Morada de amores,  
Eden terrenal;  
Bendito el monarca  
De noble memoria,  
Que alzó en tí su gloria:  
¡Bendito Alhamar!

Son mas que la palma,  
Tus arcos, gentiles;  
Tus gratos pensiles  
Vergel de ilusion.  
Tus muros, encages:  
Tus grecas graciosas,  
Leyendas piadosas  
Dulcísimas son.

¡Mas ay! las edades  
Confusas pasando,  
Te van arrancando  
Tu gloria sin par;  
Y un genio de muerte  
Cerniendo sus alas,  
Desiertas tus salas  
Dejara al pasar.

Empero conservas  
Recuerdos suaves;  
Aun cantan tus aves  
Alegres doquier.  
Aun entre tus ricas  
Columnas preciadas,  
Inspiran las hadas  
Tranquilo placer.

---

Levanta su vuelo, mi musa atrevida;  
Traspasa centurias, valiente y audaz;  
Beldades y reyes devuelve á la vida,  
Y torna en bullicio lo que es soledad.



De Alhambra á una torre se lanza mi mente,  
Que cárcel de infantas há siglos que fué;  
Y génio impalpable de fúlgida frente  
Me cuenta un misterio de amor y de fé.

Y yo cantar quiero la antigua belleza,  
Que el tiempo á la torre liviano robó;  
A par de la historia de vaga tristeza  
De tierna hermosura que en ella lloró.

¡Oh torre dichosa  
Deleite del moro!  
Cubiertos de oro  
Tus techos estan;  
Blanquísimo marmol  
Tapiza tu estancia,  
Y grata fragancia  
Las selvas te dán.

En tí de comares  
La sala se ostenta,  
Que cubre opulenta  
Y persa labor.  
De Alláh, sus leyendas  
El nombre bendicen:  
Sus versos nos dicen  
«*Dios es vencedor*» (1)

Enmedio, de jaspe.  
Se eleva una fuente,  
Do corre luciente  
Gracioso cristal:  
Tal es esta torre,  
Prision de una infanta,  
Que mágica canta  
Mi lira ideal.

---

De aqueste encierro en camarin oculto  
Que alicatados árabes decoran;  
Que ricos pebeteros embalsaman  
Y que tapiza berberisca alfombra,

Donde esmaltados alhamíes véense;  
Donde gime la fuente bullidora;  
Donde brocados del Oriente lucen;  
Donde vierten las flores sus aromas,

Tras sus calados alfeizáres bellos  
Se hallaban una tarde tres hermosas,  
De un Rey anciano de Granada hijas;  
Flores del Dáuro, de la Alhambra joyas.

Una se nombra, Karabé-Zoraida;  
Sus dos hermanas, Zorabaida y Zora:  
Tal vez envidia á las huries dieran,  
Que del Profeta los pensiles ornan.

Zoraida y Zora, sobre blandos lechos  
Lirios enlazan con fragantes rosas,  
Que guirnaldas bellísimas formando  
Sobre sus sienes cándidas colocan.

Y Zorabaida de morisca guzla  
Pulsa las cuerdas, en canción sonora  
Exhalando dulcísima plegaria  
Que los ecos repiten misteriosa.

Acerbo llanto las princesas vierten;  
Y aquel silencio interrumpiendo Zora,  
—«¡Ay! dijo al fin, ¡nuestra fatal estrella  
Cuándo el Profeta tornará piadosa!...»

Al escucharla, Zorabaida triste  
Interrumpió la cántiga que entona;  
De sus ojos dos lágrimas rodaron,  
Y exclamó suspirando:—«Nunca... Zora...»

Pluguiera á Alláh que nobles de Castilla  
Jamás pisaran nuestra tierra hermosa,  
Y en paz latieran los sencillos pechos  
De las que gimen sin descanso ahora.



Pluguiérale que nunca sus querellas,  
Suavísimas llegaran á nosotras;  
Pluguiérale que nunca en nuestras almas,  
Amor prendiera su abrasada antorcha!...

¡Oh!... ¡recordais hermanas aquel día  
Que entre un tropel de nuestra gente mora,  
Tres cautivos cristianos caminaban  
Altas las frentes, fúlgidas las cotas?

¡Sus aposturas recordais altivas?  
¡Qué mal cuadraban las prisiones toscas,  
Con la blancura de sus ricos mantos,  
Y de sus pechos con las cruces rojas!...

¡Igual nobleza por acaso visteis?»  
—«Ah! no: repuso con tristeza Zora;  
Y ya también en la vecina torre  
Hacia Castilla sus miradas tornan.

Lloremos, pues, nuestra esperanza muerta...  
De lágrimas vivamos y memorias...  
Alláh lo quiere:» Suspirando dijo,  
Y abismada quedó la pobre mora.

—«En Dios fíemos:» Respondió Zoraida:  
«Escucha hermana, y esperanza cobra:»  
—«¿Cómo esperanza cuando padre airado  
Régia prision, severo nos otorga?»

—«Oye Zora tambien; siento en la noche  
Tres voces inspiradas, amorosas,  
Que entonando dulcísimos romances,  
Su mal lamentan en sentida trova.»

—«¿De qué nos sirve, Zorabaida dijo,  
De qué nos sirven ilusiones locas,  
Si son cautivos cual cautivas somos?  
¿Si nos separa suerte rigurosa?»

—«¡Fatal estrella nuestros pasos guia!»  
—«¡Estaba escrito!...» murmuraron todas:  
Y alivio para dar á sus dolores,  
La blanca luna por Oriente asoma...





## II.

¡Princesas infelices!...

Los días se pasaban,  
Y sin cesar lloraban  
Turbada la razón:  
El sol su triste duelo  
Alumbra en el oriente;  
El sol en occidente  
Refleja su dolor.

Y á solas en la torre  
Con su pesar profundo,  
Allí lejos del mundo  
Lanzadas sin piedad,  
La plácida ventura  
Soñaban noche y día,  
Y en tanto amor crecía  
Robándoles la paz.

Amor que nació en ellas  
De solo una mirada;  
Despues chispa abrasada,  
Sus pechos penetró:  
Chispa, que el infortunio  
Volcan tornó muy luego,  
Que con terrible fuego  
Sus almas inundó.

¡Oh Dios!... tras las quimeras  
Que túrbale la calma,  
¿Porqué del hombre el alma  
Se agita con afan?  
Si acaso el imposible  
A su ambicion opones,  
Sus férvidas pasiones  
¿Porqué se acrecen mas?

¿Porqué si al fin obtiene  
Lo que anhelara tanto  
Perdido ya su encanto  
Con amargura vé;  
Y otra ilusion se forja  
Y con ardor se lanza  
En pos de otra esperanza,  
Que venturosa crée?

¡Oh sí! que ansiando siempre  
Y marchitando flores,  
Se pasa entre dolores  
La vida del mortal!  
Y es ¡ay! que esa esperanza  
Que el cielo le concede,  
Tan solo saciar puede  
En mundos mas allá.

---

En pos del imposible  
Las tres por eso amaban,  
A los que odiar mandaban  
Su patria y religion;  
Y á par de las princesas  
Entre delirios vanos,  
Soñaban los cristianos  
Con su imposible amor.

Todas las noches, cuando  
Triste silencio impera,  
Y desde su alta esfera  
Vierten los astros luz,  
Escúchase sentida  
Grata cancion de España,  
Que lánguido acompaña  
Suavísimo laud.



No era ilusion; la trova  
El eco repetia;  
De la prision salia  
De los cristianos; sí:  
Ellos su amor juraban;  
Las moras escuchaban,  
Y así corria el tiempo  
Entre esperanzas mil.

---

Era una noche pura;  
Velaban las doncellas,  
Cuando llegó hasta ellas  
Objeto singular;  
Un dardo, y en su punta  
Unidos y clavados,  
Tres pliegos enrollados  
Pudieron divisar.

Los cogen las princesas;  
Y con pavor temblando,  
El suyo desdoblando  
Cada una contempló.  
Mas Zorabaida triste  
Sus ayes comprimiendo  
Y en alta voz diciendo,  
El suyo así leyó:

«Si es cierto bella mora  
Que me amas cual te amo,  
Acude á mi reclamo;  
Oh! ven hermosa que te espero aquí.  
Ya vino mi rescate;  
Partir es ya preciso;  
Ven, flor del Paraiso,  
Que te aguardo á la orilla del Genil.

Ganado está un esclavo;  
Hasta tu mismo muro,  
Yo llegaré seguro  
En alas, sí, de mi constante amor:  
Una escala suspende  
De tu árabe ventana,  
Y llega á mi Sultana,  
Y temple tu belleza mi dolor.

Al carcelero burla  
Que tu beldad encierra;  
Te llevaré á una tierra  
Do gozaremos de ventura y paz:  
Ven, que el amor te llama,  
Vuela querida mia;  
Y al despuntar el dia,  
Muy lejos de tu cárcel te hallarás.»

Palabras semejantes  
En su sentido á aquesas,  
Las otras dos princesas  
Leyeron con placer;  
Y Zorabaida entonces,  
Aun triste suspiraba;  
Acaso presagiaba  
Su acerbo padecer!

En ricos alhamies  
Las dos se reclinaron,  
Donde quizá soñaron  
Sueños de amor y paz.  
En vela Zorabaida  
Pasó la noche oscura,  
Cual pálida escultura  
Clavada al alfeizár.

Y allá en su acalorada  
Errante fantasía,  
Un mundo entreveía  
De plácida ilusion.  
¡Partir!... ¡partir!... clamando,  
Su mente deliraba;  
Con el deber luchaba  
Su pobre corazón.



El tentador billete  
Leyendo en su delirio,  
Aumenta su martirio;  
Su acerbo padecer.  
Y los azules ojos  
Al firmamento alzando,  
Auxilio demandando,  
Clamó llena de fé:

—«¡Oh grande Alláh que riges  
Con tu poder el mundo!...  
Tú que mi afan profundo  
Puedes con tu clemencia benigno consolar,  
Oye desde tu cielo  
La mística plegaria,  
Que humilde y solitaria,  
El alma mia eleva llorando en su pesar.

Tú, á quien adoran puras  
Las célicas huries,  
Que en verdes alhamies  
Bajo el granado eterno convidan al placer;  
Donde los justos gozan;  
Do no hay ni mal ni llanto;  
Inspirame Alláh santo,  
En esta inmensa lucha de amor y de deber.

¡Oh arcángeles que el curso  
Guiáis de las estrellas! (2)  
De esas antorchas bellas  
Que el álmo trono alumbran del inmortal Señor!  
Por vuestro eterno brillo,  
Dad luz al alma mia,  
Que sola en su agonía  
Entre tinieblas duda, sin fuerza ni valor.»

Tal dijo; y sobre el pecho  
Dobló la hermosa frente,  
Que besa blandamente  
La brisa matinal;  
Pues ya la luz del alba  
Las nieblas ahuyentando,  
Vá el monte colorando  
Con ténue claridad.

El día en ánsia horrible  
Pasaron las tres moras;  
Sucédense las horas  
Con harta rapidéz:  
Las sombras adelantan,  
Esperan los donceles,  
Mas en sus pechos fieles  
Al fin venció el deber.

No acuden á la cita:  
Y desde aquella noche  
Cuando su puro broche  
Cierra la flor gentil,  
Cuando á turbar no llegan  
Silencio tan profundo  
Con su murmullo el mundo  
Ni el eco del *muezzin*,

Bajo la torre véense  
Tres bultos hasta el día,  
Y en cada celosía  
Una beldad se vé:  
Que los esclavos, ellos  
Con dádivas ganaron,  
Y así llegar lograron  
De la alta torre al pié.

Insisten los amantes  
Con frases seductoras;  
Entréganse las moras  
A mágico soñar.  
¡Ay triste del que sueña  
Y olvida en su beleño,  
Que tras el grato sueño  
Terrible es despertar!



No osanar a la vida  
Y desde aquella noche  
Cuando en mi pecho  
Se abrió la herida  
Cuando el dolor me llegó  
Silencio con gemidos  
Que en el mundo  
Ni el ojo del hombre

Podía ver  
Tres horas hasta el día  
Y en cada noche  
Una palabra se ve  
Que los cascos, ellos  
Con dardos sangrientos  
Y así llegar a la  
De la alta torre al pie

Insisten los minutos  
Con horas sangrientas  
Entonces las horas  
A un solo punto  
Y así existe el que muere  
Y vive en la vida  
Que trae el gran sueño  
Frente a la muerte

### III.

Es una noche nebulosa y fria;  
Se adelanta rugiendo la tormenta,  
Y entre la niebla que el espacio cubre,  
Su luz derrama solitaria estrella.

El viento que los árboles agita  
Gime de Alhambra entre las verdes selvas,  
De las cuales huyeron espantadas  
Cándidas Silfes que sus flores pueblan.

Tal el momento es, en que su fuga  
Temerosas disponen las doncellas,  
Y Zoraida su dicha imaginando  
A las que dudan, con su ejemplo alienta.

Zora, tambien en el azar confia:  
Zorabaida cual tímida gacela,  
A sus hermanas vacilante sigue  
Mas la infelice sin valor se encuentra.

Ave inocente que en el viento nunca  
Tendió sus alas por volar ligera,  
Teme dejar el silencioso nido  
Donde pasó tranquila su existencia:

Teme dejar la estancia do entre bosques  
Su niñez apacible trascurriera,  
Para lanzarse navecilla débil  
En la mar de la vida turbulenta.

¡Por eso llora con su amargo duelo!  
Por eso llora la infeliz princesa!  
Y sus hermanas con amor la animan  
Y el tiempo pasa, y el instante llega.

---

Hay un sendero de la Alhambra oculto  
Que sale al fin de las murallas fuera,  
Y á los señores de Granada sirve  
Para ardides de amores ó de guerras.



Por allí las princesas previsoras  
Que en el apoyo de sus guardias cuentan,  
Piensan partir con los donceles bravos,  
De Castilla ganando las fronteras:

—«El momento llegó;» Zoraida dijo,  
Bajo la torre al escuchar la seña:  
Y ya una escala al ajiméz suspende,  
Aunque turbada á su pesar se encuentra.

Con el deber, con el amor luchando,  
El corazon palpítale con fuerza;  
Pero triunfó su decidido arrojo  
Y por la escala descendió resuelta.

Trémula Zora, la siguió temblando  
Do los cristianos con placer esperan;  
Mas vacila la triste Zorabaida,  
De su amante acreciendo la impaciencia.

—«Baja, mi vida;» con amor le dice;  
Y temblorosa se arrojaba ella,  
Mas aterrorizada se detiene;  
Presto del muro con temor se aleja,

Y es que recuerda la niñez dichosa;  
Es que su padre, su deber recuerda,  
Y exclama conmovida: «nunca, nunca;  
Partid, hermanas, y que Alláh os proteja.»

Un ¡ay! del corazon lanzó el cristano.  
Desoladas lloraron las princesas,  
Y suspirando Zorabaida dijo:  
—«No; no debo partir; Alláh lo ordena...»

Zora y Zoraida, por la cueva huyeron;  
El adalid á su hermosura ruega;  
Mas una voz de alarma se difunde  
Que por los bosques de la Alhambra vuela,

Y los guerreros á la torre acuden;  
Y á la luz de fatídica centella,  
De la hermosa infeliz el caballero,  
Entre cien moros, con pavor se encuentra.

Horrible fué la lucha; Zorabaida  
Dió un grito de terror y de sorpresa  
Abismada cayendo sobre el mármol,  
Sin esperanza, sin valor, sin fuerza.

#### IV.

¡Ay!... quién tu llanto consolar podría!...  
¡Quién puede dar á tu dolor consuelo!...  
Llora, infelice, tu ilusion pasada!  
¡Llora ángel bello!...

¡Triste princesa para amar nacida!  
¡Flor solitaria que agitara el cierzo!...  
¡Tórtola pura que en la selva umbrosa  
Canta su duelo!...

¡Ah!... ¿qué pesar á tu pesar iguala?  
Ni de la alondra los quejidos tiernos  
Que allá en el bosque por su amor perdido  
Lanza gimiendo,

Ni el aura errante que las tumbas besa;  
Ni los murmullos del ciprés y el viento,  
Ni el verde sáuce que su pátrio rio  
Llora en silencio,



Igualar pueden tu mortal tristeza,  
Ni de tus quejas el pesar intenso...  
Tus ilusiones Zorabaida hermosa,  
¡Pronto murieron!

¡Alláh piadoso tu dolor consuele!...  
¡Tu llanto seque del amor el genio!...  
Y te regalen al dormir las hadas,  
Plácidos sueños!...

¡Mas cómo gimes con tu mal á solas?  
¡Tu valiente cristiano qué se ha hecho?  
¡Porqué ya nunca tu morisco muro  
Ronda el mancebo?

¡Ay!... tambien él entre prisiones yace  
Allá de Alhama en el castillo recio!  
Y en él exhala por su bien perdido,  
¡Vago lamento!...

Sola estás... sola... en tu dolor profundo...  
La torre envuelve sepulcral silencio...  
¡Triste princesa para amar nacida;  
Llora en tu duelo!...

Alguna vez á tus estancias llegan  
En las alas levisimas del viento,  
Las músicas suaves que acompañan  
Zambras y juegos...

Que de las danzas del palacio moro  
Hasta tí vuelan los fugaces ecos,  
Y mientras gozan en alegre fiesta  
Gime tu pecho...

Sobre blandos cogines recostada...  
Adormida en tu mágico embeleso,  
Sientes que ruedan tus amargos días,  
Tristes y lentos...

¡Pálido velo tus mejillas cubre!...  
¡Juegan las brisas con tus rizos negros!...  
Y el tímido fulgor de las estrellas,  
¡Date consuelo!...

Y yo que admiro tu beldad divina;  
Yo, que la historia de tus males cuento;  
Yo, á quien inspira de tu amor, el dulce  
Vago recuerdo,

Deja Sultana que tus cuitas cante;  
Que de mi adufe á los acordes ecos,  
Contemplando tu cándida hermosura,  
Llore tu duelo...

Y los días pasaban  
Henchidos siempre de mortal tristeza;  
Mas sus horas inquietas, no borraban  
El profundo pesar de la belleza.  
Si alguno por ventura  
Los bosques por la noche atravesase,  
Oír pudiera de Alhambra en la espesura,  
Tierna canción tan vaga,  
Cual el suspiro de graciosa maga.  
Es ella, que cual único consuelo  
Entonando una cántiga moruna  
Recuerda sus amores,  
Cuando cierran sus cálices las flores,  
Y su luz vierte la menguante luna...  
Es que ella delira,  
Que delirante á su cristiano llama;  
Es ella, sí, que en su canción suspira,  
Con los brazos tendidos hácia Alhama!...

---

Mas ya algún ser su soledad consuela;  
Que cuando el alba por oriente asoma,  
Una blanca paloma,  
De su agiméz entre los arcos vuela.  
Una paloma pura  
Mensagera feliz de sus amores,



Que viene allí desde prision oscura,  
Y por ella su amor el noble jura,  
A la hermosa que gime entre dolores.  
Un pergamino de su cuello pende  
Que contiene sagrado juramento;  
El ráudo vuelo tiende  
A la torre do llora la princesa;  
En sus hombros se posa, y ella besa  
El pergamino con sin par contento,  
Y otro al ave confía,  
Que alza su vuelo al ocultarse el dia,  
En la región purísima del viento....  
¡Con qué placer la via  
Desde sus ricos alfeizares bellos,  
Hender serena la estension vacia  
Del moribundo sol á los destellos!...  
Y olvidaba la triste sus dolores  
Al ver que revolaba  
En torno de sus flores,  
Y que un grato mensaje le llevaba  
De su bien, de su paz, de sus amores...  
¡Mas ah! que aciago horóscopo le cupo!  
¡Dióle el destino malhadada estrella!...  
¡Está escrito quizá que ni un consuelo  
¡Ay Zorabaida bella!  
Pueda otorgar á tu dolor el cielo?

---

Una tarde en que todo reposaba;  
En que en la selva que á la torre envuelve  
Todo á su vez callaba;  
En que tan solo el canto se escuchaba  
Del ave errante que á su nido vuelve;  
Y el murmullo del céfiro y las hojas  
Y el arroyuelo blando,  
La dulce y melancólica Sultana,  
Apoyada en su arábiga ventana,  
A la blanca paloma está esperando.  
Y vaga su mirada distraida  
Por el rosado y el azul del cielo,  
Cuando el ave querida,  
Vé que dirige hácia la torre el vuelo:  
Con inmenso placer la contemplaba;  
Ya cercana se hallaba,  
Pero un silvido zumbador se escucha;  
El ave triste agítase en el viento,  
Y desplomada cae sin aliento  
En la árabe ventana,  
Sobre el seno gentil de la sultana.  
Esta, un grito lanzó; pues mano impia  
El consuelo robó de sus amores,  
Que buscar una tumba parecia,  
De su alfeizár entre las gayas flores.  
—«¡Ay Alláh santo!» exclama  
Abrazando á su muerta mensagera;  
¡Ya nunca, nuevas me vendrán de Alhama!

¡Hado terrible tu poder me diera!...

---

De sus ojos, dos lágrimas cayeron...  
Alzó al cielo la frente sollozando;  
Con la brisa sus ayes se perdieron,  
Mientras negra la noche va avanzando...





V.

¡Oh genios!! inspiradme;  
Pues que cantar intento,  
Arcano incomprensible  
Al infeliz mortal:  
Bajad de vuestras nubes,  
Y que gracioso acento  
Reciba de vosotros  
Mi cítara oriental.

¡Oh Dios! que el mundo riges!  
Tu gracia soberana,  
Concédeme potente  
*Tú que eres vencedor:*  
Y haz que cual fuente limpia  
Que entre las flores mana,  
Cual cántico suave  
De tierno ruisenior,

Sea grata la poesia  
Con que contar anhelo,  
Misterio sobrehumano,  
Misterio sin igual;  
Que no comprende el hombre,  
Mas que comprende el cielo,  
Y que esplicar no puede  
Nuestra habla terrenal.

---

¡Ay triste Zorabaida!  
¡Princesa sin ventura!  
¡Ya nadie tu amargura  
Piadoso calmará!...  
Que el ave que de Alhama  
Las nuevas te traia,  
Ya nunca, mora mia,  
A Alhama tornará!

¡Ya nunca revolando  
Por medio de las flores,  
Consuela tus dolores  
Con nuevas de tu amor!  
¡Murió tu compañera  
Cual tu esperanza ha muerto!  
Y árido ya y desierto  
Está tu corazón!...



En vano con los ojos  
Clavados en el cielo,  
Aun sueñas en tu anhelo  
Que la verás tornar!  
¡Tu horóscopo lo quiso!  
¡Estaba escrito; llora!  
¡Naciste, pobre mora,  
Para sufrir y amar!...

---

Era el otoño umbrío;  
Las auras se perdieron:  
Marchitas ya cayeron  
Las flores del vergel:  
Y en la morisca torre  
Secóse la corriente,  
Con que gimió una fuente  
De blanco Macaél.

De sus lucientes galas  
El árbol se despoja,  
Y vese hoja por hoja,  
Toda su pompa huir;  
Y de la fresca brisa  
Entre los ráudos giros,  
Se pierden los suspiros  
De la beldad gentil.

Llorando la contempla  
Desde el oriente el dia:  
Llega la noche fria  
Y mírala llorar:  
De su *alhamí* se aleja  
Del sueño el ángel santo,  
Y vese acerbo llanto  
Sus ojos anublar.

El tiempo se pasaba,  
Y su pesar crecia;  
El llanto consumia  
Su triste corazon:  
Fija, extasiada, inmovil,  
Apenas ya respira:  
Apenas ya suspira;  
Su seno sin calor.  
: : : : : : : : : :  
: : : : : : : : : :

¡Oh Dios!... ¿qué luz celeste  
Envuelve su belleza  
Que aleja la tristeza  
Con su fulgor de allí?  
Refleja su figura  
Claro esplendor luciente;  
Su cuerpo es transparente  
Cual el de blanca huri.

Y vase alzando... alzando...  
En alas de la brisa...  
Apenas se divisa  
Su célica beldad...  
Ya pierde sus contornos...  
Ya vaga misteriosa  
Cual silfe vaporosa,  
Cual fúlgida deidad...

Espíritu impalpable,  
Fantástica hermosura,  
Luz, como el alba, pura,  
Sér vago sin color,  
Tal era la princesa;  
Misterios soberanos  
Que nunca los humanos,  
Comprenderán, Señor.

Y vuela por la estancia  
Las alas sacudiendo;  
Y vase aun mas perdiendo  
Su indefinible ser:  
Aun llora; y el fantasma  
Recuerda sus amores;  
Se ven sobre las flores  
Sus lágrimas caer.



Ya apenas se distingue  
La imágen luminosa,  
Cual blanca mariposa,  
Vagando sin cesar:  
Estréchanse sus giros;  
Y un punto ya aparece,  
Cual hoja que se mece  
Del céfiro al silvar.

Y en torno de la fuente  
La sombra silenciosa,  
Vuela ligeramente  
Con ráuda rapidéz.  
Sobre ella al fin se posa,  
Y de la luna al rayo  
Que alumbra en su desmayo  
El árabe ajiméz,

Vése que un solo instante  
La ténue sombra bella,  
Se cierce sobre ella  
Con vaga lentitud;  
Y con el mármol frio  
Su esencia se confunde,  
Y en él al fin se hunde  
La misteriosa luz...

Y en el instante mismo  
Agua vertió la fuente,  
Que de ella blandamente  
Y gota á gota solo, su aljofar deslizó.  
Era que el blanco espíritu  
Que en su interior moraba,  
Aun lánguido lloraba,  
Por su esperanza muerta, por su perdido amor!..





## EPÍLOGO.

Los siglos á los siglos se suceden,  
Y las edades y los hombres pasan;  
Solo flores, memorias y ruinas  
La ciudad nazarita conservara.

Triste silencio por los bosques reina,  
Que ya no hay juegos ni placer ni danzas;  
¡Ya en el desierto sus desdichas lloran  
Los árabes señores de la Alhambra!

Sobre el palacio de Alhamar divino,  
La enseña luce de la cruz sagrada;  
Mas siempre corren de la blanca fuente,  
Las misteriosas y tranquilas aguas.

¡Todo el tiempo inhumano lo destruye!  
¡Todo al fin con su fuerza lo devasta!  
Y á Alhambra sus primores arrancando,  
Las columnas carcome de su alcázar.

---

EPILOGO

Seca está ya la prodigiosa fuente:  
¿El espíritu fiel de Zorabaida  
Cediendo débil á su amante olvida?  
¿Sus pesares no llora la Sultana?...

¿Tanto el influjo de los astros puede?  
¿Tanto los siglos con su paso alcanzan  
Que de amor y de lágrimas, princesa,  
Secan tu alma?

¿Tambien olvidan las fugaces sombras?  
¿Su amor tambien cual el del mundo pasa?  
Si asi el mortal en su delirio piensa,  
Harto se engaña!

Un día, cuando el mármol de la fuente  
Los años sin piedad desmoronaban  
El llanto consumiendo que en su jaspe  
Lento resbala,

Despréndese impalpable de su centro  
Tímida imagen cual ambiente vaga;  
Espíritu brillante y transparente,  
Blanco fantasma.

Y se eleva su lánguida figura...  
A impulso de la brisa se levanta,  
Y en la region diáfana del viento,  
Tiende sus alas...

Por clara nube vaporosa envuelta  
Cual su ser puro y misterioso blanca,  
El azul cielo de su patria hermosa,  
Ráuda cruzaba.

En el espacio inmenso se perdía;  
Y estendiendo su vuelo á la montaña,  
Busca en el seno de sus limpias nieves,  
Nítido alcázar...

Y entre las brumas, su pesar aun gime...  
Aun sus amores llora solitaria...  
¡Aun llora entre las nieves, su brillante  
Muerta esperanza!...





Cuando suspira la inpalpable sombra,  
Bulle suave, bonancible el áura...  
¡Llueve el rocío, cuando llora el triste,  
Blanco fantasma!...

Su esencia leve, cual las frescas brisas,  
Sobre las nieblas, fúlgida se alza;  
Y dulcès sueños, del creador poeta  
Vierte en el alma!...

Y sus leyendas amorosa inspira...  
Y al rayo de la luna solitaria,  
Fantástica vision, sobre los hielos  
Trémula vaga!...

.....

Adios, Sultana de las blancas nieves....  
Adios, pálida sombra enamorada...  
Yo que he cantado por llorar tu duelo  
¡Ay! Zorabaida,

El eco fiel de mi laud te envío;  
A mí descende, misteriosa hada,  
Y delirios de plácida ventura,  
¡Vierte en mi alma!...

FIN.

# NOTAS.

---

## DE ABDERRAHMAN-BEN-MOAWIÁ.

---

### (1) De los Moawiá la dinastía hundiose.

Despues de la muerte de Mahoma, Abu-Beker, padre de su muger favorita Aixa, fué proclamado Iman de los creyentes y gobernó dos años, siendo sucedido por Omar, Othman y Aly. El reinado de este, fué muy agitado; pues Moawiá apoyado por los Sirios y por la familia Ommia, se declaró vengador de Othman cuya violenta muerte imputaba á Aly; y valiéndose de ardides y de armas, empuñó al fin el cetro de los Califas, dando principio á la célebre dinastía de los Omniadas, ú *Omeyas*.

Entretanto, los sectarios del profeta habian estendido extraordinariamente sus conquistas; el pendon de Mahoma, ondeaba ya sobre Alejandria, Damasco y Jerusalem, y por todas partes cedian los débiles guerreros Bizantinos ante los impetuosos hijos del desierto.

Moawiá trasladó la silla imperial desde Medina á Damasco, donde se rodeó de toda la pompa del Oriente desdeñando la patriarcal sencillez que á sus predecesores distinguiera.

Catorce Califas de la estirpe Omniada ocuparon el sόlo de Damasco convertido entonces en hereditario, y bajo su dominio hicieron las conquistas en Africa, y lograron someter casi toda Espańa despues de hundir en las orillas del



Guadalete segun unos, ó del Lago de la Janda segun otros, su ya debilitada monarquía.

Sin embargo de tantos triunfos, la familia Ommiada nunca fué muy querida; pues los musulmanes recordaban que Moawiá habia sido enemigo de Mahoma y ponian sus esperanzas en los nietos del último. Estos se hallaban dedicados á la contemplacion; pero un descendiente de *Abas*, tio del profeta, alegó sus derechos, y tanto él como su hijo Ibrahim, fueron considerados como verdaderos Califas, en las provincias de Oriente.

Meruán II, último de la familia Ommia, se enagenó las voluntades por haber quitado la residencia real de Damasco, y en todas partes se sobrepuso el negro pendon de los Abasies al blanco de los Omeya. El Emir Abu-Moslem, sostuvo á los primeros en el Korasan, y en toda la Persia fué proclamado Ibrahim; pero el Califa Ommiada le hizo morir en la Meka, y esto exasperó á los contrarios que proclamaron á Abul-Abas hermano de Ibrahim, y dieron muerte á Meruán en una batalla, terminando con él la Casa Omeya en Oriente, (año de 750.)

No tardó en ser tomada Damasco, y entonces esparcieron las cenizas de los príncipes Ommiadas y desterraron á todos sus parciales.

Ochenta caballeros de la raza caida, engañados por una falsa amnistia que les otorgaron sus enemigos, aceptaron un banquete ofrecido por Abdallah tio del nuevo Señor; pero cuando se juzgaban seguros en el festin, entró el poeta Kibil-ben-Abdallah, recordando en unos versos la sangre que los Ommiadas vertieran, y pidiendo la destruccion de aquellos indefensos caballeros. En su consecuencia, el cruel Abdallah, mandó que fuesen apaleados y degollados todos; y estendiendo una alfombra sobre los cadáveres, continuó el bárbaro banquete.

Dos sobrinos de Hixem, Califa Omeya, se habian librado del general esterminio, y vivian en la corte de Abul-Abas; pero habiéndose hecho sospechosos, uno de ellos, (Suleiman) fué muerto traidoramente; y el otro nombrado Abderrahman, anduvo largo tiempo errante en Egipto y Magreb. Los Abasies le perseguian sin embargo en el desierto. y por último



se refugió en la tribu Africana de los Zenetes de la cual descendía su madre, y por lo que fué fraternalmente acogido.

Entretanto, gobernaba á España *Yusuf al Fihri*, dependiente de los Califas Abasies; pero algunos Jeques adictos á los Omeyas, deseosos de terminar las luchas que agitaban á los árabes en España, se reunieron en Córdoba, decidiendo enviar al Africa á Temán-ben-Alcama con otro ilustre caudillo, para que ofreciesen al fugitivo príncipe, un trono independiente de Damasco.

Abderrahman vino pues á España, y desembarcó en Almuñecar dirigiéndose á Torrox y luego á Archidona donde le proclamaron solemnemente; pues dicha ciudad llamada Rayya por los musulmanes, fué durante algun tiempo la capital de la *Cora* que llevaba su nombre, y mas tarde se denominó provincia de Málaga.

Yusuf y Somail se le opusieron con gran tenacidad, siendo vencidos al fin, si bien no dejaron de molestarle durante largo tiempo; pero él establecido ya en Córdoba, dió principio á la gran mezquita que no pudo ver concluida, y fundó el célebre Emirato que á tanta altura elevó la civilizacion Arábigo-hispana y que dos siglos despues debia desmoronarse formándose de sus ruinas los reinos Taifas, en que por su mal se dividieron los muslitas españoles.

---

## (2) Un rawi de la Meka peregrino.

Rawi, significa poeta.

---

## (3) El poema de Antar, del gran poeta.

*Antar*, el mas famoso de los poetas árabes, floreció en el siglo VI de nuestra era; y se cree era un esclavo negro, que con sus hazañas, conquistó la libertad y el amor de su querida *Abla*. Su poema forma todavia las delicias del árabe, que lo recita gozoso á la lumbre del hogar ó en los descansos de la caravana.

---

(4) Al que parte su sal con la desgracia.

Sabido es el carácter hospitalario de los árabes; y cuando un Jequé parte su pan y su sal con algun extranjero, puede este contar siempre con su apoyo.

---

(5) Un genio me guió; yo soy Zenetes.

Segun los árabes, los genios son unos seres intermedios entre los ángeles y los hombres. Hijos del viento y de la niebla, vagan en los aires, y se guarécen en las rocas.

---

(6) Que la luz de las pléyades borrarla.

Pléyades.—Esta constelacion muy citada por los musulmanes, es la que vulgarmente se conoce con el nombre de cabrillas.

---

(7) El ángel Azraél batió sus alas.

Azraél, ángel de la muerte, segun la gente agarena.

---

(8) Siete piedras entierran silenciosos.

La ceremonia que aquí se espresa, es una antigua costumbre que los árabes usan para asentar la paz.

---

(9) Si las rosas del Yemen te envidiaran.

Yemen se nombra la parte mas fértil de la Arabia, por lo cual se le dió el sobrenombre de *feliz*.

---

(10) Quieres tú ser hurí del paraíso.

Refiere Mahoma en su viage nocturno al paraíso, que á la derecha del trono de Alláh, hay un inmenso granado, que dá sombra á multitud de ángeles, y en cuyas ramas se



guarecen los pájaros inmortales. Cada pepita de sus granadas encierra una *huri*, vírgenes hermosas, destinadas para eternas compañeras de los buenos Mahometanos. Sus cuerpos son transparentes, y las hay de cuatro colores: rosas, blancas, amarillas y verdes.

---

(11) El acidaque que á la esposa dieron.

Acidaque:—Dote.

---

(12) La oracion de *Falhia* repitiendo.

Así llaman los musulmanes á la oracion que recitan, para sancionar los contratos de boda.

---

(13) Al fin subió donde el handag se ostenta.

El handag, es una especie de palanquin que se coloca sobre los camellos en que viajan las moras principales.

---

(14) Tímidos lanza de *Rabie* la luna.

Los árabes cuentan los meses por lunas, distinguiéndolas por los siguientes nombres.—Muharram.—Safer.—Rabié 1.<sup>a</sup>—Rabié 2.<sup>a</sup>—Chumada 1.<sup>a</sup>—Chumada 2.<sup>a</sup>—Recheb.—Xabeam.—Ramadan. (Mes de ayuno y penitencia.)—Xawel.—Dzolraada,—y—Dzol-hic'ha.

El 8 de Marzo de 756 fué Abderrahman proclamado.

---

(15) De Hisn Almunecab la muralla oscura.

Hisn Almunecab, Castillo de Almuñecar.

---

(16) Espléndida mezquita suntuosa.

Cumplidos los deseos de paz que Abderrahman abrigaba, señaló el primer año de ella, mandando construir en Córdoba



y cerca de su alcázar, la grande *aljama* y mezquita mayor: créese que él mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, y mas grande y superior. en su magnificencia y suntuosidad, á la nueva de Bagdad.

---

(17) La huerta de Ruzafa deliciosa.

Abderrahman edificó la quinta de la Ruzafa; y en sus jardines plantó una palma, única entonces en España, y madre de las que hoy existen. Dícese que al contemplarla, recordaba siempre con tristeza la patria que habia perdido.

---

(18) Tú tambien insigne palma.

Estos sentidos versos fueron efectivamente compuestos por Abderrahman, y los he tomado de la traduccion de Conde, pues aunque conozco el poco aprecio que á los orientistas merece dicho autor, no he hallado otra version mejor que la suya.

---

DE ASTAPA.

---

(1) Cantad la gloria de mi grande España.

Opina Mariana, que esta célebre villa se hallaba en la ribera del Genil, entre Antequera y Écija, á dos leguas de Estepa. Pero segun se lee en la erudita obra de los señores Oliver, *Munda Pompeyana*, Astapa estuvo en donde hoy las

ruinas de Estepa la Vieja. No ha faltado quien haya creído y aun hoy crea, que la heroica poblacion hispana, se levantaba en las actuales ruinas de Estepona la Vieja; opinion abandonada por la mayor parte de nuestros modernos arqueólogos.

### DE ABEN-AMAR-ARRAMEDÍ.

#### (1) De aquella flor que perfumó su vida.

La esclava favorita de Abderrahman III y en obsequio de la cual se construyó el magnífico palacio de Medina-Az-Zahra, se llamaba Zahra, que equivale á flor.

La poblacion estaba situada á la falda de la sierra; y los historiadores árabes, la representan como una realizacion de los alcázares de sus fantásticas leyendas; como un trasunto de su soñado paraiso, perfumado por las flores de Andalucía.

Hubo allí bosques y jardines de admirable belleza; animales estraños de lejanos paises; estanques de azogue, y estancias cuyas techumbres de oro y mármol deslumbraban la vista. En el magnífico salon del Califato, se veia una gruesa perla regalo de Leon, emperador Bizantino. La azotea de lo mas alto del edificio, estaba considerada como una maravilla del mundo; y por último, 4.500 puertas guarnecidas de cobre dorado, y 4.500 columnas de ricos y variados mármoles, atraian la admiracion sobre esta suntuosa quinta-palacio, donde los Califas cordobeses pasaban la primavera y el otoño; donde entre sabios y placeres, terminó sus dias Abderrahman el Magnánimo.

En la preciosa obra titulada, *Poesia y arte de los Árabes en España y Sicilia* escrita en aleman por el baron de Schak, y traducida por D. Juan Valera, se hace una bellísima descripción de este encantado alcázar.

---

(2) Y la flor de los árabes Alimes.

Alimes, significa sabios.

---

(3) { Los huertos deliciosos  
De Beni-Meruan.

Beni-Meruan, se llamaba un hijo de Muza que vino con él á España, y de quien tomó nombre el palacio cuyos deliciosos jardines menciono.

---

(4) Con venturosas fadas.

Entre los árabes españoles, el octavo día despues del nacimiento de un hijo, era fiesta de familia, llamada *Fada*, la cual terminaba poniendo nombre al recién nacido. El abuelo ó el padre, despues de invocar á Alláh, decia el nombre al oído del niño, luego se repetia á los asistentes, y concluida la ceremonia, se daban limosnas á los pobres.

---

(5) Y ya el Muezzin á la oracion convoca.

Muezzin ó muédano: El que cinco veces al día, convoca á la oracion desde las torres de las mezquitas.

---

(6) ¡Ah potente *Cadhi!* tan solo orgullo.

Cadhi, equivale á Juez.

---

(7) Pues por las Suras del Koran bendito.

Llámanse *Suras*, los capítulos del Korán, los cuales son ciento catorce.



## (8) Corre ligera á su ajiméz de mármol.

*Ajiméz*; ventana dividida por una columna en el centro, sobre la que descansan dos arcos.

---

## (9) Sobre alhamí gracioso.

*Alhamí*; hueco espacioso labrado en la pared, donde los árabes colocan los lechos; y que generalmente adornau con esmaltes y alicatados, como se vé en la Alhambra

---

(10) { .....Lo que escribieron  
Del paraíso, en la feliz morada.

Segun el Korán, un ángel escribe en el paraíso sobre el libro del destino el de todos los mortales.

---

## (11) El libro delicioso de las aves.

Aben-Amar, compuso efectivamente en la prision, *el libro de las aves*, muy celebrado por los sabios Muslimes.

---

## DE LA CONQUISTA DE MÁLAGA.

## (1) Del atabal á la torre.

Esta torre que se halla al lado del camino de Antequera á media legua de Málaga, servia de atalaya á los musulmanes, y desde allí con un atabal avisaban la aproximacion

de los cristianos. Tambien se dice que habitaba en ella una mora llamada Xarifa, dedicada á la contemplacion, la cual era tenida en opinion de santa, y consultada por los magnates y el pueblo.

---

(2) En la huerta de la Acibar. (0)

Dicha huerta fuè despues la de la Victoria, por pertenecer al convento de este nombre.

---

(3) Llegan del mar á la orilla.

La hueste del Marqués de Cádiz, fuerte de mas de diez y seis mil hombres se estendia desde el cerro de San Cristóbal hasta la playa conocida hoy por la *Caleta*, que desde entonces se denominó la Caleta del Marqués.

---

(4) La undécima en otra altura. (1)

La estancia 11 estuvo situada cerca de unas huertas que se hallaban detrás de donde hoy está el convento de Santo Domingo, y la mandaban D. Alonso de Cárdenas, El Maestro de Santiago, D. Luis Fernandez de Portocarrero, El Maestro de Alcántara y D. Juan Estúñiga.

---

(5) La duodécima la mandan.

La estancia 12 situaba donde hoy yace el convento del Carmen, y era mandada por D. Antonio de Fonseca, Don Gaspar Lopez de Padilla, El Maestro de Calatrava, y Don Antonio del Aguila. Aun se ven en aquel sitio unos torreones conocidos por *Torres de Fonseca*, nombre que tomaron de dicho capitan.

---

(6) Que en la catapulta ponen. (1)

*Catapulta*; así llamaban los antiguos á cierta máquina que servía para lanzar grandes piedras contra las plazas sitiadas.



## (7) Y otro dervich se presenta.

Los dervichs ó dervis, son unos ermitaños ó anacoretas musulimes, que por su vida austera, ejercian grande influencia sobre el pueblo, del cual eran venerados, teniendo á algunos en opinion de santos.

## (8) Alahu-Acbar!

Esta frase que carece de significacion adecuada en castellano, es una exclamacion que usan los árabes equivalente á ¡Dios es grande!...

---

## DE LAS LAGRIMAS DE LA MORA DE FRAY JUAN DE LA PUEBLA.

---

## (1) Don Juan de Sotomayor.

Don Gutierre de Sotomayor, gran Maestre de Alcántara y primer conde de Belalcazar, cuya villa le donó el rey Don Juan el II, siendo erigida en condado, edificó el castillo que nos ocupa, y fué abuelo de D. Juan de Sotomayor, el cual heredó sus títulos y feudos. La autora tiene el honor de contar á dichos personajes entre sus ascendientes directos.

El castillo de Belalcazar, una de las mas ricas construcciones feudales del siglo XV, se halla hoy regularmente conservado y pertenece á la casa de los duques de Osuna.

## (2) Dijo, y las luces con furor matando.

Dice la tradicion que D. Juan de Sotomayor tuvo cierta





misteriosa entrevista con el mismo Lucifer, y que al poco tiempo, el jóven señor de Belalcazar, el gallardo conde que tanto habia brillado por su opulencia, fué á sepultarse para siempre en un convento, dedicando su vida y bienes á hacer piadosas fundaciones y á practicar las mas humildes virtudes.

La autora, no ha creido oportuno dejar de seguir la tradicion en esto, mucho mas cuando así consta en la historia de Córdoba, si bien no es aficionada á hacer figurar en sus obras cierta clase de seres sobrenaturales.

---

## DE LAS LÁGRIMAS DE LA MORA.

---

### (1) Dios es vencedor.

Lema del escudo de Alhamar el Nasari.

### (2) { ¡Oh, arcángeles que el curso       { Guiais de las estrellas.

Dice el Korán, que cada estrella está confiada á un ángel, el cual la suspende por medio de una cadena de oro.

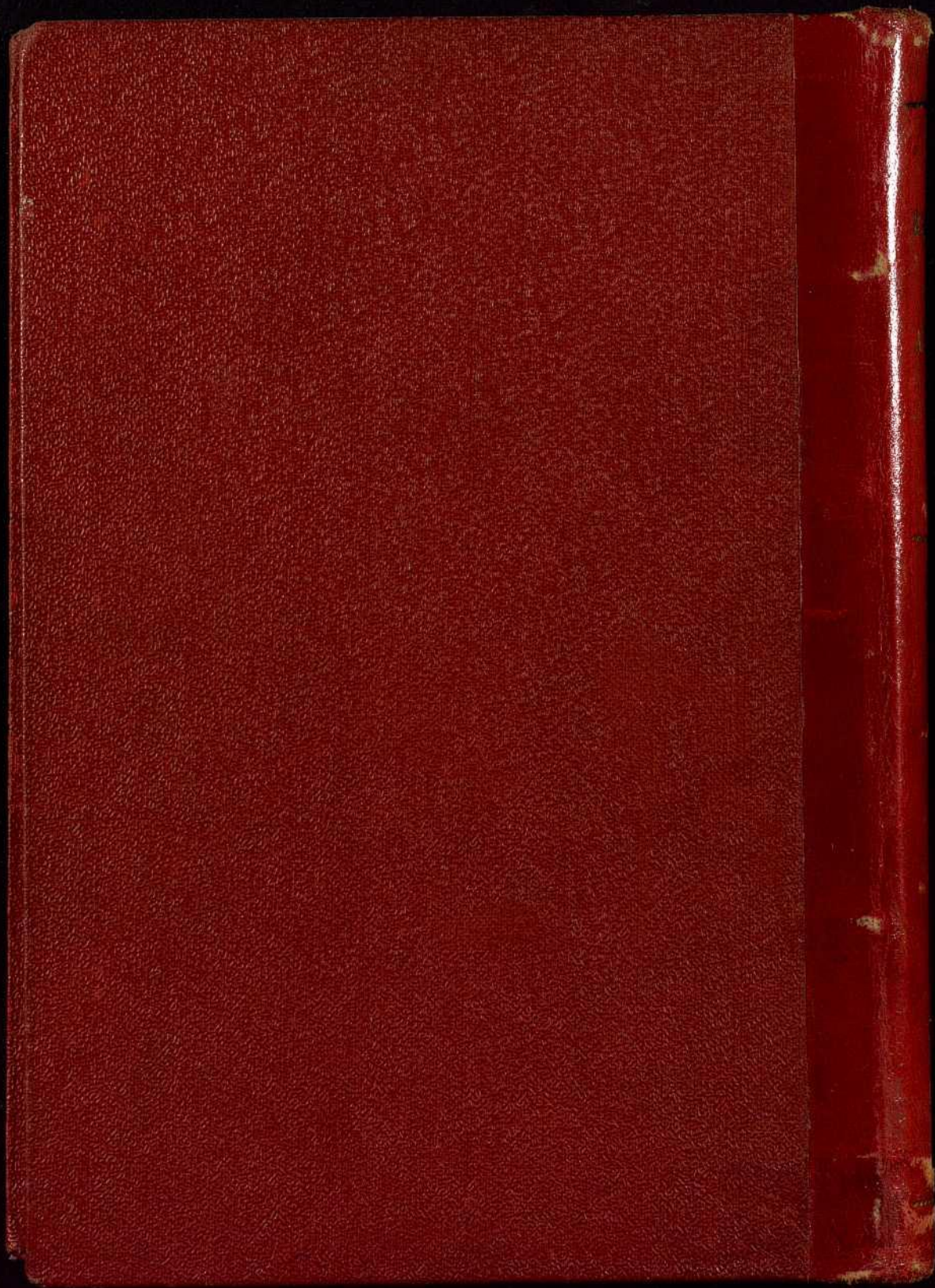












RECUERDOS

DE

ANDALUCIA

FAN  
XIX  
244